

CARLOS ALSINA - RUBÉN AMÓN - MANUEL ARAGÓN REYES - MIGUEL ARIAS CAÑETE - CARMEN CALVO - IGNACIO CAMACHO
JOSEP ANTONI DURÁN I LLEIDA - NAJAT EL HACHMI - ESPIDO FREIRE - SUSANA FORTES - LUZ GABÁS - EDU GALÁN
IGNACIO S. GALÁN - JESÚS GARCÍA CALERO - JUAN GÓMEZ-JURADO - RAQUEL LANSEOS - JOSÉ CARLOS LLOP
ANTONIO LUCAS - LUISGÉ MARTÍN - SERGIO DEL MOLINO - JUAN CARLOS MONEDERO - ALBERTO OLMOS - ANA PASTOR
ARTURO PÉREZ-REVERTE - SOLEDAD PUÉRTOLAS - PILAR REYES - GABRIEL RUFÍAN - JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON - ANA IRIS SIMÓN
JUAN SOTO IVARS - EDUARDO TORRES-DULCE - ANDRÉS TRAPIELLO - SERGIO VILA-SANJUÁN - IGNACIO PEYRÓ - CARMEN POSADAS

CARTAS A UNA REINA

zenda
Autores, libros y compañía

Iberdrola

Z

Cartas a una reina

Edición no venal de Zenda, zendalibros.com, patrocinada por Iberdrola

Cartas

<i>Carlos Alsina</i>	<i>Luisgé Martín</i>
<i>Rubén Amón</i>	<i>Sergio del Molino</i>
<i>Manuel Aragón Reyes</i>	<i>Juan Carlos Monedero</i>
<i>Miguel Arias Cañete</i>	<i>Alberto Olmos</i>
<i>Carmen Calvo</i>	<i>Ana Pastor</i>
<i>Ignacio Camacho</i>	<i>Arturo Pérez-Reverte</i>
<i>Josep Antoni Durán i Lleida</i>	<i>Ignacio Peyró</i>
<i>Najat El Hachmi</i>	<i>Carmen Posadas</i>
<i>Espido Freire</i>	<i>Soledad Puértolas</i>
<i>Susana Fortes</i>	<i>Pilar Reyes</i>
<i>Luz Gabás</i>	<i>Gabriel Rufián</i>
<i>Edu Galán</i>	<i>José Manuel Sánchez Ron</i>
<i>Ignacio S. Galán</i>	<i>Ana Iris Simón</i>
<i>Jesús García Calero</i>	<i>Juan Soto Ivars</i>
<i>Juan Gómez-Jurado</i>	<i>Eduardo Torres-Dulce</i>
<i>Raquel Lanseros</i>	<i>Andrés Trapiello</i>
<i>José Carlos Llop</i>	<i>Sergio Vila-Sanjuán</i>
<i>Antonio Lucas</i>	

Director editorial

Arturo Pérez-Reverte

Edición y coordinación

Leandro Pérez y Miguel Munárriz

Textos

© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

Ilustración de cubierta

© Riki Blanco

Diseño y maquetación

trestritestigres.com

Primera edición

mayo de 2024

Depósito legal

A 193-2024

Edita

Zenda - Ruritania Editores S.L.

Impreso en España

Gráficas Cervantes, C.B.

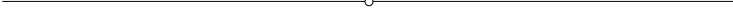
El papel con el que se ha impreso este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice

- 9 *Asedios y terciopelo*, Carlos Alsina
- 12 *Leonormanía*, Rubén Amón
- 17 *Carta a nuestra futura reina*, Manuel Aragón Reyes
- 26 *Una mujer de su tiempo*, Miguel Arias Cañete
- 32 *Ser mujer es un activo*, Carmen Calvo
- 35 *Pacto de soberanía*, Ignacio Camacho
- 40 *La esperanza*, Josep Antoni Durán i Lleida
- 45 *Un destino trazado desde antes de que naciera*, Najat El Hachmi
- 50 *Mire al pasado*, Espido Freire
- 54 *Bajar del árbol*, Susana Fortes
- 59 *Mismas palabras, nuevos discursos*, Luz Gabás
- 66 *A Berta, mi reina*, Edu Galán
- 71 *Un camino sembrado de esperanza*, Ignacio S. Galán
- 75 *La constitución histórica de España*, Jesús García Calero
- 81 *Panes y metas volantes*, Juan Gómez-Jurado
- 85 *Derecho a soñar*, Raquel Lanseros
- 90 *Aparición y deseo*, José Carlos Llop
- 94 *En favor de la cultura*, Antonio Lucas
- 98 *Bombas de relojería*, Luisgé Martín

- 102 *Pesimismo contra el catastrofismo*, Sergio del Molino
- 106 *Por culpa de un azar sin mérito*, Juan Carlos Monedero
- 113 *Sonatina*, Alberto Olmos
- 116 *Un país refugio de talento*, Ana Pastor
- 120 *La fiel infantería*, Arturo Pérez-Reverte
- 124 *España no es diferente*, Ignacio Peyró
- 127 *Un tanto a favor*, Carmen Posadas
- 131 *Simbad y la reina*, Soledad Puértolas
- 136 *La lengua del eureka*, Pilar Reyes
- 144 *De amor y odio*, Gabriel Rufián
- 148 *Lo que viene hemos de ejecutarlo nosotros*, José Manuel
Sánchez Ron
- 154 *Disfrácese de chica normal*, Ana Iris Simón
- 159 *¿Nos quieres?*, Juan Soto Ivars
- 163 *Tiempos nuevos, tiempos antiguos*, Eduardo Torres-Dulce
- 168 *Una carta (a la princesa doña Leonor)*, Andrés Trapiello
- 173 *Una magia que el futuro necesita*, Sergio Vila-Sanjuán
- 177 *Autores*

Cartas



Asedios y terciopelo

Carlos Alsina

Joven Leonor:

Vestía de terciopelo azul su antepasada la reina Isabel II cuando recibió en su hotel de la avenida Kléber al republicano Galdós, que tan crítico había sido con ella antes de que una revolución la destronara. El escritor acudió atraído por la oportunidad de conversar con uno de sus personajes y le plantó una afirmación disfrazada de pregunta: «¿No confió demasiado en el amor de su pueblo y en la protección divina?». Del encuentro salió Galdós enternecido por la bondad de la anciana y más convencido que antes de su impericia como regidora. Dulcificó el verbo pero se reafirmó en el diagnóstico: la reina fallida había sido el fruto de una formación deficiente y anticuada. El mundo se transformó de prisa —la libertad apremiaba— mientras ella, con su cartografía caduca, se exhibía incapaz de navegarlo. Se lo admitió Isabel: «Los cortesanos sólo sabían de etiqueta; los ilustrados de los nuevos partidos sólo defendían cada uno su causa».

Nada alecciona más a una dinastía que el historial de sus naufragios. A diferencia de aquella niña reina cuenta usted, Leonor, con dos tutores atentos al discurrir de las corrientes y al sentido en que sopla el viento. Estará informada por su padre de los riesgos de la vida cortesana y por su madre, de los riesgos de la vida en general. El mundo en transformación se acelera. Hoy la formación consiste en discriminar lo efímero de lo que queda.

Si me admite un consejo, lea a Galdós. Lea a Zuga-zagoitia. Lea a Concepción Arenal, a María Zambrano, a Carmen de Burgos. Lea a Max Aub. Cuando se canse de leer, descanse. Y una vez descansada, lea de nuevo. Procure, si alguna vez reina, no olvidar que el primer derecho de cualquier persona es aquel que usted no tiene: elegir libremente su destino. Aprenda de algoritmos e inteligencias artificiales. Agarre una azada y mánchese de tierra. Busque entre los jóvenes ideas nuevas, frecuente las universidades, no deje de frecuentar los pueblos y busque entre los viejos el caudal de la experiencia.

Huya del españolismo, que comparte defectos con los nacionalismos y nos condena a vivir enredados en la fiebre identitaria que nos envenena. Llegará el día en que habremos dejado de preguntarnos qué somos para empezar a preguntarnos qué hacemos. Nuestro defecto de fábrica,

me temo, no es la envidia sino la falta de constancia, la predisposición a abandonar aquello que nos propusimos o por dificultad o por aburrimiento. Entre nuestras virtudes le señalo el humor. Recorra a él para aliviar el dramatismo y para aliviarse usted misma.

Perimétrese, joven Leonor. Aprenda hasta dónde llega la función de una reina y dónde no entra. Grábese a fuego sus límites. Su legitimidad, si alguna vez alcanza el trono, no será fruto ni de su sangre ni de sus genes. Su legitimidad emana de la voluntad del único soberano que el pueblo español reconoce: el pueblo.

Lea España en su árbol genealógico. Aprenda de su tatarabuelo paterno todo lo que no debe hacer quien se debe a la Constitución. Aprenda de su bisabuelo que la historia nunca da marcha atrás. De su abuelo, que la lucidez histórica no exime de la limpieza personal. De su padre, que la prudencia es mejor cimiento para el trono que la pasión. Y de su madre aprenda, en fin, a resistir los asedios.

El terciopelo azul déjeselo a David Lynch.

Leonormanía

Rubén Amón

Las niñas juegan a ser princesas. Y es posible que Leonor haya jugado a ser niña, abrumada, acaso, por las responsabilidades que la acechan, constreñida a una infancia y a una adolescencia que están siendo y van a ser anómalas en la propia cuestión sucesoria. Bajo los focos. Escrutada. Sobreexpuesta.

Y entiendo que sus padres hagan pedagogía de la normalidad. Con ella y con la sociedad, pero el esfuerzo de los reportajes domésticos y las escenas de la vida militar entre barracones y trincheras no terminan de sobreponerse a la excepcionalidad de la situación.

Empezando por el rito que la extrajo de su infancia a los 12 años. Felipe VI le impuso el toisón de oro a su hija como quien la unge en un rito de iniciación. Imponérselo quiere decir que se lo colocó sobre sus hombros, pero también aludía a la definición menos cariñosa del verbo imponer.

Y sabe de lo que habla Felipe VI, pues también le correspondió iniciarse de niño en las obligaciones dinás-

ticas. La voz atiplada de sus primeras ceremonias corresponderá ahora desarrollarla su hija, empezando por los premios que llevan su nombre. Y en otros actos públicos en los que va a ser reclamada.

Porque la niñez, la juventud de Leonor representan la alegoría de la inmortalidad de la monarquía. Un maleficio insolente e inocente de cabellos rubios y ojos claros para quienes se obstinan en cuestionarla o sabotearla. Que no es lo mismo amar la República que utilizarla como pretexto para acabar con el sistema. El régimen del 78, llama Iglesias al milagro de la Transición.

Tanto ha cambiado la sociedad entre el juramento de Felipe VI y el de su hija que el hemiciclo de 1986 alojaba un 5% de mujeres frente al 45% que ahora lo identificaba en octubre de 2023. Leonor, ya mayor de edad, no acudió al Parlamento a coronarse ni a sacudirnos con el cetro, sino a someterse a la Constitución que tanto vilipendian los parlamentarios regicidas. Y cuya letra define e identifica las limitaciones de su poder en el contexto de la democracia representativa.

Le hubiera convenido a la princesa Leonor un dispositivo de seguridad y de aislamiento menos extremo del que acordonó la Carrera de San Jerónimo. No podían los ciudadanos acercarse al Congreso ni trasladar el fervor con que se identifica el delfinato. Resultaba gélido y asép-

tico el ceremonial, como si hubiera una distancia (ficticia) entre la soberanía y el pueblo.

Impecable iba la princesa en la sobriedad de la indumentaria blanca. Como las novias en el altar y los toberos que toman la alternativa. La arropaban su familia, el ejército y el incienso parlamentario. También lo hizo el discurso de bienvenida de Francina Armengol —«una mujer joven en la España de hoy»—, aunque nadie pudo acompañarla al altar cuando le pusieron delante la misma Constitución que juró su padre y cuya invocación solo requirió 12 segundos.

Leonor de Borbón desempeña impecable su papel de princesa de Girona y de aspirante al trono. Es la razón por la que tanto asusta al soberanismo y al republicanismo. La degradación de la Corona que había procurado la fase letal del juancarlismo ha encontrado la respuesta y el antídoto en el propio linaje.

Porque Felipe VI ha logrado asear la institución a expensas del destierro paterno. Y porque el porvenir de la monarquía se remite a la pulcritud de la princesa Leonor. Sobria. Carismática en su propia timidez. Y políglota.

No porque hable inglés, francés o chino, sino porque también se desenvuelve con total solvencia en el catalán. Por eso deben pensar los ultras del soberanismo que Leonor es la niña del exorcista, en su don de lenguas, en la

encarnación del íncubo monárquico y en las cualidades de la bilocación.

Guapa y lista. Nótese en el género de los adjetivos. No hace falta decirlo. O sí hace falta, pues ocurre que la coyuntura hipersensible del feminismo favorece la condescendencia de republicanos y de los indepes. Ya que tiene que haber un monarca... pues que sea una mujer.

La primera reina española desde que Isabel II fue constreñida a abdicar, aunque es difícil explicar la candidatura de Leonor sin el ejemplo que ha sabido inculcarle la reina consorte contemporánea.

Se trata de neutralizar los peligros del borboneo y de contener la pulsión endogámica de la estirpe. Por eso reviste tanta importancia el papel silencioso de la regente. Letizia ha aportado su genética y su perfeccionismo al porvenir de la institución. Es ella el cuerpo extraño, pero también la tutora de la futura reina y quien mejor puede protegerla de los cortesanos taimados.

Tendríamos antes una primera reina mujer que una primera mujer presidenta del Gobierno, de tal manera que la vetusta institución monárquica anticipa la expectativa del heteromatriarcado al compás de la leonormanía.

Así llaman las portadas de la prensa del corazón al hallazgo informativo mercadotécnico de la heredera, cuyo

grado de devoción explica que la pasearan en un descapotable aprovechándose la inercia del ritual del juramento.

No se hubiera encontrado nadie más idóneo en un *casting* que la princesa Leonor. Sobria, cosmopolita, simpática, renovadora. Decía Rosa Belmonte que colgaría su imagen encima del televisor. Que es el altar mayor de los hogares y el lugar donde los conspiradores soberanistas advierten una presencia demoniaca. Suena entre bisbiseos y ruido de sables la melodía subversiva del himno de Riego, pero las supersticiones, ilusiones nostálgicas y las pulsiones magnificadas —muchas de ellas anidan en el nacionalismo cavernario— subestiman la inercia dichosa de la monarquía parlamentaria.

Juan Carlos I fue el timonel. A Felipe VI le ha correspondido asear la casa y defender la Constitución del desafío soberanista. Y a Leonor puede que le termine beneficiando su propio género. Una mujer reina, una reina mujer cuyo proceso de entronización a fuego lento tanto la expone al escrutinio general como la colma de obligaciones y le ajusta el peso de la corona.

Carta a nuestra futura reina

Manuel Aragón Reyes

Señora:

Hace poco tiempo, Vuestra Alteza, al cumplir la mayoría de edad, ha prestado el juramento ante las Cortes Generales, previsto en la Constitución, de lealtad al rey y a la propia Norma Fundamental del Estado, así como de cumplir fielmente sus funciones como princesa heredera al trono de España. Vais a ser, en el futuro, nuestra reina.

Por ello, en mi condición de leal servidor de nuestra monarquía parlamentaria me atrevo a dirigiros esta carta que no tiene otro objeto que expresaros algunas convicciones acerca de la importante función que, como futura reina de España, estáis llamada a desempeñar. Mi único título para ello es la larga dedicación que he prestado, durante los últimos cuarenta y cinco años de mi vida profesional, al estudio de la monarquía parlamentaria. Cuando me encuentro ya «en la última vuelta del camino» he ido abandonado algunas ideas, pero reafirmando otras, pues,

como se ha dicho en frase memorable, «en la vejez no sólo perdemos cosas, también hacemos limpieza».

Esa decantación me ha conducido a entender, cada vez con mayor claridad, que la monarquía parlamentaria es en España la mejor solución institucional para garantizar la convivencia ciudadana en paz y libertad. En tal sentido, debemos felicitarnos porque tanto la Transición política como la Constitución así lo hubieran reconocido y formulado. La monarquía parlamentaria no es sólo el único modo de hacer compatibles el principio monárquico y el principio democrático, sino también, como la experiencia de los últimos cuarenta y cinco años ha demostrado, el mejor modo de asegurar la permanencia de la Constitución y de la nación española.

Una permanencia que, venturosamente, se proyecta hacia el futuro en la persona de Vuestra Alteza, lo que supone, sin duda, una esperanza para que España pueda seguir haciendo frente con éxito a los desafíos que, en este mundo tan cambiante, se nos irán presentando, inevitablemente, en tiempos venideros. Hoy tenemos confianza en que el rey podrá ayudarnos a resolver los problemas que afectan a la sociedad española. En el futuro, cuando seáis reina, nuestro país deberá seguir teniendo esa misma esperanza, pues aunque se hayan producido entonces, como es previsible, profundas transformaciones en muchos

campos de la realidad, se mantendrá la función esencial de nuestra monarquía parlamentaria: ser una institución destinada a promover la concordia y limar enfrentamientos, a procurar la unidad frente a la división, a mantener los valores de democracia y justicia que hace ya cuarenta y cinco años rigen nuestra convivencia.

La monarquía no es sólo una institución personal, sino también familiar. Por ello, la Corona no descansa sólo en el rey, que es su actual titular, sino también en la Familia Real y, muy especialmente, en Vuestra Alteza como heredera de aquella institución. En tal sentido, la ejemplaridad del rey y de su Familia es un elemento sustancial para el éxito de cualquier monarquía parlamentaria, pues la Corona, que obtiene su legitimidad de origen por designio de la Constitución y por la regularidad del orden sucesorio, necesita también mantener su legitimidad de ejercicio por el aprecio ciudadano que concite y el reconocimiento social de la utilidad de las funciones que desempeña. Sin esa legitimidad de ejercicio, que ha de ganarse cada día, no puede subsistir la monarquía en democracia.

Ahí reside, creo, la regla de oro de la monarquía parlamentaria.

Una regla que, por fortuna, se cumple hoy en España, puesto que don Felipe VI, vuestro padre, está probando, sobradamente, con su conducta personal e institucional,

aquello que prometió en el acto de su acceso al trono, hace ya casi diez años. Aquel día, el 19 de junio de 2014, pronunció ante las Cortes un discurso que contiene una auténtica lección de lo que significa ser el rey en una monarquía parlamentaria, un rey que siempre ha de atenerse a las funciones que la Constitución le encomienda, pero que siempre, también, ha de tener la sensibilidad suficiente para servir de cauce a las justas pretensiones que, en cada momento, la sociedad demande. Él sería, y así lo dijo, «un rey constitucional», que encarnaría «una monarquía renovada para un tiempo nuevo».

Ese gran discurso es una magnífica guía a la que podréis acudir cuando, en el futuro, seáis nuestra reina. Aunque también, sin duda, os está sirviendo ahora, ya que los españoles hemos podido comprobar que Vuestra Alteza ha venido mostrando, de manera clara y firme, a través de su conducta personal e institucional, el compromiso de continuidad en todo aquello que el rey, en ese discurso, expresó.

A partir del juramento ante las Cortes habéis iniciado vuestras funciones de princesa heredera, unas funciones que no están concretadas en la Constitución, pero que se desprenden del significado institucional que cabe otorgar a la ceremonia del juramento. Érais princesa heredera, princesa de Asturias, de Gerona y Viana, desde vuestro

nacimiento, pero ahora esa condición personal ha adquirido un carácter jurídico-público de especial relevancia, en cuanto que ya podréis ejercer las funciones representativas que el rey tenga a bien asignaros.

Aunque la responsabilidad que habéis adquirido estará centrada hoy, de manera más inmediata, en consolidar vuestra formación como futura reina, en ganaros la confianza de los ciudadanos demostrando vuestra sensibilidad por las cuestiones que les preocupan: los problemas de la infancia, de la juventud, de los ancianos, de los desvalidos, de la desigualdad entre mujeres y hombres y entre débiles y poderosos. El fomento de las artes, de la ciencia y la cultura, el apoyo a la innovación y al progreso económico y social, a la concordia ciudadana, a la integración de la pluralidad social, política y territorial, e incluso la ayuda a potenciar la imagen internacional de España, son cometidos que Vuestra Alteza podrá cumplir y que, por las cualidades personales que os adornan, estoy seguro de que así será.

Ese es el camino que, marcado por el cuidado y el ejemplo recibidos de vuestros padres, el rey y la reina, veníais siguiendo desde la infancia, pero que ahora, con mayor dedicación, habréis de continuar. Y cuando en un futuro que deseo lejano, pues ojalá la vida del rey la guarde Dios por muchos años, os convirtáis en reina de Espa-

ña, lo que deseo es que sigáis los pasos de vuestro padre, que, con prudencia y sabiduría, está ejerciendo de modo ejemplar su cometido de Monarca parlamentario. Un oficio delicado, pero fundamental para conservar de la mejor manera nuestra España constitucional.

Para el correcto cumplimiento de ese oficio que en el futuro habréis de desempeñar, permitidme que os recuerde algunas de las reglas básicas que lo caracterizan: que en la monarquía parlamentaria el rey no tiene *potestas*, pero sí *auctoritas*, que ha de mantenerse al margen de las contiendas políticas para preservar su neutralidad, que su función ha de estar siempre al servicio de los intereses generales, que su principal objetivo es procurar la conciliación social y el bienestar de los ciudadanos, ayudar a la integración del pluralismo social, político, cultural y territorial, ser ese engarce necesario entre el pasado, el presente y el futuro que dota de permanencia y unidad no sólo al Estado, sino también a la nación española.

Sin embargo, en la monarquía parlamentaria, la neutralidad política del Monarca no lo convierte en un rey «neutralizado», pues si así fuera no podría cumplir la función de «arbitrar y moderar el funcionamiento regular de las instituciones» como la Constitución, en su art. 56, le encomienda. Ello no le confiere un «poder» efectivo de «impedir», pero sí una «capacidad» efectiva de «adver-

tir». Como bien dijo un gran tratadista de la monarquía británica, el rey parlamentario, que no posee poderes propios, que sus actos son siempre «actos debidos», necesitados, además, de refrendo, sí tiene, no obstante, unos «derechos propios» que siempre ha de ejercer: los de «advertir, animar y ser consultado en los asuntos públicos».

Usados esos derechos con prudencia, pero también con firmeza cuando las circunstancias lo exijan, su actuación puede ser decisiva como, de hecho, así lo ha sido en nuestra historia más reciente. Frente a los que, por ignorancia de lo que la monarquía parlamentaria significa, piensan que el rey es una figura pública irrelevante, o un «mero adorno constitucional», la realidad nos confirma que ello no es así, que el rey es una figura esencial por el gran valor que representa para el correcto funcionamiento del entramado institucional y la pacífica convivencia ciudadana. No en vano son los países con monarquía parlamentaria los que, según todos los índices, disfrutan de un mayor grado de libertad, igualdad y bienestar.

Un último consejo me permito daros, para cuando seáis reina: que os guardéis de aquellos que, presumiendo de amigos de la monarquía, puedan ser, sin pretenderlo quizás, sus peores enemigos, pidiendo al Monarca parlamentario lo que éste no puede dar, animándole a que ejerza un poder activo de rechazar actos o disposiciones

adoptadas por los órganos públicos competentes, algo que, de ninguna manera, la Constitución (la nuestra y la de cualquier otra monarquía parlamentaria) le atribuye. Si cediera a esa tentación, no sólo incumpliría la Constitución, sino que adquiriría una responsabilidad que desembocaría muy probablemente en la desaparición de la propia monarquía.

En España, el rey (y en el futuro, la reina) lo es porque la Constitución así lo reconoce, respetando fielmente la Constitución la monarquía se mantiene, más aún, gracias a ese acreditado respeto, la capacidad regia de consejo y advertencia, ejercida de ordinario e incluso en momentos críticos, puede gozar de eficacia. Estoy seguro de que, el día de mañana, siguiendo los pasos de vuestro padre, también seréis una ejemplar reina constitucional, porque nunca olvidaréis que, en la monarquía parlamentaria, Constitución y Corona siempre han de estar unidas.

La Constitución es el firme asidero, al mismo tiempo, de nuestra democracia y de nuestra monarquía. Así lo habéis reconocido no sólo en el acto de vuestro juramento ante las Cortes, sino también en el exacto discurso que, a continuación, pronunciásteis en el Palacio Real; y así lo ha expresado en muchas ocasiones vuestro padre el rey, la última en su reciente mensaje navideño de manera concisa y admirable: «Fuera del respeto a la Constitución no

hay democracia ni convivencia posibles, no hay libertad, sino imposición, no hay ley, sino arbitrariedad. Fuera de la Constitución no hay una España en paz y libertad».

Con el deseo de que, en el futuro, seáis reina de esa España en paz y libertad os transmito mis sentimientos de lealtad y de sincero y respetuoso afecto.

Una mujer de su tiempo

Miguel Arias Cañete

Alteza Real

Se me otorga la posibilidad de dirigirle unas líneas y comienzo expresándole mi gratitud por su ya mostrada entrega a España y también deseándole que tenga la ocasión de aprender cada día, y durante una larga vida, de su padre, nuestro rey, de su ejemplaridad, responsabilidad y compromiso. Que la vocación de servicio y el amor a España del rey sean el faro que ilumine la senda de su formación.

Confieso, Señora, mi enorme preocupación por la situación que en estos momentos históricos atraviesa la Nación sobre la que en su día estará llamada a reinar.

Durante 38 años de mi vida, dedicados a participar activamente en política, y a servir a España, desde distintas responsabilidades públicas, he podido constatar cómo España llevó a cabo una transición política ejemplar, de la que los españoles nos sentíamos orgullosos, cómo nos

dotamos de una Constitución que va camino de ser la más longeva de nuestra historia y que ha regulado la convivencia del pueblo español en democracia y libertad durante ya más de cuarenta años, cómo los sucesivos gobiernos de nuestra Nación, de distintas ideologías, desarrollaban políticas de reconciliación nacional, formalizaban Pactos de Estado en las cuestiones más importantes, y hacían frente al terrorismo desde la unidad de todas las fuerzas políticas.

Pude ver cómo en la noche del 23 F de 1981 vuestro abuelo, Su Majestad el rey Emérito, tuvo una intervención ejemplar que frenó en seco la tentativa de alterar el orden constitucional.

Constaté cómo, tras la entrada de nuestro país en la Comunidad Económica Europea, España fue ocupando espacios y ganándose el respeto de nuestros socios comunitarios.

A los españoles nos tranquilizaba que, en los momentos históricos más trascendentes y complicados, los dos grandes partidos políticos de nuestro sistema democrático, el Partido Popular y el Partido Socialista Obrero Español, cerrasen filas y garantizaran la normalidad constitucional. El proceso de renuncia al trono de vuestro abuelo, el rey Juan Carlos I, en favor de vuestro padre, y la Ley

Orgánica que lo reguló, fueron apoyados sin fisuras por socialistas y populares.

Cuando los separatistas catalanes aprobaron la Declaración unilateral de Independencia de Cataluña, en diciembre de 2017 y el Gobierno del Presidente Rajoy tuvo que poner en marcha los resortes de la democracia para frenar el independentismo, aplicando el artículo 155 de la Constitución Española, la medida fue aprobada en la Cámara Alta con una amplísima mayoría sustentada en los dos grandes partidos nacionales.

¡Qué lejos quedan hoy aquel patriotismo constitucional compartido y los grandes consensos en las cuestiones de Estado!

El panorama a fecha de hoy no puede ser más desolador. En España tenemos hoy un gobierno que, integrado o apoyándose en la extrema izquierda, en nacionalistas, separatistas y filo etarras, está instalado, por un puñado de votos, en un proceso de agresión permanente al Estado de Derecho y a nuestro orden constitucional, lo que está llevando a situaciones que serán complejas y difíciles de revertir a corto y medio plazo.

El presente nos habla de un futuro cambiante a velocidades antes no conocidas, incierto, sorprendente para todos, inquietante para muchos.

El futuro estará también sin duda lleno de esperanzas y oportunidades, de anhelos y aspiraciones para los españoles. Alcanzarlas requerirá de mucho esfuerzo y de trabajo, de solidaridad y de compromiso. El cambio de época que tendrá que afrontar, Señora, requerirá solidez, renovación, equilibrio y amor por nuestro país, cualidades que ya la acompañan e inspiran.

Hay una plena conciencia en los jóvenes de hoy sobre su valía, una mujer de su tiempo. Ello genera, en unos, mucha admiración, y en otros expectación. Estoy seguro de que Su Alteza Real no les defraudará y que, con apertura y generosidad, continuará abriéndose y aproximándose a los jóvenes de su generación y de las generaciones venideras, que la acompañarán en su crecimiento y en la vida. Deseo que sea el mejor referente para todos,

Confíe en que contará con el respaldo de su pueblo, que le pedirá, a cambio de lealtad y afecto, la tarea de estar a la altura de lo que los tiempos demanden. Y sabrá agradecer lo que vuestra Alteza ya es y lo que será, todo lleno de obligada entrega personal y profesional, que los españoles deberemos apreciar y, en justa correspondencia, agradecer debidamente la exigente encomienda que su vida requiere.

La historia de España es indisoluble de la historia de nuestra monarquía, y a lo largo de los siglos, con cada ge-

neración de españoles, se ha ido labrando, tejiendo, configurando lo que hoy somos como nación.

España es heredera de una historia extraordinaria protagonizada por grandes mujeres y hombres. Es un país vibrante con un futuro esperanzador que no puede sino sustentarse en la libertad, la unidad, la justicia, la igualdad, el respeto al Estado de Derecho y el pluralismo político.

Deseo su mejor contribución a una nueva página de nuestra historia, siempre llena de aciertos que ayuden a construir un futuro de unidad, progreso, desarrollo y oportunidades; de concordia y convivencia pacífica, incluso fraterna; de consolidación, fortalecimiento y perfeccionamiento de nuestro Estado social y democrático de derecho; de igualdad y de libertad, de presencia relevante en este mundo cambiante y en el que tenga que ser más veces testigo que árbitro.

Deseo que reine con la sabiduría y el acierto de su padre, pero con su huella propia, pues vivimos tiempos convulsos que nos hacen ver que nunca, nada de lo que más valoramos, de lo que tanto nos costó construir, debe darse por supuesto. Tiempos que evidencian el inestimable valor de nuestra monarquía y la necesidad de una defensa activa de lo logrado en las últimas décadas.

No hay mayor honor que asumir la Jefatura del Estado español, sobre la que se asientan la unidad de España

y nuestra democracia. No hay tampoco, por ende, mayor responsabilidad, ni exigencia superior.

Tenerla, Señora, nos reconforta y nos asegura estabilidad. Su presencia junto a su padre nos llena de seguridad. Tenga la certeza de que muchísimos españoles estarán respaldándola en el desempeño de sus cometidos,

Cuente siempre, Señora, con su confianza, su reconocimiento y su lealtad.

Reciba, Señora, un cordial saludo.

Ser mujer es un activo

Carmen Calvo

Estimada princesa, apreciada Leonor:

He vivido que la naturaleza de las cosas nos indica que nada permanece sin cambios. Esta es una regla que observa la vida y que pudiera ser que lo abarque todo.

La forma de Estado reflejada en la monarquía parlamentaria es producto de los cambios que se han producido en la vieja institución de la Corona para que su existencia persista. Cabe preguntarnos si esta realidad histórica revela la presencia de alguna esencia que se preserva a través del tiempo y encierra algún elemento de convivencia que comprenda un importante fin común.

La convivencia es algo más delicado y complejo que la suma de los componentes de un grupo y las relaciones pacíficas que mantengan. Hace falta una abstracción de la identidad del grupo que pueda estar materializada en algún símbolo. Ahí creo que habita el hueco que se ha cubierto con la monarquía a lo largo de la historia, en múl-

tiples fórmulas conocidas hasta llegar a las monarquías plebiscitarias en las Constituciones.

Hay quienes consideran que esta energía colectiva no es necesaria o que puede canalizarse en otra fórmula más racionalizada que la de depositar en una persona esa aspiración, por la vía de la herencia. La historia puede ser un comodín, en el que se contengan muchas posibilidades y salidas diferentes, sin embargo, indiscutiblemente, la corona tiene el peso del pasado. Pero pensándolo bien, para que el símbolo fragüe se necesita historia y así se evidencia que se trata de una situación circular tautológica.

Esto hace que el hilo conductor del pasado la coloque como heredera del trono y futura reina de España. Pocas reinas hemos tenido, nada a extrañar en el patriarcado, pero usted trae causa de la primera reina propietaria de Europa, Isabel I de Castilla, y lo será pese a la discriminación insoportable que nuestra Constitución establece en la preferencia del varón para el acceso al cargo.

Será una reina en un tiempo donde aunaré el pasado con una rotunda realidad nueva. Jefa del Estado de una potencia media como España, en un mundo de vértigo donde los equilibrios entre lo viejo y lo nuevo serán difíciles y seguramente deberá cumplir un papel más parecido a una altísima representante del Estado, con la envoltura propia de una monarquía.

Virtudes tradicionales recicladas y, entre las principales, estará la lealtad y una suerte moderna de ser y no ser para estar cerca y con la debida distancia y seguir finalmente cumpliendo lo que para usted es un destino personal asumido y para el país una fórmula constitucional viable en el siglo XXI. En esos equilibrios, ser mujer será un activo y la mirada amplia de una sociedad plural y abierta al mundo, una garantía en su quehacer.

No puedo abandonar estas letras sin, por muchas razones, desearle suerte en esta tarea que, en su caso, es el empeño de una vida.

Pacto de soberanía

Ignacio Camacho

Su Alteza Real:

Esta carta se la escribe un español que por previsibles razones biológicas tal vez no alcance a conocer su reinado. (Permítame dirigirme a SAR en el «usted» contemporáneo, que entiendo más apropiado para una persona de su generación aunque a la mía la enseñaron a tratar a la realeza en términos mayestáticos). Sí conocí completo el de su abuelo, cuya condición refundadora tuvo poco que ver con el momento histórico en que usted será llamada a ocupar el trono, y he asistido de cerca a la década, ciertamente azarosa, que ha transcurrido desde que Felipe VI fue llamado a ceñirse la simbólica Corona. Casi medio siglo en total, durante el cual se ha asentado la convicción social mayoritaria de que la monarquía constitucional es, por razones pragmáticas, el régimen más adecuado para España, el más estable para una nación cíclicamente sometida a convulsiones políticas a menudo dramáticas que en buena medida quedaron alejadas gracias al

acuerdo de convivencia forjado durante la Transición a la democracia.

Si existe ese consenso, que las encuestas demuestran, es porque los titulares de la Corona han sabido combinar la legitimidad de origen —la constitucional, respaldada además en referéndum por amplísima mayoría— con la de ejercicio. Y las circunstancias más delicadas que ha atravesado el sistema monárquico vigente han sobrevenido cuando esa legitimidad de conducta ha flaqueado o se ha perdido. No es necesario recordar, porque usted lo ha vivido en familia, el precio que don Juan Carlos hubo de pagar por olvidar el compromiso de ejemplaridad sobre el que los monarcas modernos cimentan su autoridad moral y su prestigio, los únicos factores que justifican —legítiman— el privilegio de un poder dinástico que, aunque muy limitado, supone una excepción en el principio democrático de la igualdad de todos los ciudadanos.

Se trata de un pacto de soberanía. El pueblo, fuente del poder constituyente, admite una excepción singular y reglada en sus mecanismos representativos a cambio de una garantía de continuidad, unidad y neutralidad institucional depositada en la Corona por su arraigo en la tradición histórica. Delega, en una palabra, la *ultima ratio* de su legítima autonomía para preservar la cúpula del Estado

de las tensiones políticas y alejarla de sesgos partidistas y de instintos sectarios. La Corona es el símbolo de la voluntad de concordia reflejada en la Constitución, y como tal sólo tiene sentido en la modernidad si cumple su parte del trato con una conducta digna de encarnar la representación colectiva de los ciudadanos. No es, o no sólo, que el rey o la reina deban parecerse al pueblo, sino que deben personificar sus ideales a través de un comportamiento modélico, conforme con los valores del momento. Es decir, dar ejemplo. Constituirse en paradigma cívico, político, reputacional, ético. Generar crédito y respeto para convertirse en instancia a la vez generadora y depositaria de consensos.

La monarquía moderna surge de la Constitución y funciona con arreglo a las leyes que la desarrollan, pero se asienta sobre un conjunto de intangibles. Con un margen de actuación muy cerrado, para no interferir en las libertades de los ciudadanos, se desempeña a base de liderazgo moral. Una línea invisible que sirve de referencia para establecer los valores de la vida pública. *Auctoritas* sin *potestas*. Rigor, austeridad, honestidad, sensibilidad, escucha activa, transparencia. Y una escrupulosa imparcialidad para ejercer la tarea de moderación y arbitraje que el ordenamiento le encomienda. Los reyes no tienen ideas,

y si las tienen no las expresan. Salvo, claro está, aquellas que defiendan la tolerancia, los derechos humanos, la dignidad de las personas, el entendimiento y la convivencia.

Es así como sus padres, don Felipe y doña Letizia, han atravesado durante estos diez años una complicada sucesión de contingencias críticas. Como lo hicieron don Juan Carlos y doña Sofía, en tesituras aún más difíciles, hasta que el primero extravió la brújula de su extraordinaria intuición perceptiva. Como suele recordar el rey reinante, nadie le dejó una hoja de instrucciones escritas. El ejercicio de la Corona no tiene más bitácora que la Constitución, y usted deberá establecer su propia ruta con arreglo a la formación recibida. El modo en que su padre está sorteando las dificultades de esta etapa polarizada en una sociedad profundamente dividida puede servirle de guía. Pero cada tiempo tiene sus condiciones específicas.

El firmante, escéptico por carácter, alberga sin embargo pocas dudas de que Leonor I accederá al trono. Las tentativas de disrupción se han ido desinflando poco a poco, y el blindaje constitucional es sólido. Aunque el sentimiento republicano ha crecido porque el final del período juancarlista se hizo penoso, la actual Corona recupera confianza, ascendiente, popularidad y apoyos. Y el refuerzo de las primeras apariciones de SAR como here-

dera ha sido un éxito pleno. Es probable que, al igual que en otras monarquías europeas, la sucesión se efectúe por abdicación y no por fallecimiento, de manera que si todo va bien usted podrá contar con el criterio experto de un padre que ya ha pasado por el complejo trance del relevo. Nada está hecho, desde luego. La Historia dispondrá, cuando toque, pero a juzgar por los indicios la continuidad dinástica está en buen camino. Los españoles podemos sentirnos al respecto razonablemente tranquilos. Y muchos, sobre todo los más jóvenes, confían en el espíritu renovador, el carisma emocional y la sintonía social de un reinado femenino.

La esperanza

Josep Antoni Duran i Lleida

Alteza Real, se acaban de cumplir ciento veinticinco años de la publicación en 1898 de la «Oda a Espanya», del gran poeta catalán Joan Maragall. Como sabéis, es un texto célebre, en el que el autor se queja amargamente de las muertes inútiles en Cuba y de la manera en la que España vivía ensimismada en sus viejas glorias y sin atender al clamor de sus ciudadanos y de sus pueblos. El poema, uno de los grandes textos de la literatura catalana, acaba con un atronador y famosísimo «Adéu Espanya!».

Lo que se olvida a veces es que años después, en 1908, Maragall publicó otro texto titulado «Visca Espanya», en el que expresa una enorme esperanza en el futuro de una España plural y renovada. Esta España que Maragall vislumbra y vitorea es la que, en la Transición, con su abuelo el rey Juan Carlos I al frente de la institución monárquica, fue capaz de superar los viejos problemas

religiosos, sociales, militares y rurales, y encauzar (pero no resolver definitivamente) el territorial.

Hoy en día, más de cien años después, con penurias y desgracias en nuestro haber, pero con múltiples logros y esperanzas, las palabras de Maragall, Señora, siguen manteniendo todo el sentido que siempre he hallado en ellas. He defendido y he creído, como defiendo y creo, en la pluralidad de España, en la vitalidad y la razón de ser de una casa común en la que caben todos sus territorios y nacionalidades. Y puedo afirmarlo con fundamento, como catalán con raíces aragonesas, que cuando ha tenido el honor de asumir responsabilidades públicas ha intentado siempre luchar por el bien común y que ha defendido siempre, desde el catalanismo político, tanto la pluralidad de España como la innegable realidad cultural, lingüística y nacional de Catalunya.

Sois conscientes Alteza, que en los últimos años han existido desencuentros y conflictos importantes, pero lo que ahora importa no consiste en adjudicar culpas sino en hallar caminos amplios y rectos por donde avanzar todos. Para ello es necesario retomar el sentido común y la concordia. Debemos superar la confrontación, la radicalización, los populismos vacíos, y retomar ese espíritu pactista que, en circunstancias mucho más complicadas y adversas, nos convirtió en un Estado plural y demo-

crático, equiparable a cualquier otra democracia firme y consolidada. Los jóvenes de hoy, Señora, son los líderes de mañana, nuestra esperanza y nuestra única garantía de una sociedad mejor y más justa.

Como princesa de Asturias y de Girona, deberéis en su día asumir las más altas responsabilidades en una sociedad difícil y repleta de retos sociales, políticos y tecnológicos. Todas esas pruebas únicamente podrán ser superadas si hemos vencido las actuales dinámicas de confrontación. Para poder seguir avanzando en lo social, en solidaridad, en libertad y en convivencia, resultará imprescindible resituar la ética y el respeto a la dignidad humana por encima de todas las cosas. No se trata de palabras grandilocuentes: la ética y el respeto son las bases de la convivencia y sin ellas no se puede edificar nada sólido ni duradero.

Por ello, la sociedad en la que estáis llamada a reinar sólo alcanzará su plenitud si se construye con un espíritu dialogante y pactista, con la suficiente altura de miras para entender que un proyecto común y compartido sólo puede erigirse a partir de su pluralidad, de su diversidad y de la lealtad y esfuerzo de todos sus ciudadanos e instituciones.

En esta leal reflexión también me permito trasladaros otra respetuosa consideración derivada de mi condición de lo que algunos califican como «monárquico accidenta-

lista». Percibo la utilidad de la monarquía no sólo como fruto de ese pacto constituyente que nos ha proporcionado, hasta el momento, un largo periodo de democracia, de libertad y de progreso económico y social, sino que la defiendo también como garantía de ese futuro escenario de convivencia que tanto nos urge y necesitamos. La monarquía tuvo su razón de ser en la encarnación de ese pacto constitucional de la Transición, pero hoy en día la legitimidad debemos situarla en su capacidad para arbitrar y moderar. Legitimidad que deberá ganarse día a día. La monarquía del siglo XXI no puede ser la bandera de una facción ni el patrimonio de una parte si de verdad deseamos construir una España en la que todos sus ciudadanos se sientan libres, partícipes y responsables. Su misión, princesa, y la de su generación, no es nada fácil, cuando hoy en día todo tiende a la polarización en la que los sentimientos se imponen a la razón y lo radical y desconsiderado al sentido común y la moderación; cuando prima el individualismo en lugar del espíritu comunitario; cuando se impone el egoísmo sobre cualquier esfuerzo en pro del bien común.

Nos urge fortalecer la esperanza, esa esperanza que se encarna en nuestros jóvenes. En vuestra juventud, Señora. Por ello, os ruego, Alteza Real, que también recordéis en todo momento que en ese mismo «Visca Espanya» de

Maragall se incluye una invocación especial e intensa a la juventud. «La juventud —decía Maragall— es la esperanza», y ella nos abre sus brazos acogiendo generosamente los ideales de libertad y de progreso, de solidaridad y de respeto.

Un destino trazado desde antes de que naciera

Najat El Hachmi

Estimada Leonor,

Ante todo debo confesarle que tengo poca experiencia en esto de escribirle a una futura reina porque tampoco es que una vaya coincidiendo cada dos por tres con quien está llamada a ser jefa de Estado pero me atrevo a mandarle estas líneas porque la imagino como lo que es: una mujer joven de este tiempo y también porque me da cierta sensación de proximidad el hecho de haberla visto en los medios desde el momento mismo en que usted salió del hospital al nacer, igual que la han visto todos los españoles. Tanto su cargo como su recorrido vital me han llevado a reflexiones varias.

Para empezar debo decirle que su lugar en el mundo me plantea no pocas dudas éticas, políticas y sociales. Soy profundamente demócrata. Entre otras cosas porque nació

en un país, Marruecos, en el que este sistema de representación universal no existe y creo que a menudo a los habitantes de las democracias abiertas se les olvida que viven en la mejor sociedad hasta ahora inventada, la que ha traído mayores tasas de progreso y desarrollo y bienestar dado que protege y garantiza las libertades individuales. Creo que la única vida que se puede considerar humana y digna es la de la plenitud de derechos, que cada cual pueda hacer con su vida lo que decida sin que jueguen en contra de su desarrollo individual el lugar de nacimiento, su clase social, su sexo o su color de piel. Es el más justo de los sistemas también porque cada ciudadano es un voto que cuenta tanto como los demás. Pero todo esto usted ya lo sabe porque viene muy bien escrito en la Constitución. Lo que pasa es que, supongo que también sabrá, esos derechos en muchos casos acaban por no ser reales porque las leyes que tenemos son buenas pero en la práctica otras fuerzas como la economía o los prejuicios pervierten los mecanismos que deberían garantizarlos. Le voy a poner algunos ejemplos que conozco de cerca.

La educación es, a mi modo de ver, lo que más puede contribuir a la igualdad entre personas. Uno puede nacer lejos de los centros urbanos cosmopolitas pero si recibe una buena formación tiene la posibilidad de entender el funcionamiento del mundo. Todo ciudadano, se dedique

a lo que se dedique, desde la limpiadora de un hotel al ejecutivo de una multinacional, todos necesitamos tener las herramientas necesarias para razonar y entender nuestras vidas y nuestro mundo. La educación en España es universal, gratuita y obligatoria para que ningún niño se quede sin formación, pero por desgracia en la práctica las diferencias de calidad son tan enormes que yo me pregunto si seguimos hablando de lo mismo. Mientras usted se escolarizaba en uno de los mejores colegios de la capital y aprendía varios idiomas, muchos alumnos eran aparcados en aulas masificadas. Habrá visto que los índices de algo tan fundamental como la comprensión lectora están por los suelos y eso es un daño al bienestar de los menores que no deberíamos permitirnos. Yo misma crecí en una casa sin libros con padres analfabetos, pero tuve la suerte de asistir a un centro público donde atendieron mis inquietudes y contaba con una biblioteca también pública que me igualó con los compañeros que tenían casas llenas de libros. Le puedo decir que en muchos momentos la lectura y la escritura me salvaron la vida y me han permitido emanciparme y ser independiente y libre. Lo cual no solo ha cambiado mi vida sino que me ha permitido darle a mi hija una muy distinta de la tuvo su abuela, a la que se le impidió el acceso a la educación por ser mujer. Con todo esto lo que le quiero decir es que lo justo sería que

todos y cada uno de los niños y niñas de este país tuvieran una enseñanza tan excelente como la que ha tenido usted. Mientras haya alumnos que puedan aprender cuatro lenguas y otros que casi no alcanzan a leer y escribir ni en una no podremos afirmar que seamos todos iguales.

El otro asunto que me ocupa y me preocupa es el de otra igualdad, la igualdad entre hombres y mujeres. También sabrá que legalmente en este país no hay discriminación por sexo pero otra vez las prácticas sociales distan mucho de ser un espejo del marco jurídico. Todos los días tenemos noticias de asesinatos machistas, mujeres que pagan con la vida el precio de haberse vinculado sentimentalmente con un tipo de hombres que no aceptan que nosotras somos seres humanos y pretenden doblegarnos con la violencia. Ésa es la manifestación más extrema de la misoginia pero no es, ni de lejos, la única. Por desgracia parece que incluso hay una reacción contra todo lo que está consiguiendo el feminismo. Esta palabra, feminismo, ha sido durante mucho tiempo connotada con una desmerecida mala fama: si hacemos un recorrido por su historia lo que se desprende de ella es que el feminismo no es más que una forma de justicia, un sistema de pensamiento que pretende acabar con el orden patriarcal que somete a las mujeres por el simple hecho de serlo. Gracias al feminismo usted y yo podemos decidir libremente qué

vida queremos vivir y exigir un trato igualitario. Desde el feminismo siempre se ha tenido por anómala la situación en la que si había un varón entre los hijos de un rey éste tenía que serlo por delante de sus hermanas de más edad. Eso ha cambiado en España pero lo cierto es que desde el punto de vista de la igualdad la monarquía misma sigue siendo una institución extraña aunque sus funciones y límites estén bien establecidos en la Carta Magna. Si pienso en usted como persona, como mujer de un mundo en el que nos ha costado tanto ganarnos el derecho a decidir cómo queremos vivir, resulta imposible aceptar que usted tenga que ser reina solo porque es hija de su padre, lo quiera o no, lo quieran o no los españoles de hoy. Que usted no haya podido escoger su propio camino, cómo vivir, en qué trabajar, dónde vivir, con quién hacerlo y de qué modo me resulta incomprendible. Yo nací en una familia en la que mi destino estaba escrito, me dijeron, y aunque usted esté ocupando un lugar de privilegio muy distinto del que me esperaba a mí como madre y esposa, me resulta claustrofóbico imaginar que el suyo también esté trazado desde antes de que naciera. No pretendo convencerla de que se convierta en la primera reina republicana de la historia pero al escribirle no puedo evitar pensar en lo extraño que es, en términos de igualdad, que la sangre y el apellido determinen su destino.

Mire al pasado

Espido Freire

Alteza Real,

Todas las cartas a los jóvenes, en realidad, están destinadas al adulto que serán cuando ya no sean tan jóvenes y por lo tanto cuando puedan comprender aquello que los mayores ya sabemos y que negábamos, o no veíamos, o ni siquiera entraba en nuestra imaginación cuando contábamos con varios años menos. Casi siempre consisten en un ejercicio sin sentido, en el gesto de buena voluntad de alertar con tiempo y que nadie nos pueda acusar de que callamos cuando sabíamos y contemplábamos los errores ajenos en silencio, como cómplices de la falta de edad o de la precipitación de la inexperiencia.

Estas cartas, estos consejos, son nuestra coartada cuando la vida se impone y cuando recordamos qué fue lo acertado de lo que dijimos, mientras que nos callamos aquello que no se cumplió, que cambió de manera inexorable o que resultaba imprevisible. Aquí, por lo tanto, va la mía.

Os dirán, Señora, que el mundo está cambiando rápidamente, y que resulta imprescindible que se cultive la flexibilidad y la astucia, que es su deber que comprenda las diversas y delicadas realidades de este país y de las ansias de quienes aquí viven. Y llevarán razón, pero nada en eso se aprende si miramos constantemente al futuro, obsesionados por algo proteico y escurridizo que nunca está donde imaginamos que apareciera.

Yo le digo que mire al pasado: no al pasado glorioso, nostálgico, parcial y trazado por ignorantes que voces interesadas defienden, sino al que nos enseña que el ser humano se esculpió casi con el mismo barro y con las mismas virtudes y con parecidos defectos ahora que hace siglos. Estudie la historia con el mismo ojo crítico que otros dedicarán a su apariencia, enamórese de nuestro arte, tan delator, y de nuestra literatura, tan descriptiva, con la pasión con la que otros querrán hurgar en su vida privada o en sus emociones. De algo ha de servirnos la ausencia de la fantasía, el amor por lo costumbrista, por el análisis despiadado que esta tierra ha mostrado siempre, y que nos hace débiles en ficción pura pero nos ha dado a cambio el *Quijote*, o *Tiempo de silencio*, o el *lazarillo*.

Para jóvenes como usted se escribieron, en tiempos, los *Espejos de príncipes*, por lo general dedicados a los varones, aunque no se descartara que las mujeres debie-

ron, en un momento dado, conocer bien sus obligaciones en caso de regencia, si las circunstancias las llevaban a ser gobernadoras o su destino a mantenerse fieles a los designios de su patria de origen. Sea como fuere, *El conde Lucanor* hablaba ya de la necesidad de distinguir el buen consejo del mal amigo, de que la adulación no emponzoñara los oídos, del punto medio entre que no nos consideraran débiles y que la dureza no congelara la misericordia ni la generosidad. Ecos lejanos, dirán algunos. Yo no lo creo.

Afine usted su criterio, Señora, esmérese en conseguir dos grandes habilidades que la salvarán cuando todo parezca perdido. Juzgue bien a quien tiene delante, conozca con rapidez al falso y a aquel del que se puede fiar. Y en segundo lugar, nunca permita que la alejen de la realidad, de las realidades, de aquello que no atisbará, como no lo hacemos ninguno, cada cual en nuestro puesto, si no nos muestran otra. Todos los grandes líderes, las emperatrices y los reyes que han caído cometieron uno de esos errores, que lleva al otro.

Nos esperan tiempos fascinantes, doña Leonor: cambios en la realidad y en lo creado, Inteligencia Artificial, desafíos territoriales, transformaciones del tejido laboral y de qué y cómo se produce, relaciones internacionales cambiantes, manipulación, desarrollo, esperanza y crisis.

Oscilaciones de la confianza en la autoridad, migraciones, sustitución de identidad y martilleo ideológico por medios y redes, seres infames que ostentan el poder y muchos otros que hacen lo que pueden, lo que creen o lo que deben. Todo es nuevo, pero nada lo es, salvo en su forma más superficial y engañosa. No seré demasiado prolija, no creo que una descripción más detallada sirva para que el mensaje llegue más claro. Por cada sendero futuro hubo un camino abierto en el pasado. Por cada solución que deba adoptarse hubo alguien antes que tomó una similar y se equivocó o acertó.

Los jóvenes creen que el mundo surge con ellos, que no hubo nada antes y que el futuro se abre únicamente para ellos: todo es nuevo, un paisaje virgen que se modifica ante su paso. No cometa ese error, que ya demasiados caen en él. Observe y analice, compare y recuerde. De lo contrario, lo harán por usted quienes ya se encuentran en el secreto, quienes buscan quién sabe qué por razones casi nunca impecables. No sea usted juguete de nadie, no se preste a juegos con normas ya trazadas, atesore valor y confianza. Se espera mucho de usted: pero no todos esperamos lo mismo.

Bajar del árbol

Susana Fortes

Buenos días, princesa.

Tengo delante la foto de su último cumpleaños. 31 de octubre. Un martes. Cumplir dieciocho años y echarse encima todo el peso institucional que la Constitución le ha puesto sobre los hombros no tiene pinta de ser el sueño dorado de ningún adolescente. Si a mí con su edad me hubieran pedido que dejara de ser yo misma, con mis más y mis menos, para convertirme en un símbolo representativo, ya fuese del atletismo, del Estado de Derecho o de la defensa del atún rojo, saldría pitando por la puerta de los leones.

Ya sabemos que el oficio de princesa no es como el de los panaderos que están en pie a las cinco de la mañana, ni como el de los bomberos que salvan vidas subiendo por la escalera de incendios, pero también se las trae. Lidiar con las altas expectativas es uno de los peores retos al que han de enfrentarse las deportistas de élite, los escritores brega-

dos, los científicos que trabajan contra reloj y por supuesto también las princesas jovencitas. Hace falta temple.

Con el tiempo, su función consistirá en conciliar contrarios, o sea, en hacer malabarismos. Reinará pero no gobernará. En eso radica precisamente la clave de las democracias parlamentarias. Si tiene suerte y se rodea de buenos consejeros, podrá contribuir a capear el temporal y conseguirá ser respetada. Pero me temo que ese respeto tendrá que ganárselo a pulso. Y no será fácil, desde luego.

Para empezar, los políticos de turno le darán unos quebraderos de cabeza increíbles, aunque tampoco hay que preocuparse mucho por eso. Son aves de paso. Hay una escena en la serie *The Crown* en la que un recién nombrado primer ministro laborista se sienta a despachar con la reina por primera vez en Buckingham Palace y ella le pregunta: «¿Sabe usted, señor Blair, que es usted el décimo primer ministro que se sienta conmigo en esa silla?»

¡El décimo! Pues eso.

A propósito de series, *The Crown* no me parece una mala escuela para familiarizarse con la situación. No es que las monarquías me interesen demasiado, pero me importan las peripecias humanas en cualquier circunstancia y en los Windsor, como sabrá, hay para dar y tomar. Tal vez le convenga aprender que saber cambiar una rueda del

coche y llenarse las manos de grasa para arreglar el motor puede sacarla de más de un apuro.

Isabel II accedió al trono del Reino Unido cuando estaba de gira con su marido por los países de la Commonwealth. En Kenia concretamente. Pasaron la noche anterior en una cabaña de madera construida encima de una higuera centenaria en el Parque Nacional de Aberdare. El naturalista británico Jim Corbett escribió: «Es la primera vez en la historia de la humanidad que una joven subió a un árbol como princesa y bajó a la mañana siguiente como reina».

Espero sinceramente que usted tenga mucho más tiempo para bajar del árbol. Entender el mundo es un asunto peliagudo. Pretender que además el mundo la entienda a una sería pedirle peras al olmo. Paciencia. Para eso, además, todavía falta.

Mientras tanto, acuérdesse de que es joven y que la primavera está ahí fuera, agitando sus alas. Tiene todo el derecho a ser feliz o a intentarlo, como el resto de los mortales. Sáquele brillo a las oportunidades que le brinde el azar. Gane tiempo para hacer lo que le gusta, nadar o jugar al fútbol, para recorrer el país por cada una de sus costuras, con todas sus lenguas y sus acentos. Compruebe de primera mano los desaguisados y las goteras que tene-

mos en casa. Aproveche también, si puede, para darse una vuelta por el mundo y atisbar de cerca cómo en el tablero internacional está todo patas arriba. Si es capaz de regresar de ese viaje sin perder la confianza ni la inocencia, ya tendrá la mitad del trabajo hecho.

No se olvide tampoco, por favor, de que es mujer y, para empezar por la parte que le toca, convendría ir poniendo remedio a la anomalía prehistórica de la prevalencia del varón en la línea sucesoria. Y de ahí hacia adelante todo seguido.

No pierda la brújula de su tiempo: Greta Thunberg, Taylor Swift, Banksy... Recuerde que se puede combinar a Bach con C. Tangana, a María Callas con Sonita Alizadeh, que apostó por plantarle cara al matrimonio infantil en Afganistán a ritmo de rap.

Lea todo lo que pueda. Más a Galdós que a Unamuno. Más a Lorca que a Alberti. Los clásicos son divertidos, Homero no es incompatible con los comics de Tintín o de Paco Roca. Agatha Christie puede alternarse bien con Simone Weil, y Stephen King con Heródoto. Lea a Irene Vallejo. Lea biografías, novelas, ensayos y periódicos hasta que sea capaz de distinguir por sí misma el grano de la paja. Entre los poetas, le aconsejo que elija a los que sepan hablar del amor sin gimotear, como diría Helen Hanff.

En fin, aproveche su libertad condicional para reírse, para salir de incógnito a bailar con sus amigos, para ir al cine todo lo que pueda, mejor entre semana (no se pierda *La sociedad de la nieve*), para tener curiosidad, para equivocarse, para enfadarse con el mundo ahora que todavía puede.

Personalmente, aunque la monarquía me parece una institución anacrónica, entiendo la existencia de los reyes, pero los monárquicos me parecen una aberración pavorosa. Es de éstos de los que más deberá cuidarse. No deje que le amarguen la vida.

Salud y buena suerte, se lo desea una republicana de corazón.

Mismas palabras, nuevos discursos

Luz Gabás

Alteza:

A medida que una va sumando años, conversaciones, lecturas y reflexiones, aumenta la posibilidad de volverse irritable. Para esta enfermedad del ánimo solo existe un remedio: escuchar a los jóvenes y percatarse cuanto antes de que cada generación adapta hábilmente la información del pasado al espíritu de su época para construir su propio discurso. Resulta sanador confiar en la capacidad creadora del ser humano, que es infinita e inagotable.

Por mis estudios universitarios y otros posteriores, soy hija intelectual de la posmodernidad y la deconstrucción y de los textos que hablan de la sociedad del vacío, del pensamiento débil, del consumo, del poder de las masas, del cansancio y de la nostalgia; usted —como mis hijos, una chica y un chico de su edad— pertenece al mundo de la posverdad, de la transparencia, del *me too*, la

cultura *woke* y la cancelación y la inteligencia artificial. Era inevitable que las ideas del posmodernismo —negación de una verdad única, revisión de las grandes narrativas y aceptación de la pluralidad de perspectivas— desembocaran en la algarabía actual, si bien nunca sospeché que el respeto a la diversidad fuera a convertirse en un constante juicio moral. A la misma asombrosa velocidad a la que mis hijos han crecido, he vivido yo la transformación de la llamada sociedad líquida —fluida y volátil, pero aún tangible— en una sociedad gaseosa, de opciones y variables aleatorias, como las partículas de un gas que revolotean expandidas, sin volumen ni forma definida y con poca fuerza de atracción.

No percibo, sin embargo, en mis hijos —de mente científica, en contraste con mi tendencia al drama literario— un sufrimiento existencial por la abrumadora actualidad. Conviven felizmente con un exceso de información completamente politizada, con miles de opiniones de periodistas, escritores, tertulianos, blogueros, *influencers* y espontáneos a los que hacen menos caso que yo. No echan de menos un discurso único porque no conciben la vida sin pluralidad. Incluso me atrevería a decir que su percepción de la traumática experiencia de la pandemia del COVID-19 fue diferente a la mía.

Antes del coronavirus, cuando ellos eran adolescentes, anoté en un cuaderno que las preocupaciones en España eran la crisis económica, el desempleo, el desafío independentista, el nuevo mapa político —ya no caracterizado por el bipartidismo—, la pérdida de la confianza en las instituciones, el miedo al integrismo islámico y la agresividad latente en lo público, en redes y en medios. En marzo de 2020 añadí al listado las cuatro consecuencias negativas de la pandemia que extraje del artículo «La emergencia viral y el mundo de mañana» del filósofo Byung-Chul Han: cierre de fronteras en un mundo que presumía de ser globalizado; poca confianza en un Estado que, en teoría, debería velar por los ciudadanos; aumento de la vigilancia digital, lo que deriva en una evaluación de la conducta social; y apatía hacia la realidad como consecuencia de las *fake news*. Pocos meses después apunté que el filósofo esloveno Slavoj Žižek, en su tratado *Pandemia*, veía la catástrofe y la conmoción como una oportunidad para instalar un nuevo orden social, una reformulación del comunismo basada en la confianza de la gente y en la ciencia, que sustituyera al liberal-capitalista. Sin estar de acuerdo con él en el modelo propuesto, coincidí en que tendríamos que aprender a sobrellevar una vida mucho más frágil con constantes amenazas y en que po-

dríamos haber aprovechado la ocasión para provocar una transformación positiva en la sociedad.

Pero pasó la pandemia y las preocupaciones en España volvieron a ser las mismas, con algunas variaciones: se echó la culpa a la guerra de Ucrania por la crisis económica y energética; en el tablero político movían ficha la extrema izquierda, la extrema derecha y los independentistas; lo que solo parecía un desafío por parte del independentismo se convirtió en la amenaza real de un nuevo orden territorial; aumentó la pérdida de la confianza en las instituciones; y la agresividad en lo público, en redes y en medios fue patente, como si todo el aislamiento y la inactividad sufridos durante la pandemia en el mundo real se hubieran traducido en un derroche de pasión y en una desagradable vehemencia en el mundo virtual; como si la sociedad gaseosa hubiera derivado en una suerte de sociedad vírica en la que seres infecciosos microscópicos se multiplican en las células de otros organismos para vivir.

A mí me parecía que ya no quedaban ni los restos de cualquier discurso sólido al que aferrarse; no obstante, ha pasado el tiempo y el mundo no se ha acabado. Los jóvenes seguís elaborando vuestros nuevos discursos relacionados con el medio ambiente, la salud mental, la identidad sexual y de género, el revisionismo histórico, el bienestar animal y la alimentación alternativa, entre otros asuntos.

Habéis vivido vuestra primera guerra, la de Ucrania, por televisión. Os preocupa el cambio climático. Engarzáis dialécticamente el fin del planeta y la extinción del ser humano con la posibilidad tecnológica de crear seres pos-humanos y de continuar la vida en otro lugar del universo. Os cuestionáis todo lo heredado: ¿es realmente la historia tal como me la cuentan? ¿Acaso no deberíamos sentirnos culpables por las acciones de nuestros antepasados y pedir perdón? ¿Es el capitalismo el modelo a seguir, aunque esté equilibrado con un Estado del Bienestar? ¿Peligra o resulta reforzada la democracia cuando al que opina diferente al relato dogmático se le acusa de antidemocrático y antipatriótico? ¿Qué hay de malo en vigilar virtualmente las acciones y el pensamiento si es por el bien mayor de la seguridad ciudadana?

Del cuestionamiento no se libra la histórica institución de la monarquía. ¿Tiene sentido su existencia en tiempos gaseosos y víricos? Más allá de la respuesta obvia — «depende de a quién se le pregunte» —, me atrevo a sugerir que muchos jóvenes no interpretarían una respuesta afirmativa o negativa con la misma carga política con la que yo lo haría, lo cual considero una ventaja para la Corona. Tal vez como consecuencia de la indiferencia y apatía que les provoca la política, convertida en un espectáculo de agresividad verbal y mentiras, ellos tienen

su propia percepción de la monarquía. Conocen y asumen el rol que debe desempeñar una princesa destinada a ser reina de un país cuya forma de gobierno es la monarquía parlamentaria, y son conscientes de la pérdida de libertad que implica dedicar la vida al servicio público y estar siempre sometida al escrutinio.

En el contexto actual de atomización, de señalamiento, etiquetado y definición de grupúsculos, de individualidades movidas por el sentimiento más que por la razón, su figura, Alteza, se comprende como unificadora, en tanto en cuanto está por encima de todos, sobre todo de los partidos políticos. Inspira confianza que exista alguien que pueda evitar que las cosas se desmanden, por ejemplo, por culpa de algún político insensato. A una reina en la España actual se le presupone una preparación inigualable; se sabe cómo ha sido educada; se conoce el trasfondo; se intuye que no existe el riesgo de psicopatía o maldad; se percibe una garantía de solidez, coherencia y calma.

En resumen: los seres que, como las partículas de un gas, nos movemos con mayor o menor libertad en un contexto caótico, miramos de reojo en nuestro viaje a esa vasija cercana en la que poder encontrar cobijo, llegado el caso. Un recipiente claramente definido, serio, disciplinado, al que apreciamos como una madre que sabe poner a

los miembros de su familia por encima de cualquier cosa, que proporciona seguridad y refuerzo positivo, que se divierte contigo hoy y mañana te acompaña en momentos de lágrimas, que te comprende porque ha pasado por lo mismo que tú, que es a la vez guardiana de la tradición y abanderada de la modernidad.

Habrá ruido, Alteza. Siempre lo ha habido y siempre lo habrá. Pero, aunque no lo parezca por el incesante bombardeo de información negativa y por la megafonía estridente de las redes sociales, existen muchos jóvenes educados para el esfuerzo y el progreso de la sociedad; jóvenes que estudian, trabajan, se divierten, se enamoran, respetan las reglas, son honestos, sueñan y tienen grandes ilusiones. Ninguna generación es mejor que la siguiente o la anterior; y si algo agradezco a mis hijos es que me hayan revelado que la mía no es mejor que la suya.

Su vida y las de mis hijos discurrirán paralelas en la cronología de la historia, Alteza. Los tres os enfrentaréis a retos similares. Seréis los responsables, los beneficiarios o los sufridores del futuro que ya estáis empezando a crear. Y, sin saber cómo, de pronto un día serán otros, más jóvenes, quienes os desbanquen. De vuestro esfuerzo personal dependerá que os irriten o que os sorprendan de manera agradable y aprendáis.

A Berta, mi reina

Edu Galán

Hola, Berta.

Me ha vuelto a liar. Sí, ese. Tu padrino. Arturo. Me pide que le escriba una carta a la futura reina de España donde darle la barrila, pobre, con mis preocupaciones. Qué huevos. ¿Cómo le digo que, así de golpe, la primera preocupación que me salta a la cabeza eres tú? Te cargo, a un bebé de poco más de un año, con demasiada responsabilidad. Ni tienes el encéfalo formado, ni un lenguaje asentado, ni una concepción espacial del mundo, ¡ni todos los molares en orden! Ni siquiera tienes control de los esfínteres. Por cierto, nunca se me hubiese ocurrido que iba a dedicar años y años a limpiarte el pis a las tres de la mañana.

No sé, Berta, que este señor siempre me hace lo mismo. Te cuento más: la chica en cuestión a la que debería escribir se llama Leonor. Tiene dieciocho años y será reina en algún momento. Reina no como las de los cuentos, con trajes rosas y voces cursis. Será una reina de monarquía

parlamentaria con sus actos, sus declaraciones en navidad o su permanente exposición pública. Una reina inscrita en el BOE. Esto último me va a costar que lo entiendas.

Te lo confieso: a veces pienso en ella porque, por tu culpa, se me ha agrandado el tiempo. No se me ha alargado —voy a palmar cuando deba— sino que se me ha agrandado: jamás había dedicado tantas horas a rumiar el futuro. Además, gasto muchas noches imaginando qué edad tendrás la última vez que te vea. Me gustaría que pasases los cuarenta, pero sabe dios. Esta matraca me obliga a pensar en quienes te acompañarán en tu viaje vital: tu familia, tus amigos, tus parejas, tu sociedad. Mis cuarenta y cuatro años —los cumplo hoy, ya sabes— van sentimentalmente ligados al padre de Leonor. Se llama Felipe y, como es rey, lo numeran. Le ha tocado el sexto y proviene de un largo linaje histórico que espero que algún día aprendamos juntos. Él y yo nos llevamos doce años; su hija Leonor y tú, dieciocho. Al igual que los amigos permanecen en la edad de cuando los conociste, a Felipe VI continuó llamándole príncipe de Asturias. He estado de acuerdo con él, en desacuerdo, en crítica feroz: el rey me ha despertado más sentimientos que una película de Mickey de esas que vemos en Disney+. Felipe forma mi tiempo como Leonor formará el tuyo. Ojalá normalices

un hecho inusual, al menos en mi generación y las anteriores: contemplar a una reina, a una jefa del Estado, a una mujer con verdadero poder. De lo último me alegro un montón porque, en el fondo, espero que esto te anime y que algún día tengas más poder que ella. Serías una especie de Emperatriz Intergaláctica con dejes dictatoriales pero con mucho cariño a su padre, el Emperador emérito.

Eso sí, en algún momento, como hice yo antes, deberás pensar con seriedad en la monarquía y decidir tu posición: monárquica, templada o anti —lo que se conoce como republicana—. Espero que si, tras las lecturas históricas y políticas necesarias, te decides por lo último no seas irracional. En el aspecto humano, asumir el papel de una reina me da miedo —esa consciencia de demasiadas miradas desde tan pequeña— e incluso puedo entender el pavor de sus padres. Su relación con los ciudadanos no va en dos sentidos, sino en uno. Muchos españoles la sentirán suya, incluso propia, y otros tantos la sentirán ajena, incluso intrusa, aun sin que Leonor los conozca. Esto, afortunadamente, jamás te ocurrirá a ese nivel. Pero entiende, Berta, que en ese balanceo emocional se mueve España: una sociedad democrática, compleja, a la que Leonor deberá enfrentarse, al menos en público, poniendo buena cara. Ella deberá remontarse a la hipervigilancia

de su vida íntima, a un compromiso sobrehumano o a la tabarra de leer que «simboliza la nación española» o «representa a nuestro país».

Con esas frases tan rimbombantes en parte le cuentan la verdad pero espero que, por su bien, recuerde que fue niña como eres tú ahora, cariño. Ojalá Leonor se regale, de vez en cuando, alguno de los dislates propios de tu edad: reír o llorar a destiempo, imaginar territorios imposibles o recordar, durante uno de sus innumerables compromisos —una recepción a los segundos subsecretarios de recogida municipal de enseres, por ejemplo—, aquello que escribió el actor italiano Marcello Mastroianni en sus memorias. «No quisiera parecer un esnob, pero creo que el término que utilizan los franceses es muy acertado: para decir interpretar, ellos dicen *jouer*, que en italiano sería *giocare* (jugar)». Es decir: que Leonor se permita jugar de vez en cuando, como debes estar haciendo tú ahora en la guardería.

Aparte de los habituales —salud y seguridad—, te cuento otro de mis miedos, Berta: que te sientas sola. Si ya tu soledad me parece inabarcable, no me quiero imaginar cuánta puede acaparar una reina. Ni siquiera su familia o sus profesores podrán darle respuesta. Odio dar consejos, Berta, pero me toca interpretar a un padre: para evitar la soledad de niño raro, a mí me ayudó el cine, la

música, la literatura o la historia. Ahí encontré consuelo donde otros, incluidos tus abuelos, no podían dármelo. En ese lugar creo que tanto tú como Leonor tendréis manuales para vuestras relaciones personales y ella en particular para sus relaciones institucionales o la comprensión de los diversos escenarios por los que se moverá este país. Hay más soluciones en las artes que en todos los periódicos del año.

Una vez, en un programa de Buenafuente, un amigo cómico de papá, dije en público algo que llevo defendiendo mucho tiempo en privado: «Lo mejor de ti son siempre los demás». Los demás: algunos maravillosos, otros viles, algunos inteligentes, otros idiotas, algunos excepcionales, otros comunes. Berta —y le aconsejaría lo mismo a Leonor—: trata de escucharlos a todos, especialmente a los que no piensan como tú; júntate siempre con gente más inteligente y más buena; discierne quiénes te quieren utilizar —no sé por qué, creo que Leonor los olerá a distancia— y estudia con detenimiento, en la vida y en las ficciones, los comportamientos de los demás, incluso aquellos que señalan lo que no hay que hacer.

Pues que te quiero mucho, mi macaca.

A ver si se me ocurre algo para el encargo de tu padrino.

Madrid, 12 de marzo de 2024.

Un camino sembrado de esperanza

Ignacio S. Galán

Alteza Real,

Quiero comenzar estas líneas con un claro mensaje de confianza. Ahora que tantos creen que el futuro es principalmente incertidumbre, debemos recordar que sólo mirando hacia delante tenemos la oportunidad de seguir mejorando las cosas. Y cuando, además, contamos con las condiciones, el potencial y las capacidades para lograrlo, la mera esperanza se fortalece hasta tornarse en convencimiento.

No debemos engañarnos: es mucho lo que tiene que cambiar en este mundo de múltiples crisis solapadas. Pero los que hemos vivido épocas anteriores tampoco podemos olvidar que la España de hoy es más plural, diversa, moderna y abierta al mundo que nunca, y que la generación a la que pertenece Vuestra Alteza es, sin duda, la que dispone de mayores herramientas de desarrollo de toda nuestra historia.

Es un verdadero orgullo ver cómo, gracias al esfuerzo propio y a la labor de Sus Majestades los Reyes, Vuestra Alteza lleva años preparándose para desempeñar el papel esencial que le reserva la Constitución Española, aprobada —y respaldada hoy, casi cincuenta años después— por una mayoría abrumadora de españoles. Y permítame Vuestra Alteza decirle que es un placer observar la naturalidad y la alegría con la que viene desempeñando sus funciones.

Esa es otra de las razones en las que se cimenta mi convencimiento: comprobar día a día que Vuestra figura es y se percibe como un enorme activo para la España de hoy. El reciente Juramento de la Constitución Española por parte de Vuestra Alteza fue una verdadera reivindicación de todo lo bueno que reconocemos del pasado, preservamos en el presente y estamos creando para el futuro.

Comparto brevemente a continuación con Vuestra Alteza algunas reflexiones a partir de enseñanzas que he ido acumulando a lo largo de los años. La primera es que valore sus raíces y se sepa depositaria de una herencia. La de Vuestra Alteza es, además, de incalculable valor, encarnada hoy en el ejemplo constante de responsabilidad, dedicación y cercanía al pueblo español por parte de Sus Majestades los Reyes. Esa será la mejor base para ir creando su criterio y tomando sus propias decisiones,

apoyada siempre en la excelente formación que está recibiendo. De forma casi imperceptible, el ejercicio de las responsabilidades irá labrando la confianza y, sobre todo, la autoridad inherente a la posición que está llamada a ocupar. Y, a buen seguro, con los años irá comprobando que quien más yerra es precisamente quien decide no actuar.

Por eso mismo, nunca tenga miedo al cambio. En la evolución está la base del progreso. Contamos con herramientas para todos los grandes retos que afronta la humanidad, desde mitigar el cambio climático hasta la erradicación de la pobreza o la búsqueda de soluciones ante el envejecimiento de la población. Es cierto que habrá quienes, tras un pretendido impulso innovador, oculten la voluntad de derribar lo mucho que hemos ido construyendo. Pero ese empeño será en vano, porque unos pocos no pueden con la voluntad de muchos, y porque lo verdaderamente permanente resiste a cualquier impulso destructivo.

A lo largo de la vida, Vuestra Alteza tendrá la oportunidad de conocer a infinidad de personas. No deje nunca que la prudencia se transforme en desconfianza. La inmensa mayoría de ellas tendrá la mejor de las voluntades. Apóyese en ellos, pero dedique también tiempo a entender y a ganarse a los que piensen de forma diferente, tra-

zando como única barrera la destinada a quienes busquen la confrontación. Y no olvide que las mayores herramientas de convicción son la ejemplaridad y la apertura, en los grandes momentos y también en el día a día. Tiene a su lado la mejor muestra de ello.

Mientras camina hacia la madurez, aproveche cada minuto de la juventud. El tiempo y el buen criterio serán los mejores aliados para construir, llegado el momento, su propia familia. Y sepa que, en ese proceso, los instantes más felices siempre estarán por venir.

Permítame Vuestra Alteza concluir estas breves líneas expresándole mi plena lealtad y mi más sincero agradecimiento. Por lo mucho que ha hecho ya, pero especialmente por todo lo bueno que, con seguridad, va a ir logrando a lo largo de los años. Contará en ese camino con la mejor de las ayudas: el cariño y la confianza de millones de españoles.

La constitución histórica de España

Jesús García Calero

Alteza:

Hace bastantes años que todos o casi todos percibimos un problema creciente: la quiebra de las bases políticas, sentimentales, culturales y simbólicas de aquello que nos conforma como país, de aquello que compartimos y que permite que todos, desde la diversidad, nos sintamos parte de un conjunto llamado España. Es una percepción, pero crece. Quienes seguimos la actualidad sabemos que es así y que, seguramente, responde a una lógica suicida: los poderes levantan muros y a veces da la impresión de que nadie trabaja por lo común.

El problema es muy complejo, pero yo recuerdo un día especial en el que me pregunté con aspereza: «Pero, ¿qué nos ha pasado?». Corría 2020 y acababan de estrenar el documental *10 años de nuestra estrella*, sobre la victoria de la selección española en el Mundial de Fútbol

de Sudáfrica de 2010. Contemplar las imágenes y recordar aquella celebración, la energía que atravesaba cada ciudad, la fuerza positiva con la que todos festejábamos, y verlo precisamente en aquellos oscuros días de la pandemia, de los encierros, con las libertades acotadas y la división creciendo como un abismo entre los españoles, fue para mí una dolorosa evidencia.

¿Qué podemos hacer? Cada vez más, en nuestro entorno personal, incluso familiar, han entrado debates no sólo de política, a veces de cuestiones sociales, en los que se ha instalado un afán, casi una liturgia, de señalamiento, de dibujar adversarios, de destruir matices o no atender a razones, y se ha creado esa percepción insólita, como de archipiélago, que casi todos conocemos y no sabemos cómo dejar atrás. Tengo la impresión de que ya hay quien vive de alimentarlo, de que sentimos una división insalvable, de que interioricemos una frontera en lo más profundo, una cicatriz hipotética que proyectamos con pereza sobre todas las cosas. Y crece la polarización, abonada en las redes sociales que también nos atrapan. Como todas las fronteras, no es más que una línea imaginaria.

He de decir que contemplando el espectáculo de la política durante los últimos años ha resultado difícil encontrar razones para la esperanza. Da la impresión de que hemos perdido un gran capital de talento, de capacidad,

de servicio, y los ciudadanos desencantados hemos caído en melancolías infructuosas y sentimientos negativos que no son más que negligencia mal disimulada. La responsabilidad perdida está en el centro de todo. Ni valoramos lo bueno que tenemos, ni exigimos cuentas de manera rigurosa. Aceptamos la inconsecuencia de mentiras y corrup-telas que ni siquiera avergüenzan a los culpables. Son ya muchos años y no será fácil revertirlo.

Ver lo que nos ha pasado desde 2010 en el terreno del debate público, la política y el respeto institucional es un espectáculo tan poco edificante que no somos capaces de ver otras cosas positivas que permanecen en segundo o tercer plano, marginales. Ni sacrificios enormes, evidentes, como el de los sanitarios en la pandemia, se salvan. Como periodista cultural he contemplado muestras enormes de talento en los creadores, la inteligencia de muchos debates cuando tienen lugar en un contexto de respeto y escucha. Pero la cultura, el gran espacio simbólico que une y que permite crear puentes, también ha caído en banderías políticas, censuras y señalamientos. Incluso desde instituciones públicas.

Creo que hemos perdido la virtud de lo neutral, los espacios donde todos nos podemos sentir incluidos sin dejar de ser como somos. Si pudiésemos establecer, o al menos incentivar, dinámicas de neutralidad para trabajar

por lo común, los agrandaríamos. Pero no es fácil, porque también las fuerzas disolventes ocupan el tablero y su crecimiento depende de que sigamos sin percibir nuestro potencial. Hemos dejado que el sectarismo invadiese el espacio cívico.

La historia muestra que somos desde hace siglos una nación que cuando trabaja en una misma dirección es capaz de logros asombrosos, que ayudaron a configurar el mundo como lo conocemos: la navegación oceánica que puso en marcha la primera globalización, la primera misión humanitaria en 1803, y mil historias que conducen a una cultura y una lengua compartida con casi 600 millones de personas. No hemos cometido ni más ni menos errores que otras naciones, pero desconocemos hasta qué punto somos los herederos de un pasado inabarcable. No podemos ser indolentes ante nuestro presente, ni por supuesto ante el futuro, ni desde luego ante ese pasado en el que debemos reconocernos. Pero no hemos logrado ni un relato común de nuestra historia.

Quizá el día que tuve la ocasión de oírla por primera vez en el Teatro Campoamor, durante la entrega de los premios princesa de Asturias, algo se removió en mí. Su discurso fue una llamada de atención para la juventud contra esa indolencia. Aquél «me importa» reiterado en su discurso, sonó como un *eureka*, aplicado al periodismo

de Michnik, a la dramaturgia de Mayorga, al estudio del antropólogo Matos Moctezuma, incluso al arte jondo de María Pagés y Carmen Linares, entre otros. «Me importa», «me interesa», «me impacta...» fueron aldabonazos que nos permitían mirar a otra España posible donde se valora el mérito sin importar la filiación.

Desde entonces he seguido con mucho interés sus alocuciones y los estadios de su formación y creo que será usted una reina capaz, con un conocimiento preciso y profundo de su papel constitucional. Es una muy buena noticia. En su empeño veo muy claro, al igual que en el de sus padres, los Reyes, aquello que más nos falta en España, desgraciadamente, y que más necesitamos: una institución neutral y un trabajo enérgico y respetuoso por lo común, para alentar ese espacio en el que todos volvamos a encontrarnos, cada uno con sus ideas y sus peculiaridades, si es que un día recuperamos suficiente lucidez cívica y usted persevera. La animo a que sea tenaz.

Hay una frase en la que pienso cuando la escucho. Contemplando la turbulenta historia de España en la que la nobleza territorial a menudo instigó crudos enfrentamientos, o instituciones venerables se prestaron a la lucha partidaria y élites reconocidas abandonaron su responsabilidad o fueron perseguidas, Gaspar Melchor de Jovellanos dijo que la monarquía es la constitución histórica de

España. Yo también lo creo, porque sólo bajo su poder histórico fueron superadas las viejas, atávicas banderías, en equilibrios a veces insuficientes, pero salvíficos. Su abuelo logró en 1977 volver a reunir a todos los españoles. Su padre mantiene ese espíritu y ese espacio en un momento especialmente difícil como el actual, en el que pocas instituciones quedan fuera de una lucha política que no respeta las reglas que nos hemos dado. Por eso mismo creo que es aún más importante el papel de la monarquía hoy, esa constitución histórica que decía Jovellanos. Imprescindible si queremos convivir todos. Todos sin exclusión. Ya no tenemos otra, allá donde mire.

Panes y metas volantes

Juan Gómez-Jurado

Permítame que en lugar de a usted, cada vez más cerca de lo adulto, me dirija a la niña que fue:

No creo que le descubra nada si le digo que el día que usted, el tierno bebé al que yo escribo, nació, nacía a la vez en la misma cuna una institución.

No me puedo imaginar cómo es nacer con un pan como el suyo bajo el regio brazo. Un pan que muchos de los demás piensan que es pan de oro pero que viene preñado de expectativas, obligaciones, destinos marcados y educación dirigida. De ojos que van al pan para que no se pase de duro, para que no se ralle, para que no se enrancie. Un pan que irá fermentado en miramientos a sabiendas de que es pan para exponer, por su condición, en un eterno escaparate.

No me cabe más dulzura cuando me pongo a pensar en ese bebé que era usted hace aún poco tiempo. En ese momento en que ya tiene usted todas las indudables venta-

jas pero en el que, tozudamente, se van amasando también las obligaciones. Uno sabe, por bendición y por condena, lo que es sacar un libro sobre el que están puestos tantos prejuicios ajenos que ha de hacerse inevitablemente a la idea de que no podrá satisfacer a todos. Quizá de ahí, de la empatía y la coincidencia aún lejana, me nace la ternura y la comprensión. Si todos somos hijos del entorno en que nacemos, los demás, al menos, tenemos la posibilidad de mejorarlo o, lo que es aún mejor, de estropearlo.

Nace ese bebé en condición de mujer en un mundo en el que ser mujer empieza, para bien, a cambiar su significado. Aquel que ha sido el común tanto tiempo. Un mundo en el que los roles han roto su rutina y andan buscando su nueva condición que, esperemos, sea más cercana a la justicia. Nace también en un mundo hiperconectado donde los secretos son cada vez menos y las miradas más inquisidoramente cercanas. Nace en un mundo en que reinar es también una condición mutante que se esfuerza en adaptarse, como todos, a esta velocidad frenética que convierte a las verdades eternas en pesadas losas para la mayoría hambrienta de novedad.

Leo en algún sitio que su madre se ha preocupado de que esa niña vea películas de Kurosawa a una edad que muchos dirían que no es la adecuada, como si hubiera edades adecuadas para algo. Y entiendo lo que ella, su

madre, está haciendo con ello. Porque ver a Kurosawa, como ver a Shakespeare, como leer a Cervantes, es ver la esencia del ser humano. Es darle la posibilidad de quitarse a ratos el pesado pan de mármol de debajo del brazo para entender muchas de esas cosas que su condición de nacimiento podrían impedirle comprender. Veo también que todos se preocupan de otorgarle una aguja de punto que le permita explotar su burbuja primigenia, la veo salir con amigas, hacer vida social más allá de la sociedad. Todo eso me hace sonreír pensando en el bebé al que escribo esta carta.

Aun así no puedo evitar pensar en los muchos ojos que esperan agazapados a asistir a su primer fallo y me apetece decirle, por si aún no ha visto *El Ángel Ebrío* del bendito Akira, que los errores, como los fracasos, son sólo metas volantes de un camino que acaba únicamente como yo, que ahora tengo ventaja de edad sobre usted, alcanzaré muchísimos años antes que usted cuando se convierta en desventaja.

Probablemente eso sea lo que menos le envidia. Sus errores, los humanos, los que todos cometemos, no van a ser suyos del todo, los usarán unos para su beneficio y otros para tratar de enmendarlos en su nombre. Sin permitirle, ya ve, la gloriosa posibilidad de aprender de ellos. Me da, en lo que veo desde muy lejos, que tiene usted una

familia dispuesta a dejarla equivocarse. Hágalo mientras pueda, porque los que pertenecemos al reino del ensayo y error, de soplar en la herida, de las tiritas para el corazón y las ideas heridas, también seremos ciudadanos del suyo si llega usted a reinar.

Derecho a soñar

Raquel Lanseros

El amor hacia la tierra en la que hemos nacido es uno de los rasgos que caracterizan a nuestra especie. Quien ama a su pueblo cultiva, pues, un sentimiento universal, por paradójico que pueda parecer, aunque es aconsejable — yo incluso afirmaré que imprescindible— que la pasión por lo propio venga aparejada de un conocimiento amplio del mundo como para comprender asimismo el valor de lo ajeno. Sobre la importancia del aprendizaje del orbe, Cervantes escribió: «El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos». Así, el cultivo de las raíces puede convertirse en una fecunda indagación sobre el concepto personal y colectivo de identidad que acabe uniendo al individuo con la larga cadena de la humanidad.

La trascendencia del origen es de tal dimensión que nunca termina de abarcarse desde el análisis sincrónico, sino que exige un esfuerzo forzosamente diacrónico para

poder aproximarnos a su comprensión. Por eso, definir lo que somos engloba siempre el conocimiento de lo que fuimos y la proyección de lo que seremos o, al menos, de lo que desearíamos ser. No en vano afirmó Goethe que «quien no sabe llevar su contabilidad por espacio de tres mil años se queda como un ignorante en la oscuridad y sólo vive al día». Para tratar de interpretar el presente y concebir un futuro es necesario ejercitar el conocimiento profundo del pasado. En palabras de Confucio, «estudia el pasado si quieres pronosticar el futuro».

Hemos nacido en una tierra con un pasado muy complejo —ninguna tierra, en cualquier caso, posee un pasado sencillo— que en los últimos siglos ha sufrido además episodios especialmente infortunados y muy dolorosos. A la vez, hemos nacido en una tierra rica en Historia, en patrimonio, en paisajes, en rostros, en voces, en potencialidades. Es prácticamente imposible definir España, como lo es definir la poesía, la belleza, el amor o la nostalgia. Pero del mismo modo, es casi imposible también para los nacidos en ella (así como para sus residentes y visitantes) no poseer una idea, un sentimiento, un concepto personal de lo que España significa y constituye. En este sentido, hay casi tantas Españas como personas que la conocen, porque el concepto de patria —de patria debiera yo afirmar, en un sentido más amplio e inclusivo— tiene mucho

que ver con fuerzas intangibles y orgánicas que yacen en las vivencias particulares de cada individuo, en su experiencia biográfica, en sus circunstancias, en su personalidad, en sus apegos y desafectos, en sus sueños y en sus derrotas.

«Me duele España», pronunció Unamuno, en una sentencia de una enorme plasticidad que expresaba el sentir aparentemente contradictorio de toda una generación, por cierto una de las mejores de nuestra Historia reciente. La oración verbaliza con mucha valentía los sentimientos encontrados que nos provoca nuestra identidad colectiva, inevitablemente enorgullecedores y vergonzantes al mismo tiempo. Acaso la existencia humana sea un engranaje tan intrincado de opuestos en forzado equilibrio que la verdadera sabiduría consista en asumir esta divergencia crónica. Así lo expresó Antonio Machado: «Lo contrario es también frecuente. No basta mover para renovar. No basta renovar para mejorar». Lo cual no obsta, como muy bien sabía el gran poeta sevillano, para que nos atrevamos a soñar un futuro mejor.

El quid de la cuestión, llegados a este punto, sería desentrañar las claves que este futuro soñado debería poseer. Probablemente, una vez más, cada individuo tenga sus propias nociones sobre este crucial asunto. En las más existen algunos trazos que no quisiera olvidar men-

cionar. Para que poco a poco a los futuros ciudadanos deje de dolerles España —por inevitable que sea que les duela la vida— resulta fundamental en mi opinión fortificar el concepto de justicia, de amor por la sabiduría, de igualdad de oportunidades, de cuidado de los seres vivos —semejantes o no— y del entorno. Quisiera imaginar para mi hijo un país donde todos sus ciudadanos sean realmente iguales ante la ley, donde se apoye la ciencia, la tecnología, la cultura y el pensamiento, en el convencimiento de que son motores esenciales e indispensables a la hora de construir la verdadera prosperidad, donde los entornos naturales sean protegidos como el mayor bien de cara a la viabilidad del progreso, donde se promueva un saludable afecto por lo colectivo compatible con la libertad individual, donde se tiendan lazos a las culturas del mundo mientras se respeta la propia, donde el talento, la curiosidad y la inteligencia se vean premiados con eficaces vías sociales de desarrollo, donde decir la verdad no sea el más peligroso de los actos, donde las artes y la imaginación constituyan un espacio de crecimiento públicamente fomentado, donde el bienestar humano sea valorado en sí mismo y no como un medio para el bienestar jerárquico, donde la razón tenga altas probabilidades de prosperar, donde la pasión no se confunda con la locura ni la tolerancia con la debilidad. Muchos pensarán, naturalmente, que

acabo de formular una definición casi perfecta de utopía. Pero recordemos, como nos enseñó María Zambrano, que no se pasa de lo posible a lo real, sino de lo imposible a lo verdadero. Y también, como hace veinticinco siglos vaticinó Pitágoras, que el principio es la mitad del todo.

Aparición y deseo

José Carlos Llop

Todos habríamos querido pronunciar ante ti estas palabras —¡Qué guapa estás, Borbón!— y tu compañero de promoción lo hizo por nosotros. Él fue, sin saberlo, aquéllos que nada podíamos decirte. Y no importa acudir al gran Nebrija, para saber que la riqueza del ser y el estar —al revés que en otros idiomas, que son lo mismo— es algo que identifica nuestra lengua común. Y entre el estar del cadete amigo —‘qué guapa estás’— al ‘qué guapa eres’ que diremos con el tiempo los españoles, media, entre otras cosas, el cambio de forma para dirigirse a ti. Ahora que eres tan joven, repetiremos lo de qué guapa estás. Con un tuteo no castizo, sino de familiaridad —nuestros hijos son mayores que la cadete Borbón— que nos hemos tomado sin permiso. Pero a medida que vayas perfilando aquello que has de ser y en lo que está escrito tu destino, ya no habrá tuteo, ya no habrá el estar, sino que sólo pronunciaremos el ser y el vos, referido a Señora, y diremos

‘sois tan guapa’ y lo diremos sólo con los ojos. Y los rasgos de esa nueva belleza serán las virtudes que habréis cultivado para ser reina. Las otras, las naturales, son las de ahora y vuelvo a decir aquello de ‘Qué guapa estás, Borbón’ y ya callo.

Pero no hay que olvidar la parte final de la frase, el vocativo Borbón en medio del tuteo, fruto del compañerismo militar que permite una cercanía que nos es ajena. España lo es más —y así ha sido siempre— con corona que la una, que sin ella. Basta mirarla en el espejo de la Historia y al fijarnos en vuestro apellido, repasar. Hablo de vida civil, no de la privada, donde la ejemplaridad le sienta a la corona como un guante y su contrario, cuando sucede, la ha mermado y merma en el tiempo. Y en la vida civil Borbón es Carlos III y es El Prado y Aranjuez y es la RAE y La Granja de san Ildefonso y es Europa y la Constitución de 1812 y la del 78, y tantas otras cosas que han hecho de España un gran país con un pasado —que es la red que lo sostiene como nación, como la corona es lo que lo une en su vértice— cuyas provincias se extendían de Toledo a México y de Guinea a la muy efímera Cochinchina, o nuestra manera de llamar al Vietnam. Pero vuelvo a centrarme en vos, que sois lo que importa en este libro y en el libro de la Historia que aún está por escribir: habéis entrado en nuestras vidas como una señal de espe-

ranza —todas las crónicas han coincidido en la palabra luz— en un momento de nuestro país en que la esperanza y la alegría o la noble certeza que encierra —luz también— no se veían en lo público, más allá de la presencia de vuestro padre el rey. Esa luz es lo que esperamos de vos y deseamos para vos.

Hay un poeta que me gusta mucho y que quizá estudiárais en Gales. Me refiero a Wystan Hugh Auden. O mejor, Auden, a secas. Aparte de ser un hombre muy inteligente, con un fino sentido del humor y uno de los tres o cuatro mejores poetas que ha dado el siglo XX —y ha dado bastantes y muy buenos—, Auden ideó una nación imaginaria cuya religión oficial sería la «católica, apostólica y romana, con un tranquilo estilo mediterráneo» y la forma de gobierno que contempló para ella fue «una monarquía absoluta elegida de por vida por toda la población». Absoluta y elegida. O lo que es lo mismo: el sentido común pasado por el sentido del humor y al revés, y la corona en el centro. Y cuando acudió a las maneras —en su caso arquitectónicas y no hay que olvidar que la monarquía es una forma de arquitectura— dijo que prefería «el barroco en lo estatal, el románico y el bizantino en lo eclesiástico y el estilo inglés del XVIII en cuanto a lo doméstico». Dan ganas de solicitar la inscripción en la nación audeniana, pero vos ya lleváis en vuestro nom-

bre el de una gran reina: Leonor de Aquitania, que lo fue de Francia y de Inglaterra y uno de sus hijos sería Ricardo Corazón de León. La amaron trovadores y guerreros —qué guapa estás, Borbón— y su corte fue una corte culta y sabia, que habría enorgullecido a su padre, Guillermo de Aquitania, quien quiso que ella supiera leer las constelaciones, hablara en latín, visitara Tierra Santa y cazara con halcones. Hay culturas que sostienen que el nombre que llevamos hace lo que somos y hemos de ser y si es así, el vuestro, Leonor, también os ha de hacer una reina querida, culta y plácida; o sea, feliz. Como a la España de nuestros hijos, con vos.

En favor de la cultura

Antonio Lucas

Estoy seguro de que este género, el epistolar, queda demasiado lejos de las preferencias de su generación. A los 19 años, en el siglo XXI, precisamente en este momento del siglo XXI, una carta puede ser para usted, para sus compañeras y compañeros, un récord de extravagancia. Y, sin embargo, las cartas tienen el mismo sentido de confesión o intercambio que un mensaje lanzado desde el móvil, que un privado en Instagram, que un golpecito de voz por WhatsApp. Pero exigen un poco más de tiempo, pensar con más detalle lo que uno escribe.

No es mala idea esta de ‘enviar’ una carta a una persona joven y con la misión ya anticipada de continuar la monarquía en España. Como aún no nos conocemos quiero hacerle saber algunos detalles propios. Para que sepa quién escribe: mi convicción es republicana. De un republicanismo sin ferocidades, cierto, confeccionado con lecturas, películas, experiencias personales de quienes vivieron en otras formas de Estado y lo supieron contar,

también por documentales y años de escucha. Vivo sin agravio por habitar un país cuya forma política se asienta en la monarquía republicana. Nunca he tenido prisa por casi nada.

Como usted sabe más que yo de lo que representa su Casa, le diré que de los entusiasmos en los que estaremos de acuerdo (quizá algunos temas de Rosalía, quizá la música de Billie Eilish, la animación de Miyazaki, las escenas de galerna pintadas por Turner...) sale algo importante —olvidé citar las manzanas—: la certeza de que la cultura dispensa mucho de lo que necesitamos, de lo que admiramos, de lo que asienta los deseos. A algunos de sus antepasados les debemos, al menos yo considero esa deuda, uno de los espacios más alucinantes de Europa. Creo que también es aficionada a la ciencia ficción: pues el lugar al que me refiero es un caserón sideral. Si me dejasen elegir una catedral sensata para Madrid (no busque, estéticamente no la hay) escogería, aunque sólo sea por unas horas, el Museo del Prado. ¡Éste debería ser el templo! Cito Madrid porque es la ciudad donde usted y yo hemos nacido, con unos 30 años de diferencia a su favor. Mi propuesta suena, quizá, a derrape de ‘inquilino’ de la Generación X (por cierto, el concepto Generación X lo acuñó el periodista y fotógrafo Robert Capa, un tipo de biografía y rastro espectacular).

Créame: nada me interesa más que el momento en que vivo, con su sobresalto, con su exageración de prisa, con su incertidumbre, con las cositas de Tik Tok que alguien me enseña, con la IA dando susto. Pero si me dan a elegir (como en la canción de Los Chungitos) me quedo en El Prado. Dentro aloja un buen repertorio de asuntos que uno debe conocer, asumir, entender. La historia de Europa, la historia de España, la historia de las monarquías, la historia de los raros, la historia de las mujeres ‘borradas’ de la historia, la historia de los hombres repartiéndose la historia, la historia del arte, la historia de algunos genios, la belleza y el terror que también es la Historia.

En el Museo del Prado, además, nadie es mejor que nadie. Dentro todos nos igualamos por la base. Es una superficie democrática al ciento uno por ciento. Cuando un territorio logra eso debe ser admirado porque es buen lugar donde asomarse. Un ejemplo: *Las meninas* no las puede tocar el privilegiado ni el ‘matao’. Ambos, ante la tela, están en el mismo plano de realidad. Ahí nadie es mejor que nadie. Suerte que tenemos.

Insisto en lo del Prado porque de jaleos políticos, institucionales y demás asuntos urgentes y caducifolios de su proyecto de futuro le hablarán con insistencia. No quiero abusar, pero si suma unas rachas de flamenco y unas gotas de poesía sería la princesa más singular de todos los tiem-

pos, que yo sepa. Incluso para un republicano. La cultura, a lo ancho, a lo grande (como representa el flamenco o hace la poesía, expresiones sin multitud pero tremendas), le darán más posibilidad de preguntas y más precisión de respuesta. Cuanto más se sabe, más se goza, más se vive. Mejor es el asombro. Las certezas no siempre crecen, pero la posibilidad crítica de enfrentarse al mundo se ensancha maravillosamente.

Desconozco (y tampoco voy a especularlo ahora) cómo será España cuando usted tenga mi edad. Nadie puede garantizarle nada. Pero algo sí creo poder anticipar, sin superchería: hay poemas que han durado más que las civilizaciones donde fueron escritos; pinturas que sobrevivieron al imperio que las impulsó. Por algo será. La cultura no es moda, ni sólo un momento concreto. La cultura es usted con sus 19 años, con sus cosas; yo con mis tantos más, con las mías. Y lo que sucede en medio. Y lo que ocurrió ayer. Y todo eso que es pértiga para mañana. La cultura es otra manera de decirnos lo que no sabemos que se podía decir. Lo que en cualquier momento necesitamos saber.

Siempre ha sido así. Y por eso a veces nos va bien.

Si no nos vemos en Rosalía, nos encontramos en Miyazaki. Incluso en El Prado, que es futuro del bueno.

Le deseo lo mejor.

Bombas de relojería

Luisgé Martín

Querida Leonor:

Siento simpatía hacia ti, aunque a estas alturas de mi vida no sé muy bien si la siento también por la institución que representas. Y es desde esa simpatía desde la que deseo hablarte de un asunto que ronda entre lo trascendental y lo divertido; entre el *couché* sentimental y los graves asuntos de Estado.

Hace dos o tres años se dijo de ti que eras lesbiana. ¿Con qué fundamento? Con ninguno. Creo que era la época en la que te ibas de España para estudiar en un colegio de Gales. En Europa se andaba rumoreando que la princesa Amalia de Holanda podría llegar a casarse con otra mujer, y el Gobierno de los Países Bajos, siempre muy civilizado en estas cuestiones, cambió las leyes pertinentes para que esa boda no encontrara ningún obstáculo jurídico.

También se dijo algo semejante de tu padre cuando era joven, de modo que es una costumbre chismosa ya en-

raizada socialmente. Quizá la promueven, por una parte, los republicanos deseosos de mostrar las contradicciones de la institución y, por otra, las personas LGTBI, muchas de las cuales sentirían júbilo teniendo un rey o una reina con una sexualidad diversa.

Pero la monarquía se fundamenta en la sucesión biológica, y eso lo complica todo. Un hombre homosexual podría tener descendencia mediante un vientre de alquiler, lo que no parece muy buena idea para la popularidad de la institución. Una reina podría usar su propio útero y sus propios óvulos, pero necesitaría la fecundación seminal de un hombre, enredando mucho la línea sucesoria. También existiría la posibilidad de entregar la descendencia a los sobrinos —es decir, a los hijos de tu hermana Sofía—, pero no estoy seguro de que eso fuera una solución sencilla.

Yo creo que ser rey o heredero, en contra de lo que muchos creen, es un embrollo tedioso e insufrible. Todos los privilegios que lleva aparejados no compensan la falta de intimidad y las obligaciones de representación derivadas del cargo.

Cuando yo descubrí que era homosexual, en la España de los años 70, se derrumbó todo mi mundo. Cuando lo descubrió Alberto de Mónaco, en cambio, se derrumbó todo su mundo —supongo— y también el del Principado

de Mónaco. Hasta el punto de que, después de una juventud al parecer bastante casquivana con hombres, al morir su padre tuvo que fingir una boda y hasta admitir dos hijos secretos.

Me viene también a la cabeza la historia de Jorge de Grecia, con el que tienes lazos de sangre a través de tu abuela Sofía y sobre el que algún día me gustaría escribir una novela. Jorge era homosexual, pero se casó con la princesa Marie Bonaparte, descendiente de un hermano de Napoleón. Tuvieron dos hijos, aunque en su caso no necesitaban asegurar la línea sucesoria. Mantuvieron toda su vida una gran amistad, pero el corazón y el sexo se los dieron a otras personas. El gran amor de Jorge de Grecia fue su tío el príncipe Valdemar de Dinamarca, también con sangre azul.

Enamorarse es un asunto desmoralizante. A veces sale bien, pero, incluso en esos casos, sale peor de lo que uno imaginaba en los mejores momentos. Vivimos con nosotros mismos toda la vida porque no tenemos otro remedio, pero compartir los años con otra persona está lleno siempre de bombas de relojería que poco a poco van estallando.

Siendo princesa o reina eso es mucho peor. Tu novio o tu novia serán un asunto de Estado. Todo el mundo opinará, desde el Parlamento hasta los náufragos de Twitter.

Y tú tendrás que tomar decisiones teniendo en consideración hechos que estarán muy alejados de las cuestiones sentimentales al uso.

A mí —no te voy a engañar— también me haría ilusión tener una reina lesbiana, pero eso es un azar en el que no podemos intervenir. *Quod natura non dat, Chueca non praestat*. Lo que sí me atrevo a pedirte, como ciudadano del Reino de España, es que nunca te olvides de las personas LGTBI. Que las escuches y les des visibilidad desde tu voz amplificada. Las monarquías parlamentarias del siglo XXI tienen a su disposición, sobre todo, un capital simbólico, y ese capital simbólico es el que deben administrar para reinar con buen tino.

Quiero terminar deseándote, sea como sea, algo de felicidad en tu vida privada. No cometas los errores que otros cometieron. Al cabo, los reyes también tienen solo una vida y no deberían malgastarla inútilmente.

Afectuosamente,

Luisgé Martín

Pesimismo contra el catastrofismo

Sergio del Molino

No voy a esconder que en mis sueños de futuro nunca hubo reyes ni reinas, y que nada me gustaría más que leyese esta carta en una España que no fuera más que una división administrativa de los Estados Unidos de Europa. En mi futuro ideal, Leonor de Borbón sería una ciudadana igual y libre en un continente próspero gobernado por los principios de la democracia y la razón, y ese sería un horizonte deseable para todos, también para una princesa que tendría la oportunidad de decidir su destino, algo impracticable en la monarquía de hoy. Pero como mis sueños suenan hoy tan ingenuos como los viajes de *Star Trek* (que también me gustaría ver cumplidos), voy a apostar por que Leonor será, dentro de unos años, la primera reina de su nombre en España. Si mi apuesta gana, significará que sigue existiendo España, lo cual no es poco alivio. Y no digo esto porque me inflame el pecho ningún ardor patriótico, que yo no sé qué es eso, sino porque cualquier

otra alternativa sería una catástrofe. Y yo seré pesimista, pero nunca catastrofista.

Pinta mal el futuro y está feo el presente. No tanto por las querellas y escandaleras con las que nos entretenemos los españoles en esta política provinciana y gritona, sino por todo lo que tiembla bajo tierra y acecha a lo lejos, y que puede convertir nuestros debates pasionales en cháchara. Hablo del rumor de los pozos secos. Hablo de las aves migratorias que ya no cruzan la península porque no encuentran lagunas en las que abreviar. Hablo de los deltas del Ebro y del Guadalquivir, estragados por pantanos y canales e incapaces de arrastrar el lodo al mar. Hablo del desierto que se nos come, de las carestías que ya vienen y de los alimentos que pronto no podremos cultivar ni comer.

Hablo también de los tambores de guerra, ansiosos por convertir esta época de *pax europea* en una excepción histórica. Si las cuitas de dos enamorados en París no le importaban a este loco mundo, según el guión de *Casablanca*, ¿qué pueden importarles al mundo las cuitas de unos españoles encaramados a una balsa de piedra que a duras penas se mantiene unida a Europa y que nunca ha dejado de ser su salvaje oeste?

No subrayo nuestra irrelevancia —o la irrelevancia de las disputas que nos entretienen hoy en los periódicos—

cos — para quitarle hierro a su reinado futuro o para contarle que su desempeño será fácil, porque nada importará al lado de tantas cosas importantes como se nos vienen encima. Lo cuento por lo contrario: ocupar una jefatura de Estado en los tiempos recios que vienen requerirá de talentos mayúsculos y quintales de sensatez. España puede elegir entre ser barrida por los vientos del siglo o convertirse en un faro y un refugio contra huracanes. No nos faltan recursos, aunque la gresca cotidiana los oculte. Usted misma es parte de una generación extraordinaria que se ha beneficiado de cuarenta años de democracia y fomento de la igualdad. Nunca ha habido tanto talento en tantos ámbitos. Es curioso que sigamos hablando de siglos de oro y edades de plata cuando ambas épocas son raquílicas y miserables en comparación con la cantidad de cerebros que destacan hoy y que lo hacen porque nunca ha habido tantos universitarios ni tantos españoles capaces de alcanzar la excelencia.

Fíjese, Leonor: cuando su abuelo fue coronado, en España aún había un porrón de analfabetos. Millones de compatriotas se buscaban el pan en el extranjero, de la misma forma que lo buscan ahora muchos extranjeros en España. Otros compartían el pan del exilio. Muchísimos españoles no conocían más horizonte que el de su pueblo. Un grifo de agua corriente y un teleclub eran logros ma-

yúsculos en muchas zonas. Cuando usted sea coronada, lo hará en un país en el que todos los ciudadanos tienen una escuela y una biblioteca pública al lado de su casa. Reinará en una nación que exporta ingenieros, científicos, médicos y todo tipo de talento. El país en el que usted fue nombrada princesa de Asturias es muy diferente de aquel en el que fue nombrado príncipe su padre.

No enumero esto por chovinismo, sino porque estoy convencido de que el capital humano acumulado en estas décadas hace de España un territorio fuerte y capaz de enfrentarse con imaginación a todos los huracanes que vienen. La fragilidad y la distancia son solo aparentes, pero hay que encontrar la fortaleza y sacarla a relucir. Y eso solo puede hacerse en silencio y calma, lejos del ruido de los días.

Ojalá mi pesimismo siga siendo sólo pesimismo y nunca degenera en catastrofismo.

Un cordial saludo,

Por culpa de un azar sin mérito

Juan Carlos Monedero

¡Ay, Leonor! Tu madre aún recuerda hace dieciocho años el revuelo que se armó cuando una tromba de periodistas y fotógrafos entraron en la habitación a fotografiarte y tu padre se quedó lívido en su esquina porque no entendía nada y los *flashes* y las preguntas se enseñorearon en la estancia mientras alguna que llevaba obsequios agitaba los brazos en la habitación como aspas de trasatlántico y parecía que estuvieran tomando La Bastilla aunque más bien estaban representando como en la Gran Vía de Madrid *El Rey León* sin negros y en femenino pero cómo demonios habían llegado hasta allí y fue al final tu madre la que dijo sensata tapando tu cara ¡que ésta es otra Leonor, que ésta es otra Leonor! y entonces poco a poco se silenciaron los flashes y se requebraron los agasajos porque tú no te habías ganado ni flashes ni agasajos pues eras Leonor pero tu sangre era roja y tu suerte iba a ser la de toda tu generación así todo sin aliento.

¿Sabías, Leonor, que al lado de donde tú naciste nació otra Leonor de fortuna diferente? Ya es mala suerte, o buena, nacer en la misma clínica y al lado de tan egregia persona. Estuvo mal que cuando se dieron cuenta del error se llevaran los regalos y además no se disculparan, pero nunca el gremio del periodismo ni el de la aristocracia han destacado por los dones de la cortesía y son más de la daga y el veneno. Quizá por eso tus padres siempre han querido regalarte lo mejor que podían en tu cumpleaños, para compensar aquella confusión, aunque algunos años las cosas han estado apretadas, cuántas crisis os han tocado a vuestra generación, y solo pudiste disfrutar ese día de tu plato favorito, una atención de tu madre, ¿qué comida quieres hoy, Leonor?, y tus gustos nunca eran caros porque sabías que pidiendo unos canelones le alegrabas a tu progenitora tu aniversario porque se sentía buena madre dándote un poco de lo mucho que quería darte y no podía.

Cumples dieciocho años, Leonor, y como cualquier persona de tu edad tienes sueños adornados como sólo saben vestirse los sueños. Sabes que los sueños sueños son y no te engañas, pero sueñas. Y también te ríes. Mira que siempre querer en la representación del colegio que te vistieras de princesa. «¡Dejadme en paz!», decías. Lo que quieres es estudiar, viajar, escribir, amar y como casi

todas las chicas de tu generación, ser famosa. Hiciste unos vídeos en YouTube, que los jóvenes sois *nativos digitales*, que es como ser antiguo y moderno al tiempo, pero prefieres que nadie los vea, como los poemas que escribían antes los adolescentes. ¡Cómo podías llevar esas pintas! Qué ganas de vestirme mal. Tú decidías. No te quejes. Eso sí, ni un solo día has dejado de recibir las bromas de tus amigos en el colegio y en el instituto: «¡Te cambiaron en la cuna! ¡Tú no eres Leonor, la de la Milagros, que tú eres una princesa!».

Mira que nacer en el mismo lugar y al mismo tiempo que la que se llevó tus regalos. Es imposible que hubieran cambiado las cunas. Con tanto guardaespaldas, como para andar cambiando las cosas de sitio. ¿Pero te imaginas? Ella estaría ahora en tu casa en la calle Tribulete, compartiendo tu miedo y el de tu madre, que tu padre se murió en un accidente con el taxi, esperando que os desahucien porque han vendido el edificio a un fondo de inversión, y tú estarías en el extranjero, habrías aprendido todos los idiomas, te cortejarían jóvenes oficiales y te habrían regalado el día de tu cumpleaños trajes de princesa y no un plato de pasta.

Es verdad que tendrías que cargar con un abuelo que no es como el de Heidi y también con un apellido al que

algunos quieren teñir de sombras. ¡Como si todas las generaciones pasadas no hubieran limpiado la memoria de Fernando VII, de Isabel II o del tatarabuelo Alfonso o el tatarabuelo Juan y las simpatías de ambos con el franquismo! ¿Y tú qué culpa tienes? Aunque sabes que la que terminó llevándose todas las fotos tiene que cargar con su apellido porque de lo contrario no tendría el privilegio de ser tan especial. Ojo por ojo, diente por diente, piensas mientras sueñas tus sueños de adolescente que ha vivido dos crisis, una pandemia, el miedo ante la crisis medioambiental, un planeta que cada vez es menos vivible, la amenaza de la guerra y demasiadas cosas que, como a tantas de vosotras, os lleva a que al final solo queráis ver vídeos idiotas en TikTok o vivir en Instagram la vida de la gente que vive más desahogada que vosotras porque cuando os enfadéis lo vais a hacer muy en serio. De momento, como no os ofrecen vida os ofrecen ocio.

Tampoco te quejes. A los dieciséis años te hiciste un tatuaje en el antebrazo y un *piercing* en la nariz porque te sentías revolucionaria y querías desobedecer al mundo. ¿Tú crees que a la que estaba en una habitación más grande le iban a dejar hacerse un tatuaje a los dieciséis años? ¿Y agujerearse la nariz? Así que escoge. Tu vida va a estar llena de riesgos, de incertidumbres, de reveses de la

fortuna. Pero también repleta de aventuras. Y a diferencia de Penélope, no tienes que sufrir a ningún Ulises aprovechado ni esperar en tierra porque también puedes querer el mar. La otra seguridad está sostenida sobre un teatro en el que son otros los que deciden. Si pudiera elegir ¿crees que se cambiaría por ti?

La España que te espera, Leonor, es mejor que en la que nació tu padre, pero sigue estando llena de esa mala gente de la que Antonio Machado decía que «va apestando la tierra». Cumples dieciocho años y suenan otra vez tambores de guerra en Europa. Es verdad que no todas las Leonores en España tendrán que ir a pegar tiros, pero tú, algún día, quizá, podrás hablar en nombre de todas y decir que tu generación no quiere guerras. Y podrás hacerlo con convicción, porque a ti te pueden mandar al frente a que un dron o una mina o un misil te reviente.

El futuro está demasiado cargado de pasado, Leonor. Y aunque ahora aún no empiece lo arduo —la madurez se demora—, la mayoría de edad te interroga. Querrás seguir siendo una niña, pero ya no lo eres. No te cambiaron en la cuna y aunque algunos piensan que la Constitución la escribieron para ella, en verdad está escrita para ti. El azar te ha regalado un espejo. Hay una España, la que mejor escribe, que siempre ha querido romperlo. No te

olvides de que «no sólo de pan vive el hombre. Ojalá, si tuvieras hambre y estuvieras desvalida en la calle no pidas un pan; sino que pidas medio pan y un libro». Ojalá tu generación encuentre a nuestro poeta. Para eso, deberás tener memoria.

Con dieciocho años recién cumplidos podría decirte que «Tú no puedes volver atrás/ porque la vida ya te empuja/ con un aullido interminable», pero no te preocupes por eso. Mira hacia delante. En España todavía nos huelen los pies a franquismo, pero somos un país mucho mejor que el que vivieron tus padres. Naciste en la cuna de al lado, ¿y qué? La vida te deja una enseñanza que, desde hoy, tienes que empezar a construir mirando a esa condición que tú nunca podrás tener, pero que también te libera de estar en un lugar que no ha sido el más luminoso de la historia de España. No olvides que los verdaderos creyentes son los que ya no creen, pero obran como si creyeran.

Así, dentro de un tiempo, mirarás hacia atrás y podrás decirte, con un poeta de las muchas Españas:

Volver, pasados los años,
hacia la felicidad.

Para verte y recordar
que yo también he cambiado.

Suerte, Leonor, y que lo que seas se deba, sobre todo, a tu propio esfuerzo en una España en paz, justa, federal y

republicana, plena de verdaderas libertades, amable, plural, que no deje a nadie, por ninguna razón, atrás y donde nos cuidemos. Y que, porque todo eso se cumpla, la sintamos como un lugar querido.

Sonatina

Alberto Olmos

Estimada Leonor:

princesa y todo, habrá que resignarse a su destino. Todos tenemos futuro, pero sólo unos pocos tienen destino, ese porvenir pautado por la sangre y los palacios. Usted ya sabe qué le toca en unos años, cuando la mayoría a su edad no sabe aún qué hará el próximo verano. Ser princesa es bonito, como etiqueta y letrero; luego puede ser también un tostón.

Le escribo estas letras pensando en los oros y los tules del poeta olvidado, que veía princesas tristes por carestía e inflación de príncipes. Eran otros tiempos y otros alejandrinos. Ahora no se sabe contar hasta catorce y no hacen falta tantos príncipes.

Usted es una chica normal que tiene que hacer como que vive aparte, en el lado imaginario de la vida. Pero, al cabo, todo son imaginaciones, reinar, opositar, participar en *Operación Triunfo* o encontrar un amor. Ser demasiado princesa (su caso) no impide tener un mal día, un mal reino. Habrá que madurar monárquicamente, y poco más.

Así, de princesa a reina queda un tiempo indeterminado, y lo que ahora es protocolo mañana será más protocolo, seguir andando muy recta para que no se precipite la corona. Entre medias, el país irá cambiando de presidente, de vicisitudes, pero no de problema. Siempre habrá un problema en España llamado España, lo dijo alguien.

Usted ya sabe que genera oposición heráldica, no personal. Que qué es eso de heredar un trabajo, un estatus, por virtud de nacimiento. Esto me parece poco pecado, porque casi cualquier hijo tiene a sus padres legándole un futuro, ya sea en Inditex, ya en la cafetería MarCar. Marta y Carlos le dejan a su hija la cafetería y Felipe y Letizia le dejan a usted la Zarzuela. En ambas hay que atender a la gente.

Lo suyo, siendo más dorado, no es siempre mejor, porque de la cafetería se puede salir, pero de la Zarzuela no. Quiero decir que decenas de miles de españoles consiguen en la vida lo que sus padres les permiten, y así vemos actores hijos de actores y ministros hijos de ministras, pero al menos ellos pueden decidir en todo momento no ser ni ministro ni actor. Usted debe ser reina. Eso sí es un poco aburrido, ser reina al canto.

Reinar sobre la gente es muy sufrido, porque la gente siempre reina sobre la fama ajena, y todo su trabajo consistirá en caerle bien a los demás, de lunes a domingo. Ya

no se reina efectivamente, sino un poco de mentira, en la abstracción y el símbolo, que son muy puñeteros. Esto supone que usted puede cometer muchos menos errores que una persona común, porque al ciudadano de a pie se le perdona un mal día en la oficina, pero a una reina no se le perdona ni una impuntualidad, ni un *Stop*, ni un *after*. Hay que ser simbólica, perfecta.

Para la España que viene, la monarquía es una cuenta de Instagram.

Hay que tener seguidores. Mostrar una vida de banderitas y besamanos, de Rolls Royce y modestia. Es complicado. La cuenta puede ser cancelada, a veces.

Yo no soy muy monárquico, pero tampoco me gusta destruir cosas sin saber qué viene luego, sin saber que lo que viene luego es mejor que lo que se tiene. Hay monarquías que algo valen, algo suturan, algo concitan. La monarquía solo sobrevive como mito popular, como pintura bien pintada. Habrá que ser reina y pueblo, al mismo tiempo, esa es la pirueta. Ése, el camino.

Y aquí me despido, como bufón escarlata, hasta más ver.

Un país refugio de talento

Ana Pastor

1977. Explanada del Santuario de Covadonga, Asturias. Felipe tiene solo nueve años. Juguetea balanceando los pies que aún le cuelgan en la silla de terciopelo rojo que le han asignado. Intenta mantener la compostura durante el ritual del que es protagonista. Está a punto de ser designado príncipe de Asturias. Retuerce los dedos de las manos entrelazadas que sobresalen del traje. En su rostro aún aniñado se observa una mueca de extrañeza al escuchar la voz de su padre, el rey Juan Carlos, cerrando el discurso en tono grave con la siguiente afirmación: «Esta cruz significa también cruz. Tu cruz de rey, la que debes llevar con honra y nobleza, como exige la Corona... ni un minuto de descanso, ni el temblor del desfallecimiento, ni una duda en el servicio a los españoles y sus destinos».

La primera vez que vi esta imagen, grabada en la cueva del Santuario, mi atención se quedó en esa mueca de Felipe niño. Casi como una profecía autocumplida, escu-

chaba lo que el destino le tenía reservado seguramente sin reparar en la literalidad de las palabras de su padre. 40 años después, Felipe, ya rey, comenzó a percibir el peso de aquella «cruz» que terminará heredando Leonor. Siempre se dijo que la prueba de fuego del rey emérito fue el 23F y que, para Felipe VI, ese momento clave fue el *procés* de Cataluña. Sin embargo, el tiempo ha demostrado que la crisis más grave que le ha tocado gestionar es la de la familia propia. ¿Cuál será el cisne negro de Leonor? ¿Cómo será ese país que tendrá que decidir si la quiere como reina? ¿Qué esperará la sociedad española de la primera mujer que puede convertirse en jefa de Estado en España? Nadie sabe si lo conseguirá pero por el camino Leonor tendrá la difícil tarea de parecerse al pueblo al que representa pero al que no pertenece por los privilegios de su cargo.

Lo que parece claro es que si Leonor consigue ser reina, España se parecerá poco a ese día en blanco y negro de 1977. La actual princesa pertenece a una generación que en Europa ha vuelto a ver la guerra dentro de sus fronteras, cuyas oportunidades laborales han ido menguando al mismo ritmo que sus capacidades iban creciendo, una generación viajada que se explica el pasado y el presente a través de la ficción y de sus teléfonos móviles. Leonor tendrá que lidiar con un país muy envejecido y con un

mundo mucho más complejo sobre todo gracias a la tecnología. Una sociedad con mayores exigencias de transparencia y rendición de cuentas, donde el continuo cuestionamiento de las reglas de juego puede llegar a mejorar las estructuras institucionales o herirlas de muerte bajo el lema populista «todos son iguales». En su mano también estará contribuir a bajar la temperatura de la conversación de un país ultrapolarizado y con cierta tendencia a la autodestrucción.

En mi deseo está que su generación, puramente digital, sea la encargada de convertir España en un país refugio de talento, donde los valores de la vieja Europa del cuidado del ciudadano y la visión abierta hacia otras culturas vuelvan a ser el centro de las decisiones. De su generación dependerá que nuestra sociedad sea la que aplaude a Luna, la voluntaria que abraza a un joven africano recién llegado a las costas españolas, o la que utiliza esa imagen para vomitar su odio al diferente en las redes sociales. Esas mismas plataformas donde se aplaudirá de manera acrítica a la princesa pero se volverán contra ella al primer traspie. Deseo que si llega a ser reina, Leonor no tenga que aguantar las campañas machistas y asquerosas organizadas contra su madre por su condición de mujer. Su manera de encarar todos estos desafíos políticos, sociales y personales dependerá sobre todo de quien se

rodee. Quienes la acompañen en los próximos años en la toma de decisiones estarán también contribuyendo a que su éxito haga mejor nuestro país, que perdure en el tiempo y contribuya a que se cumpla aquella máxima tan escuchada a su abuelo: «El cumplimiento del deber está por encima de cualquier circunstancia».

La fiel infantería

Arturo Pérez-Reverte

Reinaréis, señora, cuando lleguéis a reinar, en un lugar peligroso. Un paisaje, escribió hace casi un siglo un hombre lúcido —españolamente muerto en el exilio, como tantos otros—, por donde vaga errante la sombra de Caín. Un lugar donde el rencor, la vileza, el oportunismo, la soberbia insolidaria, la guerra civil alentada más por el interés y el odio que por la razón, son aguda y vieja enfermedad histórica: una dolencia endémica, incurable, pues su único remedio residiría en las palabras educación y cultura; y esos dos términos, señora, pese a lo sobados que están en discursos políticos de todo signo y postura, desaparecieron hace mucho, si es que alguna vez realmente estuvieron, de las prioridades nacionales.

Explicar, en fin, por qué este lugar todavía llamado España es así y no de otra forma, no es asunto a tratar en esta carta, que me propongo breve. Para eso está la esmerada preparación que vuestra alteza —joven afortu-

nada— sí tuvo el privilegio de tener; y también los libros de Historia presentes en vuestra biblioteca y en la de vuestros padres, donde es posible descubrir, a pocas páginas que se lean, que mucho de lo que creemos nuevo es simplemente lo que hemos olvidado. A todo eso os remito, así que no me extenderé sobre ello. Me limitaré a decir, o más bien a opinar —nunca me atrevería a aconsejar nada, pues detesto a los consejeros inoportunos tanto como a los engolados salvapatrias— que en este lugar peligroso, inculto y difícil de que os hablo, en este paisaje que unas veces os acogerá amable y muchas otras hostil, hay fotografías que a vuestra alteza convendría evitar, y fotografías —me refiero a imágenes en cualquiera de sus formas— que debería buscar con deliberada entereza. Sin titubeos ni complejos. Con decisión y coraje.

Permitidme, señora, que os mire a los ojos. La princesa y luego reina que por descuido, por ingenuidad o buena voluntad, incluso por azar, lo ponga fácil a los buitres carroñeros que —a menudo con sonrisa amable— os sobrevolarán toda la vida al acecho de una ocasión, un beneficio, un miserable minuto de gloria, labrará su propia desgracia. España no es un lugar donde ciertos descuidos, ciertos errores, ciertas inocencias, ciertas debilidades, se perdonen u olviden fácilmente. Por el contrario, aquí suelen pagarse más caros que en otros países. Frente a esas

fotografías reales o simbólicas a que me refiero, a esos tropiezos que a veces cuestan coronas, hay otras imágenes que deseo ver. Quiero, necesito, veros serena, entera y firme; pero no sólo en discursos navideños, en actos oficiales, en fiestas nacionales, en funerales de Estado, en protocolos vinculados a vuestra posición y trabajo. Quiero verla también, señora, con la ropa chamuscada y el rostro sucio de sudor y tizne mientras ayuda — sois militar, a fin de cuentas— a sofocar en un monte las llamas de un incendio junto a quienes allí se juegan la vida. Quiero verla en un hospital, no de visita, sino expuesta al contagio si es necesario, entre médicos y enfermeros, socorriendo a quienes la epidemia, la enfermedad, el dolor, golpeen con dureza. Quiero veros allí donde los desfavorecidos languidecen, los infelices sufren, los desgraciados mueren. Quiero veros saltar el cordón de seguridad cuando las circunstancias lo exijan y vuestro valor lo aconseje. Quiero veros dar la cara, pelear en la calle junto a todos ellos y por todos ellos, corriendo los riesgos, valiente, entera, decidida, digna, admirable. Quiero que seáis la pesadilla de vuestro servicio de seguridad, el escándalo de los jefes de protocolo, la envidia de los mediocres, la némesis de los cobardes y los malvados. Quiero que os quieran, señora. Y para que os quieran en España no hay otro medio que ser, de verdad, a la hora de sufrir y pelear, una de

ellos. Una de nosotros. En un país donde los ministros, los generales —y alguna vez los reyes—, suelen volverse titubeantes, acomodaticios y temerosos, quiero que nunca dejéis de ser la sólida y fiel infantería.

España no es diferente

Ignacio Peyró

Alteza:

Los franceses hablaron de «la España indolente», los británicos se saben de memoria las palabras «mañana, mañana» y hasta un observador tan transparente como Gerald Brenan no se resiste a mencionar los burdeles presididos por una imagen de la Virgen. Cada país ha generado sus lugares comunes, su leyenda rosa y su leyenda negra, y si la mirada extranjera leyó a Cervantes y prestigió a Goya, también iba a resumir la vida a la española como «una vida dedicada al ocio y entregada a la conversación, la siesta, el paseo, la música y la danza».

Nuestro país llegó en fecha tardía a los cultos itinerarios europeos. España iba a ser, más bien, el país del «color local», con un arraigo tópico tan hondo que —antes de 1850, cuando reinaba en España su antepasada Isabel II—, ya el viajero Richard Ford se lamenta de que apenas se vean ya ni monjes ni mantillas en nuestros pueblos. El

cliché turístico alcanza hasta nuestros días, de «las corridas de toros, gitanos y canciones en la calle» que observó George Orwell hasta la «altiva independencia» que se le debe suponer a un español medio, personaje siempre entre romántico y fatal.

No hay duda de que estas seducciones siguen atrayendo a turistas incontables cada año: mejor tener una imagen tópica que no tener ninguna. Pero entre la «excepcionalidad hispánica», el «España como problema» y el *Spain is different*, hay concomitancias que van más allá de la mirada ajena y nos hablan de que nadie se ha mostrado más crédulo hacia nuestros tópicos que los propios españoles. Para el sociólogo Víctor Pérez-Díaz, ninguna otra sociedad se ha tomado con igual carga dramática lo que de ella se dice —lo pudimos ver en 2017 en Cataluña— desde fuera. Y para el ensayista Tom Burns-Marañón, cuyo libro *La monarquía necesaria* le recomiendo, la capacidad abrasiva de tanta leyenda ha tenido «nefastas consecuencias para la autoestima de muchos españoles y, en definitiva, para la imagen de España».

Con un punto de melancolía, podemos pensar en la majestuosa indiferencia con que —de Pérfida Albión a «nación de tenderos»— los británicos han asistido a los denuestos foráneos. O cómo los franceses son —quizá en exceso— impermeables a la crítica. O cómo los italianos

—sin dejar de desesperar de su país— saben valorar lo suyo en lo más alto. No debieran sernos, algunos de estos rasgos, una meta inalcanzable: al fin y al cabo, por los caminos de los bandoleros hoy acelera el AVE, y esas mismas ventas que fueron un trasunto del infierno a ojos de tantos viajeros del XIX se han reconvertido ahora en *relais&châteaux*. Mientras se purga tanto complejo, es posible que, hoy como ayer, nada cause «mayor dolor a los españoles que ver volumen tras volumen escrito por extranjeros (...) sobre su país». Por eso es importante, Alteza, saber mirarnos como nos han mirado los hispanistas de mirada menos estereotipada: de Bataillon a Sir John Elliott, de Raymond Carr a Benedetto Croce. No me cabe duda de que todo el mundo va a intentar darle una explicación fatalista del fenómeno hispánico: de ahí que sea tan positivo que, ante todo en la Casa Real, se tenga una visión de España no como una «víctima del sur» sino, con sus problemas por superar y tantos problemas superados, como «un país más».

Quizá no nos venga mal ser también crédulos con esto.

Un tanto a favor

Carmen Posadas

Querida Leonor:

Antes que nada me presentaré: acabo de cumplir setenta años, soy sudaca y no soy monárquica. Sucede que nosotros, los del otro lado del charco, somos más hijos de la Revolución Francesa que de la dinastía borbónica. Para que te hagas una idea, a día de hoy todos los presidentes latinoamericanos al jurar su puesto lucen una banda cruzada con los colores de su país, inspirada en los *sansculottes*. Por tanto no está en mi ADN ni en mi tradición y tampoco concuerda mucho con mi sentido común pensar que alguien, por el mero hecho de nacer en determinada familia, pueda convertirse en jefe o jefa de Estado. Dicho esto, como siempre me ha gustado sopesar los pros y los contras de todo, reconozco también las virtudes que tiene una monarquía parlamentaria. Sé por ejemplo que en el *ranking* de democracias plenas los primeros puestos los ocupan países con ese sistema político y otro tanto

ocurre con la lista de países más prósperos. Sé también que el hecho de que el jefe de Estado sea un rey o una reina presenta ciertas ventajas como, por ejemplo, ejercer de árbitro y de contrapeso gracias a una *auctoritas* que un presidente de gobierno a veces tiene pero otras, no. Y sé por fin (aunque yo no me sienta identificada con esta particularidad) que la monarquía cuenta con un componente mítico y místico que conecta a nivel emocional con el sentir de muchísimos ciudadanos, concita adhesión, afecto y gran admiración. Todo esto es así y supongo que tú también lo sabes. Como sabrás también, porque imagino que ya lo estarás experimentando, que ser reina no es precisamente una bicoca. Y menos aún en los tiempos que corren. La gente está convencida de que tu vida está llena de privilegios y de ventajas. Obviamente las tiene pero tiene también su precio, y no es barato. El primero y para mí más oneroso es la pérdida absoluta de libertad. No eres libre para opinar, para moverte, para elegir tu futuro y posiblemente tampoco para enamorarte. Los tiempos han cambiado y ya nadie te obligará a casarte con un Paquito Natillas como le ocurrió a tu inmediata antecesora Isabel II. Pero serás tú misma quien pondrá límites a tu libertad viéndote obligada a elegir a alguien que a su vez esté dispuesto a renunciar a mucho por estar a tu lado. Al fin y al

cabo, si ser reina está lejos de ser una ganga, ser «marido de» lo es aún menos.

Me imagino que a estas alturas estarás pensando que soy una pesada y una aguafiestas. Al fin y al cabo tienes dieciocho años, eres guapísima, cuentas con una preparación sólida y en tus hasta ahora escasas apariciones públicas has sabido ganarte el favor y quizá también el fervor de muchos. Posees además otra ventaja adicional nada desdeñable: eres mujer, y así como hasta hace muy poco nuestro sexo era una rémora y, en el caso de las reinas de tiempos pretéritos incluso un peligro, hoy es un tanto a favor. Uno que te será especialmente útil. Desde luego no soy quién para darte consejos, pero solo te diré una cosa: a lo largo de la historia ha habido, como es lógico, muchos más reyes que reinas. Y, sin embargo, es fácil constatar que, salvo dos o tres deshonrosas excepciones, el porcentaje de buenas soberanas es muy superior al de soberanos. Mujeres extraordinarias, astutas, inteligentes, hábiles y capaces de sobrevivir a todo. Ahí están si no los ejemplos de Cleopatra; Teodora; Leonor de Aquitania (¿llevas quizá ese nombre por ella?). También Isabel la Católica; Isabel I de Inglaterra; Margarita I de Dinamarca; Catalina de Rusia; María Teresa de Austria; Isabel II de Inglaterra y tantas otras. Existen distintas explicaciones de por qué es así

pero la que más me gusta es la que ofrece la historiadora Antonia Fraser. Utilizando como modelo para su teoría a Boadicea, otra gran reina del siglo primero de nuestra era, Fraser explica que hasta hace muy poco las mujeres han tenido un papel secundario en la historia y sin embargo, en tiempos atribulados, cuando los hombres se mostraban confundidos, dubitativos y desorientados, es cuando ellas daban un paso al frente y conseguían salvar la situación. No digo yo que las circunstancias actuales sean comparables a cuando esta reina guerrera acaudilló con éxito a varias tribus britanas en el mayor levantamiento que se produjo en Britania contra los romanos y puso en jaque nada menos que al emperador Nerón. Pero tampoco son tiempos fáciles y, quién sabe, tal vez seas tú la que ahora logre conducir con mano firme eso que Antonia Fraser llama «la triunfante cuadriga de Boadicea».

Simbad y la reina

Soledad Puértolas

El viejo Simbad el Marino escribe una carta a la princesa Leonor, futura reina de España.

Estimada Señora:

Me han encomendado un honor inmerecido, el de darle unos consejos que le sean de provecho para el futuro reinado que le espera. Me reconforta no ser el único elegido para esta misión, porque así se diluye un poco mi responsabilidad y se amplía el margen de mi libertad, lo que significa que me puedo arriesgar a decir, entre algunas cosas razonables, otras menos atinadas. Los viejos nos podemos permitir estos privilegios. Más aún, los viejos marineros que, como es sabido, son los más sabios de los viejos, porque el mar, señora, es inmenso. Todo puede suceder allí, todo cambia constantemente. De un asombro se pasa a otro, así que no vale la pena asombrarse.

Supongo yo que será por eso por lo que se han dirigido a mí, que ya vivo retirado de todo. La idea de dar

consejos les ha llevado a la de la sabiduría y esta les ha conducido hasta el mar. Es decir, hasta mí. Doy por hecho que, habiendo sido educada con el mayor de los esmeros, usted, señora, habrá oído hablar de mí, de Simbad el Marino, un mito, ciertamente, que se pasea por el territorio de los héroes, los dioses, los semidioses y otros personajes salidos de cuentos y leyendas. Estoy seguro de que esta parte de la historia de los seres humanos ha sido, como las otras, convenientemente explorada por usted, bajo la mirada atenta de sus maestros.

Ya sabe quién soy, no hace falta que le hable más de mí. Solo un poco más, porque, como todos los viejos, tengo mis manías, y quiero decirle que en el fondo me ha parecido muy adecuado que se hayan dirigido a mí para darle consejos a una futura reina de España, país que no tengo el gusto de conocer, aunque todo se verá, porque no soy tan viejo que no pueda volverme a embarcar, más ahora, cuando se me ha dado la oportunidad de establecer una relación con este reino. Lo cierto es que yo, de protocolo, ceremonias y consejos, sé mucho. En mis innumerables viajes por el mundo, se ha desplegado ante mis ojos una cantidad y diversidad de países que se salen de toda medida y calificación, y de reyes, sultanes, emires, jefes, jeques, presidentes, directores de esto y de lo otro, lo sé todo. Exagerando, claro.

Yo mismo soy un poco de todo eso. Aquí, en el reino de Bolanda, donde vivo, soy muy respetado. Un escritor gallego escribió una novela sobre mí. Por pudor, no le digo el nombre, pero seguro que sus consejeros —los que viven a su lado— saben a quién me refiero. No estaría de más que le echara una ojeada. También allí hay materia que podría serle de provecho, porque las lecciones, señora, no están siempre en los libros a ellos destinadas, sino en muchas otras cosas, en la fantasía, por ejemplo, que es, por encima de todo, mi reino.

Dicho todo esto, de su país en concreto, como comprenderá, poco puedo decirle. Me han puesto un poco al tanto de lo que sucede por allí, pero poco podría añadir a lo que usted, señora, sabe ya. Tengo la impresión de que lo que se espera de usted es que desempeñe algo así como el papel de árbitro, que sea prudente, discreta, justa, templada y ecuánime, y que esté atenta a los problemas cotidianos de los habitantes del reino, sin olvidar, desde luego, la relación del reino con los otros, los colindantes y los lejanos, y que vele por la buena imagen del suyo en los foros internacionales. Ya ve que algo conozco de la vida moderna, porque eso de los foros internacionales no existía en mi juventud. Nos contentábamos con las reuniones en la plaza del pueblo. Es bueno, también, tener conocimiento del carácter e intenciones de los enemigos, apre-

ciar la lealtad de los amigos y respetar la distancia de los indiferentes. Con los nobles, empresarios, comerciantes y banqueros, hay que tener buenas relaciones. Es preciso prestar atención a las necesidades de los agricultores y ganaderos, y a toda la gente que trabaja en el mar, que en mi opinión merece capítulo aparte. De poetas, músicos, artistas y titiriteros podría decirle muchas cosas, pero eso lo dejo a su criterio, que en cuestión de gustos y etéreas inclinaciones no pueden ponerse reglas.

Sea usted feliz, admirada princesa. No deje que los contratiempos y las conspiraciones le amarguen la existencia. Todo reino es efímero, no lo olvide. Y, por lo demás, y volviendo a la metáfora del mar, por donde las naves vienen y van, propulsadas ahora por motores, aunque algunas aún empujadas por el viento que llena las velas, allí, en el mar, no podemos asombrarnos de nada, todo es posible en medio de las aguas, una vez que unas maderas cosidas con cuerdas flotan entre las olas. Esto parece un milagro, señora.

Me han enseñado su retrato, querida princesa. Nunca he sido mujeriego. Me mantengo soltero, aunque a veces siento nostalgia de una vida conyugal tranquila, estable, casi monótona. Estoy seguro de que, con el aspecto que tiene, va a tener muchos pretendientes. No tengo la debida experiencia en este campo y no me atrevo, por tanto, a

darle consejos sobre la elección de su compañero de reino y de fatigas. Pero sí tengo corazón para desearle suerte, porque, según imagino, amar y ser amado es lo más valioso que puede tenerse en esta vida. Creo que con el amor de nuestra parte, todo sería más fácil.

Con todos mis respetos,

Simbad el Marino.

La lengua del eureka

Pilar Reyes

Señora:

La profesión de editar permite una mirada particular sobre la cultura. La describía con gracia el escritor Eduardo Mendoza: estamos a medio camino entre la poesía y los presupuestos generales del Estado. Trabajamos con creadores pero, al mismo tiempo, somos los responsables de que sus obras lleguen al máximo de lectores posibles. Es decir, la materia de nuestro trabajo es la creatividad y su traducción en una lógica de mercado que la potencia y la amplifica. Con esa mirada en mente le escribo esta carta sobre un tema que no por ser recurrente cuando hablamos de comunidad con América Latina, es menos importante: nuestra lengua.

La relevancia de la lengua española en un mundo cada vez más digitalizado y virtual pasa, inexorablemente, por un apoyo a la creatividad y a la innovación, como pilares del tejido cultural del mundo que habla la lengua de Cervantes.

La creatividad no tiene centros aunque la lógica económica algunas veces nos haga creer que sí. Como usted sabrá de sobra, a menudo se asume erróneamente que el español nunca fue una lengua prominente en Europa y que la supremacía actual del inglés ha sido una constante histórica. A este supuesto se suma otro igualmente arraigado, de acuerdo con el cual nuestro idioma y sus regiones de habla rara vez han sido ambientes propicios para la innovación. Podemos refutar fácilmente esas creencias al observar la cantidad de palabras de origen español que figuran en el *Oxford English Dictionary* o en el *Larousse* francés (aproximadamente 1.658 en el primer caso y alrededor de 2.312 en el segundo). La exportación de palabras implica, en última instancia, la exportación de innovación.

Por motivos editoriales, tuve la oportunidad de leer hace años el manuscrito de un libro fascinante titulado *Las máquinas del imperio y el reino de Dios: reflexiones sobre ciencia, tecnología y religión en el mundo atlántico del siglo XVI*, escrito por el historiador colombiano Mauricio Nieto. En esta obra, Nieto explica que hacia 1530 España era líder en Europa en conocimientos relacionados tanto con la construcción de naves marítimas como con la navegación de larga distancia. Como resultado, en un periodo de veinticinco años, se publicaron en ciudades como Sevilla o Valladolid tratados como el *Espejo de na-*

vegantes (1545) de Alonso de Chaves, el *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar* (1551) de Martín Cortés y el *Regimiento de navegación* (1563) de Pedro de Medina.

Estas obras, junto con muchas otras sobre el mismo tema que aparecieron en Madrid o Ciudad de México, fueron traducidas rápidamente a las principales lenguas europeas. Esto permitió que numerosos términos del lenguaje de la marinería española se integraran al acervo lingüístico de idiomas como el francés o el inglés. Quizás usted recuerde, Señora, que en su célebre *Historia de la lengua española* Rafael Lapesa nos informa que a la navegación hispánica se deben términos como *demarcación* (fr. *démarcation*), *cabotaje* (fr., ingl. *cabotage*), *embarcadero* (fr. *embarcadère*, ingl. *embarcadere*), *sobrestadía* (fr. *surestarié*) o *arrecife* (fr. *récif*). Podríamos añadir a esta lista términos como *armada*, *caracol*, *anchoa* (ingl. *anchovy*), *bonanza* —en el sentido de tiempo tranquilo en el mar—, *brisa* (ingl. *breeze*) o *calendario* (ingl. *calendar*).

Aparte de la riqueza léxica, me gusta que el anterior ejemplo muestre el carácter policéntrico, no forzosamente anglosajón, de las innovaciones humanas. El hecho de que en Silicon Valley se hable inglés y se hayan desarrollado las computadoras tal como las conocemos influye en el vocabulario español usado en ese campo, pero

de ningún modo autoriza a suponer que entonces solo se produce innovación en el mundo de habla inglesa. Como el lenguaje de la informática, las ciencias económicas y la mercadotecnia provienen del inglés, y como esas tres áreas gozan de enorme prestigio ahora mismo, se asume tal vez de manera inconsciente que la innovación únicamente es concebible en el marco estrecho de cada uno de esos campos.

Para contrarrestar este reduccionismo, la filología nos brinda el concepto de *especialización*. Según este concepto, un idioma exporta palabras a otras lenguas no solo porque haya una actividad bulliciosa en su seno y se produzcan una variedad de objetos, sino también porque ese idioma tiene términos que designan realidades inexistentes en otras lenguas.

Si consultamos el *Oxford English Dictionary* o el *Larousse* con esta guía en mente, rápidamente descubrimos que el inglés y el francés poseen, además de abundantes vocablos de origen español que aluden a tecnologías tan perfectas y naturalizadas que ya nadie percibe su condición de tales, una multitud de términos en los que resulta difícil identificar el aura misteriosa de la invención.

A cinco siglos de distancia, *cabotaje* simplemente significa «navegar siguiendo puntos fijos en la costa», pero en el siglo XVI representó una innovación que redu-

jo los tiempos de entrega, aumentó la capacidad de carga, disminuyó el costo de los fletes y fortaleció los niveles de seguridad para los mercaderes de la época.

Lo mismo ocurre con una multitud de otros vocablos. ¿Quién recuerda la novedad representada, por ejemplo, por el *amontillado* en los vinos, el *cigarro* en los place-res bucales, la *barbacoa* en el asado de alimentos al aire libre o el *adobe* en la construcción de viviendas? Estas realidades, técnicas o utensilios no existían en el inglés y han sido adoptados por esa lengua, sin modificar su grafía pero sí su pronunciación.

No ignoro, Señora, que a lo dicho hasta aquí se puede oponer el argumento del tiempo: finalmente, esos datos, esas palabras son de hace siglos. Desde entonces, la presencia del español parece haber disminuido en las demás lenguas europeas.

En 1971, el profesor Arthur Montague decidió verificar la validez de esta afirmación y descubrió que, salvo en el siglo XVIII, la incorporación de hispanismos a la lengua inglesa nunca había disminuido: de 296 palabras en el siglo XVI, se pasó a 639 en el XIX.

Hoy en día, si quisiéramos repetir la investigación del profesor Montague, casi con seguridad demostraríamos una vez más que esta cifra ha seguido aumentando. Esto se debe, en primer lugar, a la migración masiva de his-

panohablantes a los Estados Unidos, pero también a un hecho que desafía el cliché moderno de que la innovación solo ocurre en campos como la tecnología, la informática, la mercadotecnia y la economía: el continuo prestigio de nuestras artes y literatura. En la época de Cervantes, el polígrafo italiano Fabio Franchi solía decir que si en París o Roma querían llenar un teatro, los empresarios solo tenían que montar una comedia de Lope, pues con solo anunciarla «faltaría coliseo para tanta gente y caja para tanto dinero».

Si extrapolamos esta idea a los siglos XX y XXI, podríamos utilizar el mismo patrón para describir el impacto de los mambos de Dámaso Pérez Prado, las novelas del *Boom* latinoamericano, las telenovelas, la música y la mejor literatura de nuestra lengua, que se traduce a una considerable cantidad de idiomas. Con solo dos números, *Qué rico el mambo* y *Mambo N° 5*, el pianista de Matanzas logró que el mundo entero bailara al ritmo de su música y que la palabra *mambo* ingresara en los diccionarios de al menos dieciocho lenguas.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero el propósito de mi carta es simplemente señalarle, Señora, que, en términos de la competitividad del español en el mundo, España y América Latina, así como Guinea Ecuatorial, la República Árabe Saharaui Democrática y las Filipinas,

deben conformar una comunidad cultural sólida, unida, diversa (y orgullosa de serlo), con múltiples centros de influencia. Para lograrlo, es necesario aumentar nuestro peso diplomático, nuestras actividades económicas, científicas y culturales, así como nuestros intercambios comerciales y financieros, de manera que el español adquiera lo que podría llamarse una «comunidad hablante secundaria», es decir, aquella que aprende la lengua no solo porque es la de sus padres, sino porque la encuentra útil y apasionante, convirtiéndola en su segunda lengua o lengua franca para comunicarse en el mundo. Entre los siglos XVI y XIX, el español logró este objetivo en diferentes circunstancias. Ahora, debemos trabajar para alcanzar lo mismo en nuestro tiempo.

El idioma no es de nadie. Al idioma nadie lo gobierna. El idioma no atiende las razones de los expertos, ni de las academias, ni de las gramáticas, estas solo reflejan lo que sucede en las calles. Pero si usted, Señora, dedica parte de sus quehaceres a conseguir que el español sea no la lengua imperial que soñó Nebrija, sino la lengua del eureka, la lengua de los descubrimientos, la lengua — como decía al comienzo — de la innovación y la creatividad, la lengua que exporta incesantemente vocablos a otros idiomas, entonces quizá la posteridad la recuerde como recordamos a la reina Isabel I de Castilla: como la mujer que propició,

gracias al patrocinio dado a Cristóbal Colón, una de las grandes aventuras de la historia moderna. Pero el viaje hoy en día es en los dos sentidos, y es necesario fomentar ese intercambio enriquecedor, la única vía real de que nuestra lengua y nuestra cultura sean protagonistas de los años por venir.

En el deseo de poder ver cumplidas estas expectativas, y ofreciéndole mi colaboración activa en ese empeño, quedo a su entera disposición para seguir con nuestra correspondencia.

De amor y odio

Gabriel Rufián

Leonor. Esta es una carta de amor y odio. De amor a una patria que se ha imaginado y llorado muchas veces. De amor a una patria donde caben los suyos aun habiendo enterrado a los míos. Una patria en la que siempre corrió la misma sangre y nunca fue azul. Una patria que se escurre como mercurio entre las manos. Una patria que tiene una bandera hecha de perneras con jirones y un himno que suena como palomas volviendo a torreones. Una patria de viñas, naranjos y olivos. Una patria de llanuras ocres como fraguas de sol y de montañas empotradas en el cielo como zarpas. Una patria de braseros, pan duro y amor propio. Una patria de casas de cal que eran cuevas de piedra. Una patria hecha con la arcilla del sarcasmo del «vuelva usted mañana» de Larra, del liberalismo puro de Jovellanos, de la lucidez de Arenal, de la verdad de Pardo Bazán, de las agallas en un paraninfo de Unamuno, de la visión de Seguí, del carisma de Durruti, del talento

tirado en una cuneta de Lorca, de la fuerza de Ibárruri, de la luz de Zambrano y de la coherencia salvaje de Anguita. Una patria con los ojos de Mercè Rodoreda, la voz de Enrique Morente, las manos de Paco de Lucía y la luz de Gata Gattana. Una patria escrita por Machado y cantada por Serrat. Una patria de puños en alto que siempre fueron órdenes. Una patria de cuidados, educación y restauración. Una patria en la que terrorismo sea desahuciar y no protestar. Una patria en la que no se tenga que elegir cada mes entre comer o pagar. Una patria en la que todos hereden derechos y no unos pocos coronas. Una patria de neveras llenas y pedagogía, y no de broncas y grandes teorías. Una patria en la que una sesión de terapia no valga diez veces que una caja de diazepam. Una patria en la que llegue quien mejor lo haga y no quien mejor aplauda. Una patria de información real para decidir, de anticoncepción gratuita para no abortar y de aborto libre para no morir. Una patria en la que cadáveres morales no acaben siendo activos electorales. Una patria que mida enemigos por lo que roban y no por lo que votan. Una patria en la que no sea normal ver más a tu jefe que a tus hijos. Una patria de Ikarias y no de Salems. Una patria que deje de estar congelada en el tiempo como la mujer de Lot frente a Sodoma.

Y esta también es una carta de odio, Leonor. De odio a un Estado hecho por hombres con almidón en el bigote y medallas de sangre en el pecho cuyos nietos llaman alzamiento a un golpe de estado y golpe de estado a un referéndum. De odio a un Estado construido sobre una montaña de apellidos que no caben en el buzón de un piso. A un Estado que solo ofrece ansiolíticos, plegarias y tertulias de oráculos comprados. Un Estado que quiere escuelas privadas para sus reyes e ignorancia para su gente. Un Estado con jueces que dejan colgados derechos como a sus perros de caza en el campo. Un Estado donde el entusiasmo se esconde, el cinismo se premia y la ilusión se maltrata. Un Estado de gente con banderas muy grandes y patrias muy pequeñas. Un Estado que tiene por reina a una mujer porque usted no tuvo un hermano. Un Estado en el que gana quien abre bares y cierra hospitales porque total, te vas a morir igual. Un Estado en el que siempre se sabe qué pasa pero nunca se sabe por qué pasa lo que pasa. Un Estado de barrios llenos de leones votando a hienas. Un Estado cimentado en el miedo y huida de su tata-abuelo por unas elecciones, en las plegarias y mangoneos a Franco de su bisabuelo por una corona, en las mentiras y corruptelas con sátrapas de su abuelo por una farsa y en el discurso jaleando los palos del 3 de octubre de su

padre por una urna. Un Estado en el que el tiempo que se tiene en la vida depende del dinero que se tenga en el bolsillo y en el que a la gente se la quiere luchando entre ellos en lugar de por ellos. Un Estado en el que los reyes hacen safaris en África, negocios en Asia y discursos en Zarzuela. Un Estado lleno de olivos en el campo y botellas de aceite con alarma en el súper. Un Estado de pisos de plástico a precio de palacios de mármol. Un Estado que te dice que si te va mal es por tu incapacidad personal y no por la desigualdad general. Un Estado en el que se valora más poder ir a cenar tarde que poder ir a urgencias de noche. Un Estado de narcosalas informativas donde se venden banderas adulteradas. Un Estado que mide a genocidas en función del color de la piel de a quién matan. Un Estado de pantallas felices y angustia vital. Un Estado en el que el telediario te dice otra vez que los datos van bien y tu casero otra vez que te sube el alquiler. Un Estado que la sostiene a usted.

Me piden que le escriba y yo solo le escribo para decirle que algún día mi patria volverá y que su Estado acabará.

Lo que viene hemos de ejecutarlo nosotros

José Manuel Sánchez Ron

Apreciada princesa Leonor,

Le escribe una persona con más pasado que futuro, que ha dedicado una buena parte de su vida a la ciencia, primero a la investigación como físico teórico, y luego, durante mucho más tiempo, como historiador de la ciencia. Y si hay algo que me ha enseñado el ya largo camino que he recorrido es que en absoluto se puede entender la historia de la humanidad sin tomar en cuenta a la ciencia y a su aliada, la tecnología. Esta influencia se hizo más patente, más invasiva, a partir del siglo XX, y está creciendo de manera cada vez más rápida en lo que llevamos del siglo XXI. Usted, una persona que pertenece a los denominados «nativos digitales», lo sabe perfectamente. Seguramente también habrá advertido que las tecnologías digitales —deudoras de la invención del transistor, un «hijo» de la física cuántica— han creado, y a la vez

impuesto, modos de comportamiento social, de comportamiento al igual que de información y opinión, que pese a que con frecuencia no sean fruto de las reflexiones adecuadas, han abierto nuevos escenarios sociales y políticos.

Por otra parte, y como bien anunció hace años el sociólogo y politólogo italiano Giovanni Sartori, en las sociedades más desarrolladas —y la española es una de ellas— el «espíritu del tiempo» hace más hincapié en «los derechos» que en «los deberes», cuando lo justo a nivel colectivo es buscar un equilibrio entre ambos. Tenemos derechos, y debemos luchar por ellos, pero tenemos también deberes «para con los otros».

En este mundo está usted formándose, y reinará, espero, en un mundo en el que la influencia de la tecnociencia será aún más acusada. Y digo «espero» porque aunque he albergado durante mucho tiempo reparos intelectuales a la institución de la monarquía —todavía no me he librado completamente de ellos—, he llegado a valorar la monarquía constitucional, desde luego en el caso de nuestro país, como necesaria frente a la posible alternativa de una república. Supongo que no soy el único que siente en lo más profundo semejante ambigüedad, y que se ha escorado hacia lo que usted representa, en parte, por el ejemplo de moderación, discreción y buen sentido que está manifestando desde el inicio de su reinado su padre,

el rey Felipe VI. Si tuviera que darle un único consejo, sería el de que lo tome como modelo cuando reine. Algo que, desde luego, no será una tarea fácil en el convulso mundo que está alumbrando esta centuria.

Aventurar cómo será el futuro es tarea tan incierta como arriesgada. En un discurso que pronunció el 2 de julio de 1894 el físico Albert Abraham Michelson —el primer estadounidense en recibir, en 1907, el Premio Nobel de Física— afirmó con rotundidad: «Parece probable que la mayoría de los grandes principios básicos hayan sido ya firmemente establecidos y que haya que buscar los futuros avances sobre todo aplicando de manera rigurosa estos principios. Las futuras verdades de la Ciencia Física se deberán buscar en la sexta cifra de los decimales». Pero un año después, el físico alemán Wilhelm Röntgen descubría los rayos X, y al año siguiente el francés Henri Becquerel la radiactividad, fenómenos ambos que nadie sabía cómo encajar en el aparentemente tan firme, sólido y cerrado edificio de la física conocida, la de la dinámica de Newton y el electromagnetismo de Maxwell.

Naturalmente no sé si la ciencia del futuro, de «su futuro» será tan revolucionaria como lo fue la del siglo XX, la de la relatividad de Einstein, la mecánica cuántica, la expansión del Universo, la doble hélice del ADN, la tectónica de placas, la genómica, y la digitalización, pero no

es preciso que la ciencia «básica» produzca cambios tan radicales para que el mundo en el que reinará se transforme completamente. Y no creo equivocarme si le digo que esos cambios, que tanto alterarán casi todo, procederán especialmente del desarrollo de las posibilidades que ya están alumbrando campos como la Inteligencia Artificial, en solitario o aliada con la Robótica, las ciencias y tecnología médicas y genéticas y la exploración espacial (¿colonias en Marte?: pienso que inicialmente esas colonias serán de robots inteligentes que preparen el camino para asentamientos humanos; ¿minería espacial en, primero, la Luna?...). Desarrollos que incidirán en la ciudadanía en formas que aún no podemos imaginar, pero que muy posiblemente obliguen a nuevas formas «de vivir».

No quiero olvidar, pues estoy firmemente convencido de su realidad, el cambio climático, en mi opinión ya casi imparable —hemos traspasado, parece, la frontera que hubiera permitido detenerlo—. Adaptarse a sus consecuencias, a las profundas repercusiones sociales que acarrearán, entre ellas tal vez extensas migraciones, requerirá de grandes esfuerzos científico-tecnológicos, y de mucha, mucha solidaridad social. Y me traicionaría a mí mismo si no le mencionara la creciente pérdida de biodiversidad. «Asesinos del futuro» lo denominé alguna vez. Asesinos de su futuro, señora, y el de todos aquellos que lo compar-

tirán con usted. Y de los que vendrán después.

Y ahora, la gran pregunta: ¿qué puede hacer una monarca constitucional en ese nuevo mundo que, irresistible, está traspasando las puertas del actual? Mi respuesta es pobre, lo sé, porque no son demasiadas las posibilidades de acción que nuestra Constitución le permite —y yo no lo lamento, pues creo que es en el pueblo donde debe residir el poder de elegir... aunque no confíe demasiado, ¡ay!, en algunos de los representantes a quien este elige—. Pero sí creo en el valor del ejemplo, de una ejemplaridad ilustrada, acompañada de palabras, de manifestaciones, de presencias, que hagan hincapié en valores que nunca deberían olvidarse: solidaridad, justicia, racionalidad, respeto al medio ambiente, y también compasión. Y su voz, por mucho que pueda estar coartada, será escuchada, no lo dude.

He pintado hasta aquí un mundo un tanto sombrío, pero no quiero dejarlo ahí. A mis alumnos de la Universidad Autónoma de Madrid, la misma en la que estudió su padre, a veces, en mis últimos años de docencia —ahora soy emérito— les decía que no les envidiaba porque fueran más jóvenes y tuvieran más, mucho más futuro —yo he tenido ambas cosas—, sino por todo lo que verán, por todo lo que conocerán. Se produzcan o no grandes revoluciones científicas, estoy convencido de que el futuro

deparará importantes novedades: ¿detectaremos vida en otros planetas de nuestra galaxia?, incluso, tal vez, aunque lo dudo, ¿algún tipo de vida «inteligente», del tipo de la humana?; ¿comprenderemos por fin el cerebro humano, ese órgano que tiene conciencia de sí mismo y que es capaz de esa maravilla que es el pensamiento simbólico?; ¿averiguaremos qué pasa en el centro de los sorprendentes agujeros negros?; o ¿qué son la energía y materia oscura, que abarcan la mayor parte de eso que llamamos universo?

En *The Tempest* (1611), William Shakespeare puso en boca de uno de sus personajes la siguiente manifestación: «Lo pasado es prólogo y lo que viene hemos de ejecutarlo nosotros» («*Whereof what's past is prologue, what to come/ In yours and my discharge*»). Es una buena frase, que no debería olvidar, princesa Leonor, porque usted debe encontrar y seguir su propio camino en su escenario, en su mundo.

No lo veré, por edad, pero le deseo de todo corazón un feliz y próspero reinado. Por su bien, y sobre todo por el de nuestro amado país, España. Lo merece, lo merecemos.

Disfrácese de chica normal

Ana Iris Simón

Su Alteza Real,

Los amigos de Zenda me piden que le escriba una carta y yo ni siquiera sé cuál es el tratamiento que hay que darle a una princesa, que he tenido que buscar en Google. Así que ando un poco perdida en la tarea de encabezar esta epístola dirigida a usted.

He escrito y borrado unas cuantas veces «Querida Leonor», que es como naturalmente me saldría referirme a una muchacha del 2005. Me recordaba un poco al «ciudadano Borbón», que algunos empleaban con su abuelo sin reparar en que aquello era eximirlo, más que de sus honores —pues no estaban asaltando Zarzuela sino haciendo el idiota en redes sociales o en el Congreso—, de su responsabilidad. A un simple ciudadano el resto no puede exigirle ejemplaridad, pero pedírsela a ustedes es nuestro derecho y diría que incluso nuestro deber. La co-

rona es fuente de privilegios, claro, pero también es un yugo. Supongo que a estas alturas —sobre todo a estas alturas, con la mayoría de edad recién cumplida— ya se habrá usted dado cuenta.

Cuando la veo en la tele y en las revistas no puedo evitar pensar en ello. En cómo debió ser crecer en Zarzuela, en si las princesas juegan a ser niñas normales cuando terminan de hacer los deberes, en si se quitan el vestido y la corona y se ponen un chándal con rodilleras. Me pregunto cómo celebrará su cumpleaños, si tendrá un Instagram secreto o si alguna vez en las excursiones del colegio se habrá dado la mano al fondo del autobús con el chaval que le gustaba. Empiezo a imaginar su infancia y adolescencia, su estancia en el extranjero o sus conversaciones familiares, a reparar en detalles cada vez más tontos y a hacerme preguntas cada vez más banales sobre cómo debe ser eso de nacer heredera de un reino.

A diferencia de usted, he crecido en una casa donde antes de aprender las tablas se les enseña a los críos a recitar «España mañana será republicana, y si es lista, comunista». Así que en seguida me siento culpable por empatizar con la niña que fue y por compadecerme de usted y de su vida Real por tener, precisamente, muy poco de realidad.

Ello me lleva siempre al mismo debate interno, todo esto mientras miro sus fotos vestida de soldado en algún periódico u oigo de fondo a los tertulianos debatir sobre quién ha ido y quién no a su jura de la Constitución: qué es la realidad y por qué homologarla a la de la mayoría. Pues reales son también su infancia palaciega y la de los críos que crecen sin luz en la Cañada Real aunque ambas sean, por distintos motivos y gracias a Dios, excepcionales. Pero este debate ontológico no es el asunto que hoy nos ocupa.

Hoy estamos aquí porque los amigos de Zenda me piden que le escriba una carta y que le hable de España, y me ocurre lo mismo que cuando miro sus fotos en el *¡Hola!*: que no puedo evitar preguntarme cuál es la España que usted conoce y, por tanto, cuánto conoce España. Porque imagino que se sabe usted al dedillo nuestra historia y que probablemente haya recorrido cada rincón de nuestra geografía. Habrá visitado, además, las bambalinas de nuestro país, esos despachos de empresas e instituciones a los que los chavales de su edad no tienen acceso ni de becarios.

Pero me pregunto si sabe de los menús del día de los restaurantes de camioneros, de las piscinas municipales de los pueblos o de los Alsa que cogen los de su quinta

para visitar amores lejanos. Si conoce los bancos descascarillados de los polígonos en los que los adolescentes echan la tarde con música en el móvil y una bolsa de pipas Tijuana, los mercadillos en los que los gitanos vocean «bragas a un euro, señora, bragas a un euro» o las carnicerías que aún tienen colgando del techo esas lámparas matamoscas de color azul. La España que pinta Pepe Baena, la de los chiquillos que se sollan las rodillas en la era y luego meriendan tortas de Inés Rosales con Cola-Cao, la de los que no han ido a colegios ingleses ni franceses y mucho menos alemanes.

Escribía Machado que «en España, lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular». Y me va usted a perdonar porque esta vez le ha tocado nacer en el lado malo, pero el poeta tenía razón. Ojalá, desde su torre de marfil, pueda atisbar algo de esa aristocracia que bebe café en vaso de caña en lugar de en taza. Ojalá de su mano descubra que la elegancia no es un salón de baile lleno de reliquias de sus antepasados sino, como dijo Cecil Beaton, agua y jabón.

Volviendo a Machado, otra cosa que dejó escrita es que en España, lo mejor es el pueblo. «Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva. En España, no hay

modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La demofilia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud».

Hágale usted caso. Esté, siempre que pueda, cerca de los que no tienen yates en Mallorca sino que les sirven las cervezas para pagarse la universidad. Aprenda de los que no tienen padres con galones en el traje sino el uniforme de la gasolinera siempre puesto. Acérquese a sus alegrías y a sus penas cotidianas cuando tenga ocasión. Sea consciente de su papel, pero también del de los que no saldrán en los libros de texto. Pues, como decía el poeta, serán ellos y no usted quienes salven España cuando sea preciso.

«Si el país está pobre, vivan pobremente los ministros, hasta el mismo rey». Eso lo dijo un pariente suyo de cuyo nombre quizá no quiere acordarse. Y entiendo que no va usted a ponerse a compartir piso con cuatro o cinco chavales, ni a echar horas en el McDonald's para pagarse el abono y los libros, ni a coger el Cercanías un par de horas al día para llegar a clase. Pero intente tener a los que sí hacen todo eso siempre presentes. Después de hacer los deberes, quítese el vestido y la corona y disfrácese de chica normal.

Un saludo, un abrazo, lo que sea protocolario mandarle a una princesa.

¿Nos quieres?

Juan Soto Ivars

Querida Leonor,

Ya es raro escribir a una futura reina, como será raro para ti que te escriba toda esta gente, y qué diferentes —pensamos al unísono— son las vidas de las reinas y los otros. Cuando naciste, en octubre de 2005, yo había votado por primera vez y estrenaba mi segundo año de carrera en Madrid. Te lo confieso: la poca responsabilidad con la que empecé la carrera ya se había volatilizado por completo. Respiraba el vapor de tugurios en los que nunca pondrás un pie y mi futuro era un signo de interrogación.

Mientras tanto, a ti te colocaban en una cuna, recién parida tu madre, y ya tenías sobre ti un país entero. Y vaya un país.

En los dieciocho años que llevas entre nosotros se han sucedido los gobiernos, las generaciones, las fiestas, los duelos. A la España de hoy no la entiende ni su padre por la sencilla razón de que nunca la ha entendido nadie. Las

razones hay que buscarlas en la literatura y es también caso perdido, pues dos escritores escriben dos Españas y han pasado por aquí unos cuantos miles más.

Una semana antes de que nos confinasen por el covid yo estaba convencido de que todo era una exageración para meternos miedo. Una semana antes de la guerra de Ucrania yo estaba convencido de que Putin era un simple fanfarrón. Una semana antes de las elecciones del último verano yo creía que habría cambio de ciclo.

Me convocan para que te diga cómo será España. Y yo te digo que España es un misterio, como tu reinado futuro, como el futuro, como tú.

Apenas sabemos algo de nosotros mismos, y eso es más de lo que sabemos de las personas a las que amamos, lo que supone un mundo comparado con lo que sabemos de nuestros vecinos del portal. Sigamos así hasta 45 millones de españoles y continuemos la ecuación con los que han nacido hoy, y los que nacerán mañana. Eso es España, de esa alquimia depende. Los péndulos se mueven de un lado para otro y de pronto se rompe una cadena, se enciende o se apaga una luz.

Si incluso las personas que serán mis hijos cuando crezcan representan un misterio para mí, ¿qué decir de nuestro país? ¿Y qué decir de ti, reina futura, si no he visto de tu infancia las rabetas ni las vomitonas, si no conozco

tus miedos al apagarse la luz, ni tus primeras palabras, ni tus ideas, ni tus enamoramientos? Nada se me figura de tus soledades, ni sé de qué manera pierdes el tiempo: lo que te gusta hacer cuando se supone que has de hacer otra cosa pero nadie te vigila.

La única evidencia es que estás cosida a España, sea ese país lo que sea, seas tú quien seas. Cosida por una tradición que se pierde en la noche de los tiempos, por una Constitución que todo el mundo quiere reinterpretar o abolir, por los fantasmas de los libros escritos por mentirosos y las vidas de los vivos, que mienten más que hablan y se engañan a sí mismos.

Y así seguirás, cosida, digo, a favor o en contra de tu voluntad y a favor o en contra de la voluntad del resto. Cosida mientras los monárquicos velan por mantener la sutura y los republicanos sueñan con cortarla sin acuerdos de futuro, sin tener del todo claro para qué. ¡Qué país, y qué hilo tan fuerte!

Te seré totalmente sincero: yo sólo me pregunto si la costura duele, si escuece, si pica. Dicen los de mi generación, egocéntricos como nadie, que no se nos preguntó en referéndum a nosotros sobre la pertinencia de la Corona. Sin embargo, yo estaba pensando hace dos líneas otra cosa, y la sigo pensando. Pienso que nadie te ha preguntado a ti. ¿Nos quieres? ¿Quieres saber más?

Estaría encantado de responder a todas las preguntas de una reina, pero no haría más que engañarte salvo en una cosa: te deseo lo mejor.

Tiempos nuevos, tiempos antiguos

Eduardo Torres-Dulce

Alteza:

Estáis viviendo desde vuestra mayoría de edad y el juramento ante las Cortes Generales como princesa de Asturias los primeros momentos, los primeros pasos de vuestro protagonismo institucional y constitucional.

Sobre vuestra persona reposa la larga tradición de los Monarcas y de diversas dinastías que construyeron y desarrollaron junto con millones de ciudadanos de toda clase y condición lo que llamamos España. Desde 1978 esa tradición se ha engastado en una Constitución que nos dimos los españoles abriendo un horizonte de democracia, de derechos y libertades, consagrada en un Estado social y democrático de Derecho. Una conquista histórica que nadie puede ni debe negar porque fue una conquista de todos asumiendo un impresionante consenso de reconciliación nacional. Desde ese momento, Alteza, España se

unió al conjunto de países libres y democráticos y unos años más tarde se integró en Europa, una aspiración, una realidad por la que muchos lucharon en años oscuros y de plomo autocráticos. Ese legado no puede perderse porque es lo que cimenta ya desde diciembre de 1978 el futuro de convivencia, paz y libertad de todos los españoles. La monarquía, que Vuestra Alteza encarna como princesa de Asturias bajo la jerarquía de vuestro padre Su Majestad don Felipe VI, que como Jefe del Estado, tal y como proclama el artículo 56.1 de la Constitución, es el *símbolo de su unidad y permanencia*. La unidad de la Nación española es el eje de nuestra Constitución, que se fundamenta, nos dice asimismo el art. 2º, «en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles».

Nada de todo ello podéis ignorar, como tampoco los graves desafíos a los que en la actualidad nos enfrentamos España, los españoles y nuestro sistema constitucional gobernado por el Estado de Derecho, que es el único que garantiza la convivencia en paz, las libertades y derechos constitucionales, la prosperidad de todos y una Nación asentada en las coordenadas de libertad e igualdad para todos, sin distinción alguna. Vivir ese pasado y tradiciones junto con los desafíos de los tiempos actuales supone

un bagaje que Vuestra Alteza sabrá, todos estamos seguros de ello, valorar en su sentido constitucional.

Alteza, cuando reinéis, viviréis tiempos nuevos, posiblemente tan nuevos que cuando echéis la mirada hacia atrás, hasta estos momentos en los que comenzáis vuestro compromiso constitucional, quizás os domine el vértigo de los recuerdos, de las cosas pasadas y vividas, la rapidez del tiempo fugado, porque el tiempo, como advertía Garcilaso de la Vega, «no hace mudanza en su costumbre». Será, serán, tiempos nuevos, que si el desarrollo tecnológico no se detiene, o lo detiene, uno de esos cisnes negros con los que la vida nos sorprende, condicionarán o gobernarán nuestras vidas.

Pero, Alteza, serán también tiempos antiguos, tan antiguos como las eternas aspiraciones de los hombres y de las mujeres de vivir en libertad e igualdad, en convivir en paz con un horizonte de prosperidad. Quizás se haya cambiado o retocado la Constitución de 1978, pero si los españoles nos sentimos como tales, esa nueva norma fundamental o sus retoques y enmiendas no deberían cambiar la brújula de consenso que presidió aquella. La Corona que encarnará Vuestra Alteza, algo que deseo de todo corazón y con la máxima lealtad, deberá continuar siendo quien garantice el Estado de Derecho, la unidad y las libertades

de los españoles. Creo, Alteza, que ese es el gran desafío de los tiempos que vienen. Oponerse y luchar, no rendirse jamás, a demediar el Estado de derechos y libertades, la justa convivencia en paz de los ciudadanos españoles. Ni la tecnología, ni las grandes corporaciones que las crean y pretenden gobernar el mundo con ella, ni los movimientos cainitas, nacionales ni internacionales siempre al acecho de la reducción y destrucción de las libertades individuales y colectivas deben prevalecer. Vuestra Alteza, estoy seguro de ello, contemplará ese nuevo y antiguo mundo, con esa perspectiva de liberalismo personalista de naturaleza humanista. Justo los principios con los que Robert Schuman, Alcide de Gasperi, Jean Monnet, soñaron y pusieron los cimientos de una Europa que surgía de las ruinas de la devastación de la Segunda Guerra Mundial. El hombre, el individuo, como razón de todo porque pese al caos que tantos apocalípticos predicán interesadamente, el hombre prevalecerá, como proclamaba William Faulkner al recibir el Premio Nobel de Literatura. No perdáis, Alteza, nunca la perspectiva de la necesidad, ya ineludible, de vivir en un mundo global, cuyos desafíos de cambios climáticos, injustas e intolerables desigualdades, oscuros intereses de armas y guerras, seguirán estando presentes. Nunca cunda el pesimismo que paraliza el ejercicio del

combate contra todo ello que debe liderar los mejores, y entre ellos, de nuevo estoy seguro, Vuestra Alteza.

Y educación y cultura porque sin ellas no se construye ningún futuro en común, un futuro libre y joven, más justo, menos discriminador, con la prosperidad para todos antes que mutualizar ideológicamente la pobreza, un futuro apasionante, limpio y decente, como el que deseo para Vuestra Alteza.

Una carta (a la princesa doña Leonor)

Andrés Trapiello

Señora:

Llevaba un rato como aquel personaje de Cervantes (pluma en mano y la cabeza levantada, mirando la lámpara del techo con la esperanza de que de allí me viniera la inspiración), cuando en esto llegó nuestra nieta Manuela. Tiene siete años, la edad en la que dicen que se posa en la mente de los niños el sentido común. Y viéndome suspenso y abstraído quiso saber, no sin antes echar ella misma una mirada al techo: «Nono, ¿qué miras?, ¿qué estás haciendo?».

Le conté que trataba de escribir una carta a una princesa, pero que no sabía muy bien cómo dirigirme a ella. Y más siendo tan joven. «¿Y qué edad tiene?», quiso saber. «Dieciocho». «Ah, pues ya es muy mayor», dictaminó. Entonces le pregunté: «¿De tú, de usted o de vos, en segunda persona o en tercera, como señora, como alteza o

como princesa? ¿Cómo le digo? ¿Tú qué crees, Manuela?». Naturalmente, como ya tiene sentido común, la niña no entendió de qué le hablaba, y pasó directa a lo importante: «¿Y qué le vas a escribir?».

Esa parte, le dije, es más sencilla. Le expliqué que una princesa es y no es como el resto de las chicas. Tampoco lo entendió, pero lo dio por bueno, y esperó mi aclaración.

Desde que nace, le dije, a una princesa la tratan todos de otro modo, y ella se da cuenta también de que no acaba de ser como sus amigas. Que tiene que estar con desconocidos a menudo muy raros y de toda condición, hombres y mujeres, ricos y pobres, políticos y deportistas, aristócratas que no lo parecen y plebeyos que no lo son, gentes divertidas y aburridas, en condiciones felices y desgraciadas.

«Una princesa advierte desde que tiene uso de razón que sus amigas y amigos son más libres que ella», seguí diciéndole, «entran y salen, van y vienen donde quieren y cuando quieren, y pueden hacer cosas que ella no siempre podrá hacer: pasear sola por la calle, por ejemplo, estar en un bar sin que todos la miren o le pidan un selfi, y tener que ser simpática, aunque ese día no le apetezca hablar con nadie». Y también que deberá estudiar y trabajar muy duro, seguramente más que ninguno de los chicos y chicas que conoce, para poder tratar a personas que no siem-

pre querrán ser amigas tuyas, incluso que presumirán de ser sus enemigos. «Pues vaya rollo», saltó la muy sensata Manuelilla. «Desde luego», concedí. Y ese es el misterio de la vida: que una muchacha tan inteligente y guapa haya decidido diezmar su juventud para llevar adelante su destino sin perder la alegría, y más en un país como este nuestro.

«Porque», añadí, «este no es país fácil ni generoso. Cierto: ninguno lo es. Pero sobre pocos flota el siniestro fantasma de la división, pocos habrá donde unos cuantos quieran acabar con la igualdad y la libertad de todos». «¿Y eso qué es?», me preguntó la niña. «Que un par de niños quieran quedarse con los juguetes de todos», le respondí. Me replicó, indignadísima, en plan don Quijote, que eso no podía ser de ninguna manera. «Y no será», la tranquilicé.

«Para eso», añadí, «hay unas reglas del juego y un reglamento. A ese reglamento se le dice Constitución. Lo han hecho entre todos los niños de la clase», seguí explicando, y ahí es donde la princesa va a tener un gran papel. Como un árbitro, diríamos. Como su padre ahora. «¿El rey es su padre?». «Sí. Y ha tenido mucha suerte con él». En realidad la suerte la hemos tenido todos, porque mientras él esté arbitrando, las posibilidades de que nos hagan trampas serán menos. Cuando él se jubile, como yo me he

jubilado», le dije... «Bueno, el nono se ha jubilado muy poco», corregí; «en esto les pasa a los escritores como a los reyes: con suerte siguen trabajando incluso después de muertos...». «¿Tú te vas a morir, nono?». «Yo de momento no tenía pensado. Como te iba diciendo, cuando su padre se jubile, ella seguirá al pie de cañón o, como suele decirse, guardando el fuerte. Y eso en contra de los que desean que nunca llegue a ser la reina cuando tú seas mayor, los agoreros».

«¿Qué son los agoreros?». «Los aguafiestas. Los que no reconocen que estamos bien y sueñan con que estemos peor, para estar mejor solo ellos». «Ah, vale. ¿Y quién va a querer hacernos trampas?», volvió a la carga Manue-
lilla. Ya se sabe que los niños suelen aplicar el sentido común de una manera abusiva, por falta de experiencia. «¿Trampas? Pues los tramposos y los agoreros», le respondí sin meterme en más honduras.

Lo importante es que esa muchacha haya decidido sacrificar su vida haciendo ese papel, encarnadas en ella, como lo están en su padre, la unidad, igualdad y libertad de todos. Tal como lo hemos conocido hasta hoy en el periodo más próspero y pacífico de nuestra historia. Que sepa que a su lado tendrá a millones de personas de toda condición, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, ricos y pobres, políticos y deportistas, divertidos y aburridos, en

momentos felices y desgraciados, que estaremos a su lado alentándola, si está desalentada, y ayudándola en esa tarea ilusionante del bien común, si nos lo pide.

Yo vi que a Manuela esta última parte le aburría, y antes de salir a escape no sé adónde, me soltó: «Pues que se te dé bien, nono».

Se refería, claro, a esta carta.

No sé por dónde empezar.

Señora:

...

¿O mejor alteza, o princesa?... ¿Y de tú, de usted o de vos, en segunda persona o en tercera?

Una magia que el futuro necesita

Sergio Vila-Sanjuán

Señora,

Permita que le refiera un diálogo cultural entre viejos monárquicos, pensadores que se caracterizaron por su independencia. Hilaire Belloc, escritor británico de hace un siglo, aludió en uno de sus textos a «la magia de la realidad», que definía como «una idea sacramental, la unión de lo visible con lo invisible edificada sobre el misterio».

Otro intelectual, un brillante historiador español fallecido no hace mucho, Carlos Seco Serrano, quiso desarrollar la idea de Belloc. Para Seco, el rey «no solo es símbolo moral, sino encarnación de todo el pueblo», y es a través de esa magia citada que «la monarquía desempeña una misión integradora y conciliadora».

Todo ello son palabras mayores, de una solemnidad y una trascendencia que hoy pueden sonar antiguas. Pero ¿lo son realmente?

Quizás no tanto, si hemos de atenernos a las consideraciones de uno de los filósofos más incisivos y escuchados en la Europa contemporánea, el surcoreano residente en Berlín Byung-Chul Han. Sin referirse específicamente a la institución monárquica, pero yendo a uno de sus puntos centrales, Han reivindica que «los ritos son acciones simbólicas. Transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una sociedad». A su parecer las formas rituales «posibilitan no solo un bello trato entre las personas, sino también un pulcro y respetuoso manejo de las cosas.» Nuestra sociedad, a menudo carente de ellas, las necesita.

La Historia pesa. Pesa mucho, muchísimo. Recorrer hoy el Palacio Real, el museo del Prado o la magnífica y reciente Galería de las Colecciones Reales, fascina y apabulla. Constatar en sus espacios abiertos al público la imbricación de la monarquía española con la Historia y la Cultura genera un potentísimo hilo de conexión entre la actualidad y el pasado.

Y usted, señora, encarna el futuro. Usted ha ofrecido «una total dedicación y una entrega sin condiciones» a los españoles, «a quienes serviré en todo momento con respeto y lealtad», según explicitó tras su acatamiento constitucional ante las Cortes Generales, en octubre de 2023.

Usted, princesa, se ocupará de funciones representativas de muy alto nivel y a la vez tendrá que estar en contacto, y en la medida de lo posible ayudar, a los estamentos más frágiles y desfavorecidos. En usted se fijan muchas miradas, y, en esta época de transparencia e inmediatez, se le va a pedir que brinde una ejemplar y accesible imagen pública, y al mismo tiempo que conserve esa tan decisiva magia. Le pedimos un rostro amable y cosmopolita, y también que sea garante de los rituales que nos conectan con lo que nos precede. Que se muestre sensible a los temas que hoy nos preocupan —de feminismo, empleo, igualdad, educación, medio ambiente, grandes equilibrios internacionales...— y pueda desarrollar además una vida propia.

Son grandísimos requerimientos que tendrá que lidiar con la máxima serenidad y paciencia, sin olvidar que la gestión de la propia personalidad requiere respetar los propios límites.

Tiene usted la edad de mi hijo más pequeño, y pensando en redactar esta carta, medité sobre qué le diría a él si fuera el destinatario. Y le diría algo así: no tengo ni idea de cómo será el futuro en esta época de grandes cambios (¿acaso hay alguna que no lo haya sido?). Pero creo que entre todos podemos y debemos lograr que sea

mejor que el pasado: más justo, más bello, más interesante, más educado, y a los jóvenes os cabe el privilegio de conseguirlo. El mundo no es algo ya hecho y definido que heredáis, sino que será lo que hagáis de él. Vuestro poder es inmenso.

A usted, princesa, por adelantado todo mi agradecimiento por el compromiso, el admirable esfuerzo y el empeño.

Y por su paciencia si un día lee esta carta, que voy a acabar con otra cita de otro gran pensador, también independiente y también monárquico, el francés Gustave Thibon:

«Mas allá de la Historia no hay nada, el tiempo es el espesor del ser».

A usted, nuestra futura Leonor I, le corresponderá sintonizar la magia de la monarquía con la Historia de los tiempos que su generación va a protagonizar.

Autores

Carlos Alsina (Madrid, 1969) es periodista. En la cadena radiofónica Onda Cero dirige y presenta desde 2015 el programa matinal *Más de uno*. Entre otros medios, ha trabajado en *Cambio 16*, Antena 3 Radio, Radio Voz y Radio Intereconomía. Entre otros premios, ha sido distinguido con la Antena de Oro, el Micrófono de Oro, el Ondas, y los premios de periodismo Salvador de Madariaga, Raúl del Pozo y Francisco Cerecedo.

Rubén Amón (Madrid, 1969) militó en el diario *El Mundo* durante treinta años, desde su fundación, y desempeñó toda clase de misiones —enviado de guerra, corresponsal en Roma y en París, columnista—, aunque los toros, como la ópera, han formado parte de su idiosincrasia profesional. Lo demuestran tanto sus libros puramente taurinos —*¡Dejadme solo!*, *Pasa un torero*, *No puede ser y además es imposible* y *El fin de la fiesta*— como sus reportajes en *El País* y sus colaboraciones en el Canal Toros de Movistar. Actualmente es columnista en *El Confidencial* y se emplea como analista político tanto en Onda Cero (*Más*

de uno) como en *Antena 3 (Espejo público)*. En 2018 se le concedió el Premio Francisco Cerecedo, ponderándose una versatilidad de la que dan cuenta sus trabajos en medios internacionales —*Corriere della Sera, Libération, Reforma*—, su participación en revistas especializadas —*Jot Down, Scherzo, Minotauro*—, sus ensayos musicales —la biografía de Plácido Domingo y la historia del Teatro Real— y el lanzamiento de un *podcast* político, *Sesión de control*, en la plataforma Audible de Amazon.

Manuel Aragón Reyes. Profesor universitario desde 1970, ha sido catedrático de Derecho Constitucional desde 1979 en las universidades de Zaragoza, País Vasco, Complutense de Madrid, Valladolid y Autónoma de Madrid; en la actualidad es catedrático emérito de Derecho Constitucional de la Universidad Autónoma de Madrid, ha sido magistrado del Tribunal Constitucional, es académico de número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España, profesor en diversas universidades europeas y americanas, autor de 17 libros y de más de 300 publicaciones científicas en revistas especializadas y libros colectivos en materia de Derecho Constitucional, está en posesión de la Gran Cruz de la Orden de San Raimundo de Peñafort y de la Medalla de la Orden del Mérito Constitucional.

Miguel Arias Cañete (Madrid, 1950) es un expolítico español que, hasta su retirada de la política institucional en 2019, estuvo vinculado al Partido Popular durante casi cuatro décadas. Como tal, ocupó el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación entre los años 2000 y 2004, durante la segunda legislatura de José María Aznar; y una vez más, entre 2011 y 2014, durante la primera legislatura de Mariano Rajoy. Fue, durante más de una década, diputado en el Parlamento Europeo. Fue comisario europeo de Energía y Acción por el Cambio Climático entre 2014 y 2019. Jurista de formación y Abogado del Estado, desempeñó, antes de dar el salto a la política en 1982, labores como docente en la Facultad de Derecho de Jerez de la Frontera.

Carmen Calvo (Cabra, Córdoba, 1957). es Doctora en Derecho Constitucional por la Universidad de Córdoba, donde además es Profesora Titular de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho, y Licenciada en Derecho Público por la Universidad de Sevilla. Desde marzo de 2024 es presidenta del Consejo de Estado. Desde 2021 y hasta marzo de 2024 ha sido presidenta de la Comisión de Igualdad del Congreso de los Diputados. Tras la moción de censura de 2018 fue vicepresidenta primera del Gobierno y ministra de Presidencia, Relaciones con las

Cortes e Igualdad (2018-2021), y tras las elecciones de noviembre de 2019 ocupó la Vicepresidencia primera del Gobierno y Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática (2020-2021). Anteriormente, ocupó el Ministerio de Cultura entre 2004 y 2007 y la consejería de Cultura de la Junta de Andalucía entre 1996 y 2004. En 2024 ha publicado el libro *Nosotras*.

Ignacio Camacho (Marchena, Sevilla, 1957) Columnista diario en *ABC*, periódico que dirigió entre 2004 y 2005, participa como comentarista político habitual en diversos programas nacionales de radio y TV. Ha sido subdirector en *El Mundo* y *Diario 16*. Ha publicado más de 10.000 artículos de opinión. Posee los premios de articulismo Mariano de Cavia, González Ruano, Julio Camba, y Miguel Delibes, entre otros. Libros: *Cataluña, la herida de España*, *El huerto del asistente*, *La sierra Sur de Sevilla*, *Sevilla 24H*, *Memoria del paisaje* (coautor) y *Crónica de un sueño* (coautor). Es académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla.

Josep Antoni Durán i Lleida (Alcampell, Huesca, 1952) es un político de ideología democristiana y catalanista. Entre otros cargos, fue secretario general de *Convergència i Unió* (CIU) y presidente del comité de gobierno de

Unió Democràtica de Catalunya. En el Congreso ha sido diputado en varias legislaturas desde 1982, portavoz de CiU y presidente de su Comisión de Exteriores. También ha ocupado puestos de relevancia en el Gobierno de Cataluña durante los mandatos de CIU. En 2011 fue el político mejor valorado por el conjunto de los españoles según una encuesta del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas). Entre otros libros, ha publicado *El riesgo de la verdad*, en 2019.

Najat El Hachmi nació en Beni Sidel (Marruecos) en 1979. A los ocho años se trasladó a Vic (Barcelona), ciudad donde se crio. Estudió Filología Árabe en la Universidad de Barcelona, ha sido mediadora cultural y técnica de acogida antes de dedicarse de lleno a la escritura. Es autora de novelas tan conocidas como *El último patriarca* (Premio Ramon Llull, Prix Ulysse y finalista del Prix Méditerranée étranger), traducida a diez idiomas, *La cazadora de cuerpos*, *La hija extranjera* (Premio Sant Joan de narrativa) y *Madre de leche y miel*, los dos últimos editados en Ediciones Destino. En 2019 publicó el manifiesto *Siempre han hablado por nosotras*, que tuvo una gran repercusión en los medios y entre los lectores. Actualmente colabora en *El País*. *El lunes nos querrán* (Premio Nadal 2021) es su última novela.

Espido Freire nació en Bilbao en 1974 y creció en Llodio (Álava) en una familia de origen gallego. Se licenció en Filología Inglesa y se diplomó en Edición y Publicación de Textos en la Universidad de Deusto. Estudió también música y canto en el Conservatorio Superior de Bilbao Juan Crisóstomo Arriaga.

Debutaría como escritora con *Irlanda* (Planeta, 1998, Premio Millepages). La novela supuso una sorpresa en el entorno literario de aquel momento. Año y medio más tarde consiguió el Premio Planeta por su obra *Melocotones helados* (1999). Se convertía con veinticinco años en la ganadora de menor edad en la historia del galardón. Con ella obtuvo también el *Qué Leer 2000* a la mejor novela española.

Ha publicado, entre otras novelas, *Soria Moria* (Algaida, Premio Ateneo de Sevilla 2006) y *Llamadme Alejandra* (Planeta, Premio Azorín 2017). Con *De la melancolía* (Planeta, 2019) suma en total nueve novelas publicadas. A ellas que hay que añadir varios libros de cuentos, entre ellos *El tiempo huye*, Premio NH 2001, *El trabajo os hará libres* (Páginas de Espuma 2008) y microcuentos como *Cuentos malvados* (Páginas de Espuma, 2010) y *Diccionario de amores y pesares* (Mueve tu lengua, 2021). Destaca también por su producción ensayística: sus temas oscilan entre el análisis social, *Primer amor*, *Mileuristas*, *Los malos del cuento*, la literatura *Para vos nació* y los

viajes *Hijos del fin del Mundo*, Premio de Libro de Viajes de Llanes 2009, *Tras los pasos de Jane Austen*, 2021. Tres ensayos más *Cuando comer es un infierno*, *Quería volar* y *La vida frente al espejo* tratan el tema del cuerpo femenino y los conflictos entre emoción y enfermedad. Su último ensayo es *La historia de la mujer en 100 objetos*, publicado por La esfera de los libros, 2023.

Además de otros géneros (poemas, libro ilustrado, teatro...) es autora de varias novelas juveniles: *La última batalla* (SM), *El chico de la flecha*, *El misterio del arca* y *La suerte está echada*, además de los álbumes ilustrados *Pioneras* (2019) y *Cuentos de siempre como nunca te los habían contado* (2022, también en catalán en Barcanova Editorial). Estas obras se encuentran en Anaya Infantil y Juvenil. Su último libro infantil, *Mejor Diversos*, se publicó en 2024 en Bold Letters. Para un listado exhaustivo de su obra completa, puede consultarse el apartado Obra y Obra Colectiva en www.espidofreire.com.

Susana Fortes (Pontevedra, 1959) es escritora y articulista de prensa. Durante años ha impartido clases de Historia del Arte en Valencia. En la actualidad colabora en cursos de escritura creativa con diversas universidades.

Se dio a conocer como novelista con *Querido Corto Maltés*, su particular homenaje al mítico marinero que se convirtió en el héroe de varias generaciones. Con él

obtuvo el Premio Nuevos Narradores en 1994. Sus obras posteriores, reconocidas también con diversos galardones, navegan por el territorio fronterizo de la aventura, el mito, la Historia, con mayúscula, el viaje, el amor, la guerra... sin renunciar a los guiños cinematográficos: *Las cenizas de la Bounty* (Espasa, 1998); *Fronteras de arena* (finalista del Premio Primavera 2001) *El amante albanés* (finalista del Premio Planeta 2003), *El azar de Laura Ulloa* (Planeta, 2006), que recibió el Premio de la Crítica en la Comunidad Valenciana o el cuaderno de cine *Adiós, muñeca* (Espasa, 2002).

Su primer gran éxito internacional lo consigue con la novela histórica *Quattrocento* (Planeta, 2007), convertida en *best seller*, pero sobre todo con *Esperando a Robert Capa* (Premio Fernando Lara de Novela 2009), traducida a más de quince lenguas.

Sus últimos títulos publicados son *Septiembre puede esperar* (Planeta, 2017), el libro de recuerdos *Tal como éramos* (Ézaro, 2021) y la novela de intriga *Nada que perder* (Planeta, 2022), ambientada en su Galicia natal.

Luz Gabás (Monzón, 1968), licenciada en Filología Inglesa y profesora titular de escuela universitaria, decidió dedicarse a la escritura tras años vinculada a la docencia. Su primera novela, *Palmeras en la nieve* (2012), se con-

virtió en un fenómeno de crítica y ventas y, desde entonces, ha sido traducida a varios idiomas. La adaptación al cine de la novela supuso un rotundo éxito en taquilla, y la película consiguió dos premios Goya. Años después continúan las ediciones en diferentes formatos.

Con *Regreso a tu piel* (2014), *Como fuego en el hielo* (2017) y *El latido de la tierra* (2019), Luz Gabás se consolidó como una de las grandes autoras de nuestros días, por lo que ha recibido el reconocimiento de lectores y asociaciones de librerías de toda la geografía española y sus libros son publicados en otros países. En octubre de 2022 Luz Gabás ganó el Premio Planeta con su novela *Lejos de Luisiana*.

Reside en el valle de Benasque, en las montañas del Pirineo aragonés, donde encuentra la inspiración para su trabajo, que consiste también en la redacción de relatos y artículos y la preparación de charlas para encuentros literarios.

Edu Galán (Oviedo, 1980) es escritor. Desde 2002 firma con regularidad en diferentes medios: actualmente en Zenda y ABC Cultural. Ha publicado los ensayos *El síndrome Woody Allen* (Debate, 2020), *La máscara moral. Por qué la impostura se ha convertido en un valor de mercado* (Debate, 2022) y, próximamente, la edición

ampliada de *Morir de pie. Stand-up comedy (y Norteamérica)* (Debate, 2024). Tras firmar la serie documental en audio *Casete* (Sonora, 2022) sobre la historia de los chistes de casete, codirige con Andrés Calamaro el programa del músico argentino *Ni chivatos, ni membrillos* (Sonora, 2023). Es cofundador de la revista satírica *Mongolia* (2012-): ha participado en todos sus números mensuales, libros, espectáculos teatrales, podcasts y apariciones televisivas hasta junio de 2021, cuando abandona el proyecto. Produjo con David Trueba y Fran Nixon el documental *Salir de casa* (2016) de David Trueba. Colabora en *La brújula* de Onda Cero, con Rafa Latorre, y en *Más Vale Tarde* de La Sexta.

Ignacio S. Galán Salmantino, nacido el 30 de septiembre de 1950, casado y padre de cuatro hijos, Ignacio Galán es ingeniero industrial por la Escuela Superior de Ingeniería (ICAI), de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Diplomado en Administración de Empresas y Comercio Exterior por ICADE, de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), y diplomado en Administración General de Empresas y Comercio Exterior por la Escuela de Organización Industrial (EOI) de Madrid. Habla inglés, francés, italiano y portugués. Es presidente de Iberdrola y presidente de las sociedades *subholding* del grupo Iberdrola en

el Reino Unido (ScottishPower), en los Estados Unidos (Avangrid, sociedad cotizada en la Bolsa de Nueva York) y en Brasil (Neoenergia). Ha dirigido empresas punteras de los sectores industriales y tecnológicos más avanzados en las que ha modificado profundamente el perfil de las mismas, dejando patente su visión de futuro y su capacidad para adelantarse a las nuevas necesidades de los distintos sectores. En 2019 *Harvard Business Review* lo seleccionó entre los cinco mejores CEO del mundo.

Jesús García Calero es periodista, segoviano, nacido en 1965, actual director de *ABC Cultural*. Está especializado en información cultural y divulgación. Es autor de *Alcalá de Henares. Historia entre ficciones* (Tintablanca, 2024) y de *Don Juan contra Franco* (Plaza y Janés, 2018), una investigación centrada en los informes del espionaje franquista contra los monárquicos en 1948. También ha publicado el poemario *Lecciones de tiniebla* (Visor).

Entre sus áreas de especialización destaca la información sobre Patrimonio y política cultural. Referencia en español del periodismo sobre la arqueología subacuática por sus investigaciones sobre el caso *Odyssey* y el galeón San José, organizó tres simposios internacionales sobre la disciplina en Madrid. Ha sido invitado de excepción de varias misiones arqueológicas, en España y Francia,

y ha publicado ensayos sobre esta temática: *Instrucciones para encontrar un tesoro* (Antropología, boletín del INAH, México). *El expolio no cotiza en Bolsa* (Economía Exterior) y *The impact of mass media in the discrimination of Hispanic sunken heritage and the implementation of the UNESCO 2001 Convention*, (APCONF, Honolulu).

Ha participado también en obras colectivas como el homenaje al Quijote del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua y en el libro monográfico sobre Julián Gállego del Centro de Estudios Europa Hispánica, con un ensayo sobre el papel de la crítica y del periodismo cultural en la Transición.

Juan Gómez-Jurado (Madrid, 1977) es periodista y autor de varias novelas de gran éxito, traducidas a cuarenta lenguas. Las obras sobre el Universo Reina Roja (*El paciente*, *Cicatriz*, *Reina Roja*, *Loba Negra*, *Rey Blanco*, *Todo arde* y *Todo vuelve*, todas ellas publicadas en Ediciones B) se han convertido en el mayor fenómeno de ventas del *thriller* español y han consagrado a su autor como uno de los máximos exponentes del género a nivel internacional. Prime ha adaptado la serie *Reina Roja* en uno de los proyectos audiovisuales más esperados en todo el mundo. Actualmente colabora con varios medios y es cocreador de los podcast *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*.

Raquel Lanseros (Jerez de la Frontera, España, 1973). Poeta y traductora, es una de las voces más premiadas y reconocidas de la actual poesía en español. Cerca de 200 críticos de más de 100 universidades (Harvard, Oxford, Columbia o Princeton, entre ellas) la han elegido la poeta más relevante en lengua española nacida después de 1970. Autora de los libros *Leyendas del promontorio*, *Diario de un destello*, *Los ojos de la niebla*, *Croniria*, *Las pequeñas espinas son pequeñas*, *Matria* y *El sol y las otras estrellas*. Su obra ha sido reunida en el volumen *Sin ley de gravedad. Poesía reunida (2005-2022)*. Ha publicado libros de poesía en Francia, Estados Unidos, Colombia, Argentina, Italia, México, Portugal, Marruecos, Perú y Puerto Rico. Entre los galardones que ha recibido destacan el Premio Andalucía de la Crítica 2018 y el Premio Nacional de la Crítica 2019, ambos por *Matria*, el Premio Unicaja de Poesía, el Premio Antonio Machado en Baeza, el Premio del Tren, el Premio Generación del 27 o el Premio Jaén de Poesía, así como un accésit del Premio Adonáis. Ha presentado y guionizado en RTVE el programa literario *Un país para leerlo*.

José Carlos Llop (Palma, 1956). Es autor de las novelas *El informe Stein* (1995) —Prix Écureuil de Littérature Étrangère 2008—, *La cámara de ámbar* (1996), *Háblame*

del tercer hombre (2001), *El mensajero de Argel* (2005), *Paris suite: 1940* (2007), *En la ciudad sumergida* (2010; Alfaguara 2017) —Mention Spéciale du Jury Prix Méditerranée Étranger 2013—, *Solsticio* (2013) —Prix Laure Bataillon 2017—, *Reyes de Alejandría* (Alfaguara, 2016) y *Oriente* (Alfaguara, 2019). Sus libros de poemas están reunidos en dos volúmenes: *Poesía 1974-2001* y *Mediterráneos (2001-2021)*. Ha publicado también diarios, relatos y ensayo literario. Llop es Premio de las Letras del periódico *El Mundo* y Premi Ramon Llull del Govern Balear 2011 por el conjunto de su obra.

Antonio Lucas (Madrid, 1975) escribe desde 1996 en el diario *El Mundo* y es colaborador de RNE y de la Cadena SER. Como poeta ha publicado varios títulos: *Antes del mundo* (1996), accésit del Premio Adonáis; *Lucernario* (1999), por el que recibió el Premio Ojo Crítico de Poesía 2000; *Las máscaras* (2004); *Los mundos contrarios* (2009), Premio Internacional Ciudad de Melilla; *Los desengaños* (2014), Premio Loewe; y *Los desnudos* (2020), Premio Internacional de Poesía Generación del 27. También tiene publicado un volumen de su poesía reunida, *Fuera de sitio. 1995-2015* (en la editorial Visor). Es autor de varios libros sobre arte: *Soledad Lorenzo, una vida en el arte* (2014), *Manolo Valdés: esculturas* (2012), así como

una selección de perfiles literarios de algunas creadoras y creadores esenciales de la cultura de los siglos XIX y XX reunidos bajo el título de *Vidas de santos* (2015). En 2021 publicó *Buena mar* (Alfaguara), su primera novela, y en 2023 fue uno de los autores de la autobiografía generacional *Perder la gracia*.

Luisgé Martín (Madrid, 1962) es escritor y actualmente dirige el Instituto Cervantes de Los Ángeles. Ha publicado más de una decena de libros de diversos géneros: Las novelas *La dulce ira*, *La muerte de Tazio* (con la que obtuvo el Premio Ramón Gómez de la Serna en el 2000), *Los amores confiados*, *Las manos cortadas*, *La mujer de sombra*, *La misma ciudad*, *La vida equivocada* y *Cien noches* (Premio Herralde 2020); los libros de relatos *Los oscuros*, *El alma del erizo* y *Todos los amores se cometen por amor*; los ensayos *El mundo feliz* y *¿Soy yo normal?*; el libro de viajes *Donde el silencio*; la pieza teatral *Amor puro*; y el libro de memorias *El amor del revés*. Colabora ocasionalmente con diversos medios de comunicación.

Sergio del Molino (Madrid, 1979) es autor de dos ensayos narrativos cruciales sobre la despoblación y «la idea de país»: *La España vacía* (2016; Alfaguara, 2022), con el que ganó el premio al mejor ensayo del Gremio de Li-

breros y el Premio Cálamo, además de entrar en las listas de «mejores del año» de toda la prensa cultural; y *Contra la España vacía* (Alfaguara, 2021). Antes se había alzado con los premios Ojo Crítico y Tigre Juan con *La hora violeta* (2013) y después con el Premio Espasa gracias a *Lugares fuera de sitio* (2018). Además, es autor de novelas como *Lo que a nadie le importa* (2014) y *La mirada de los peces* (2017), del breve ensayo biográfico *Calomarde. El hijo bastardo de las luces* (2020), de una autobiografía novelada sobre su relación con la enfermedad, *La piel* (Alfaguara, 2020), y *Un tal González* (Alfaguara, 2022). Es columnista del diario *El País* y colaborador de Onda Cero Radio, entre otros medios. Sus obras han aparecido en inglés, italiano, francés, griego, alemán y chino, entre otros idiomas, y en más de quince países. En 2024 su novela *Los Alemanes* ha obtenido el Premio Alfaguara.

Juan Carlos Monedero (Madrid, 1963) es doctor en Ciencias Políticas y profesor de Ciencia política en la Universidad Complutense de Madrid. Hizo sus estudios de posgrado en la Universidad de Heidelberg (Alemania) y ha sido ponente en Naciones Unidas en Nueva York y Ginebra, así como profesor invitado en universidades de América Latina y Europa. En 2018 recibió el Premio de

Ciencias Sociales de CLACSO. Dirige el Departamento de Sociedad Civil Global en el Instituto Complutense de Estudios Internacionales. Entre sus publicaciones están *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, *La Transición contada a nuestros padres*, *Curso Urgente de Política para Gente Decente*, *La izquierda que asaltó al algoritmo* y *Nuevos Disfraces del Leviatán* (Akal, 2017), *El paciente cero eras tú*. Es fundador de Podemos, ha sido director del Instituto República y Democracia y ha dirigido el programa *En la frontera*.

Alberto Olmos (Segovia, 1975) es escritor y columnista, I premio de periodismo David Gistau. Sus mejores artículos aparecieron reunidos en *Cuando el Vips era la mejor librería de la ciudad*. Entre sus novelas destacan *Trenes hacia Tokio*, *Alabanza o Irene y el aire*. Es premio Ojo Crítico RNE de Narrativa. También ha publicado los ensayos *Vidas baratas: elogio de lo cutre* y *Tía buena: una investigación filosófica*. Mantiene una columna semanal en *El Confidencial*. Vive en Madrid.

Ana Pastor (Madrid, 1977). Es periodista. Desde 2013 dirige el programa *El Objetivo*, que se emite en horario de máxima audiencia en La Sexta. En enero de 2018 fundó la

media startup Newtral, una plataforma de contenidos especializada en fact-Checking y también en la producción audiovisual.

Pastor ha cubierto la guerra de Ucrania, las hambruna de Níger y Sudán o la revolución de las mujeres en Irán. Y ha entrevistado a distintos líderes políticos del mundo y de España como todos los presidentes españoles y los presidentes de Brasil, Irán Argentina, Colombia o Chile. También a destacadas personalidades como Rafa Nadal, Pau Gasol, Morgan Freeman o Ferrán Adriá.

Arturo Pérez-Reverte nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintiún años y cubrió dieciocho conflictos armados para los diarios y la televisión. Con más de veinte millones de lectores en el mundo, traducido a cuarenta idiomas, muchas de sus obras han sido llevadas al cine y la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española y de la Asociación de Escritores de Marina de Francia.

Ignacio Peyró (Madrid, 1980) es autor de *Comimos y bebimos. Notas de cocina y vida; los diarios Ya sentarás cabeza. Cuando fuimos periodistas* (2006-2011) y el dic-

cionario de cultura inglesa *Pompa y circunstancia*, entre otros. Traductor y prologuista de clásicos como Kipling o Auchincloss, ha sido periodista parlamentario, cultural y de opinión e impulsor de medios como *The Objective*. Ha trabajado como asesor y escritor de discursos para distintas personalidades de nuestra vida pública. Dirige el Instituto Cervantes de Roma tras dirigir el de Londres y escribe en *El País*.

Carmen Posadas (Montevideo, Uruguay,1953) es autora de doce novelas, más de quince libros infantiles, dos biografías y varios ensayos, relatos y guiones de cine y televisión. En 1998 ganó el Premio Planeta con *Pequeñas infamias*. También ha sido galardonada con el premio Apelles Mestres de literatura infantil y el Premio de Cultura que otorga la Comunidad de Madrid. Entre sus títulos más destacados se encuentran *La cinta roja*, *Invitación a un asesinato*, *El testigo invisible*, *La hija de Cayetana*, *La maestra de títeres* y *La leyenda de la Peregrina*. Traducidas a treinta idiomas, todas sus obras han sido recibidas con gran éxito de crítica y público. En 2003 la revista *Newsweek* la señaló como «una de las autoras más destacadas de su generación».

Soledad Puértolas (Zaragoza, 1947) reside en Pozuelo de Alarcón (Madrid). En Anagrama ha publicado doce novelas: *El bandido doblemente armado* (Premio Sésamo 1979), *Burdeos*, *Todos mienten*, *Queda la noche* (Premio Planeta), *Días del Arenal*, *Si al atardecer llegara el mensajero*, *Una vida inesperada*, *La señora Berg*, *Historia de un abrigo*, *Cielo nocturno*, *Mi amor en vano* y *Música de ópera*; ocho libros de cuentos: *Una enfermedad moral*, *La corriente del golfo*, *Gente que vino a mi boda*, *Adiós a las novias*, *Compañeras de viaje*, *El fin*, *Chicos y chicas* y *Cuarteto*; dos volúmenes de textos autobiográficos: *Recuerdos de otra persona* y *Con mi madre*, y el ensayo *La vida oculta* (Premio Anagrama). Su último libro publicado, en noviembre de 2023, escrito con la colaboración de la lexicógrafa Elena Cianca, es *Alma, nostalgia, armonía y otros relatos sobre las palabras* (Anagrama). Sus libros han sido traducidos a numerosos idiomas. En 2003 fue galardonada con el Premio de las Letras Aragonesas, y en 2010 fue nombrada miembro de la Real Academia Española.

Pilar Reyes (Bogotá, Colombia, 1972) es la Directora Editorial de la División Literaria de Penguin Random House Grupo Editorial, integrada por los sellos Alfaguara, Lumen, Random House, Salamandra, Caballo de Tro-

ya, Reservoir Books, Debate, Taurus y las publicaciones que el Grupo editorial adelanta con la Real Academia de la Lengua Española. Estudió Letras en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Empezó su carrera editorial desde muy joven, como asistente de edición del director editorial del Grupo Santillana en Colombia, en 1994. Trabajó como editora y directiva editorial en Colombia hasta 2009 y desde entonces desempeña su labor en España.

Gabriel Rufián (1982, Santa Coloma de Gramanet) es diplomado en Relaciones Laborales y máster en Dirección de Recursos Humanos por la Universidad Pompeu Fabra. Pertenece a la plataforma Súmate creada en 2013. Activista social, defiende el derecho de autodeterminación de Catalunya. Desde 2016 es diputado por Barcelona del Grupo de Esquerra Republicana en el Congreso de los Diputados. Entre otras obras, ha publicado *El 15M facha* y *Ser de izquierdas es ser el último de la fila (y saberlo)*.

José Manuel Sánchez Ron (Madrid, 1949) es un físico e historiador de la ciencia que relevó, en marzo de 2003, al poeta José Hierro en el sillón G de la Real Academia Española. Licenciado en Física por la Universidad Complutense y doctor por la Universidad de Londres, fue profesor titular de Física Teórica en la Universidad Autónoma

de Madrid, hasta que obtuvo su cátedra en Historia de la Ciencia en 1994, también en la UAM. Desde el año 2006 también es académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En 2015 recibió el Premio Nacional de Ensayo, y en 2016 el Premio Julián Marías a la carrera investigadora en Humanidades de la Comunidad de Madrid. Además de colaborar frecuentemente con diversos medios de comunicación como articulista especializado en física e historia de la ciencia, desde 1998 dirige la colección ‘Drakontos’ de la editorial Crítica. Algunas de sus publicaciones más recientes son *El país de los sueños perdidos* (Taurus, 2020), *La vida de la ciencia y la ciencia de la vida* (Nórdica, 2021), *El poder de la ciencia* (Crítica, 2022) o *Querido Isaac, querido Albert* (Crítica 2023).

Ana Iris Simón (Campo de Criptana, 1991) estudió en el C.P Vicente Aleixandre y en el IES Alpajés, y cursó después Comunicación Audiovisual y Periodismo en la Universidad Rey Juan Carlos. Trabajó como guía para Telefónica en su sede de Gran Vía y como dependienta en Desigual. Fue redactora de estilo de vida en Telva y en Vice hasta su cierre en España y guionista para Playz de RTVE. Actualmente escribe en *El País* y colabora en *Elle*, *Espejo Público*, *Horizonte* o *La Ventana*. En 2020

publicó *Feria*, su primer libro, premio Javier Morote traducido al alemán, francés y neerlandés. En 2023 lanzó su adaptación infantil, *¿Y si fuera feria cada día?*, ilustrado por Coco Dávez.

Juan Soto Ivars nació en Águilas en 1985. Sus últimas obras publicadas son *La trinchera de letras* (XXX Premio Jovellanos), *Nadie se va a reír* (Debate, 2022) y *Knut Hamsun: el autor y las quimeras* (Zut, 2022). Es columnista en *El Confidencial* y *El Periódico*. Habla de libros malditos y prohibidos en Cuarto Milenio y participa en otros programas de radio y televisión. Está casado y tiene dos hijos.

Eduardo Torres-Dulce (Madrid, 1950), licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, accedió por oposición a la carrera fiscal en 1975. Ha compaginado desde siempre la profesión jurídica con su dedicación a la escritura, la crítica y la enseñanza cinematográficas. Ha ejercido la crítica en publicaciones como *Nueva Lente*, *Contracampo*, *La Clave* y *Telva*. Formó parte del Comité de Redacción de la Revista *Nickelodeon* y, desde su fundación, es el crítico cinematográfico del periódico *Expansión*. Asimismo, colabora con el magazine *Fuera de Serie*. Durante varios años ha ejercido la

enseñanza sobre materias cinematográficas en la Escuela de Cine de la Comunidad de Madrid (ECAM) y en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Navarra, el Colegio de Economistas de Madrid, Politeia y el Club Zayas. Ha participado con asiduidad los programas de televisión *¡Qué grande es el cine!* (RTVE) y *Cine en Blanco y Negro* (Telemadrid). Desde hace muchos años forma parte del equipo del programa radiofónico *Cowboys de Medianoche* (esRadio). Es autor de los libros de cine *Armas, mujeres y relojes suizos*, *Jinetes en el cielo*, *El salario del miedo*, *Los amores difíciles* y *El asesinato de Liberty Valance*. Es uno de los fundadores de la editorial Hatari Books.

Andrés Trapiello nació en Manzaneda de Torío, León, en 1953, y desde 1975 vive en Madrid. Es autor de nueve novelas, entre ellas *Los amigos del crimen perfecto* o *Al morir don Quijote*, premiadas con los galardones más prestigiosos. También es autor de un diario titulado *Salón de pasos perdidos*, del que han aparecido veinticuatro tomos. Como ensayista ha publicado, entre otras obras, *Las armas y las letras*, obra profusamente reeditada y ampliada; es además el autor de la prestigiosa traducción al castellano actual del *Quijote*, publicada en 2015, y de nueve libros de poemas. Ha recibido, entre otros, el premio de

las Letras de la Comunidad de Madrid (2003) y el de Castilla y León (2011) al conjunto de su obra y el Premio de los libreros de Madrid (2020) por *Madrid*. Su último libro ha sido *Madrid 1945. La noche de los cuatro caminos*, crónica minuciosa del asesinato de dos falangistas.

Sergio Vila-Sanjuán (1957, Barcelona) licenciado en Historia por la UAB, amplió estudios en la Universidad de Boston con una beca Fulbright. Periodista de larga trayectoria, actualmente dirige el suplemento *Cultura/s* de *La Vanguardia*. Como especialista en temas literarios y editoriales, ha publicado ensayos como *Pasando página*, *Código best seller* y *Otra Cataluña*. Es también autor de las novelas *Una heredera de Barcelona*, *Estaba en el aire* (Premio Nadal 2013) y *El informe Casabona*, todas ellas publicadas por Destino, que retratan un siglo de vida barcelonesa combinando la memoria familiar y la crónica de época. Fue comisario del Año del Libro y la Lectura 2005 y es miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Premio Nacional de Periodismo Cultural 2020. Recientemente ha estrenado la obra teatral *La agente literaria*.

*Edición no venal de Zenda, zendalibros.com,
patrocinada por Iberdrola*

*«Reinaréis, señora, cuando lleguéis a reinar,
en un lugar peligroso...»*

«Leonor. Esta es una carta de amor y odio...»

«Buenos días, princesa. Joven Leonor...»

*«Permítame que en lugar de a usted, cada vez más
cerca de lo adulto, me dirija a la niña que fue...»*

Cartas a una reina es un libro colectivo que reúne las misivas que numerosos autores de diversos ámbitos y sensibilidades (tanto monárquicos como republicanos y nacionalistas) han escrito a la princesa Leonor.

La España actual y la España de los próximos años conviven en esta obra, ideada y dirigida por Arturo Pérez-Reverte y patrocinada por Iberdrola.

Firman las cartas periodistas como Carlos Alsina, Ana Pastor, Rubén Amón, Ignacio Camacho, Jesús García Calero y Sergio Vila-Sanjuán, directivos y juristas como Ignacio S. Galán, Pilar Reyes, Manuel Aragón Reyes y Eduardo Torres-Dulce, políticos como Carmen Calvo, Miguel Arias Cañete, Josep Antoni Durán i Lleida, Gabriel Rufián y Juan Carlos Monedero, y escritores como Najat El Hachmi, Espido Freire, Susana Fortes, Luz Gabás, Edu Galán, Juan Gómez-Jurado, Raquel Lanseros, José Carlos Llop, Antonio Lucas, Luisgé Martín, Sergio del Molino, Alberto Olmos, Arturo Pérez-Reverte, Ignacio Peyró, Carmen Posadas, Soledad Puértolas, José Manuel Sánchez Ron, Ana Iris Simón, Juan Soto Ivars y Andrés Trapiello.

